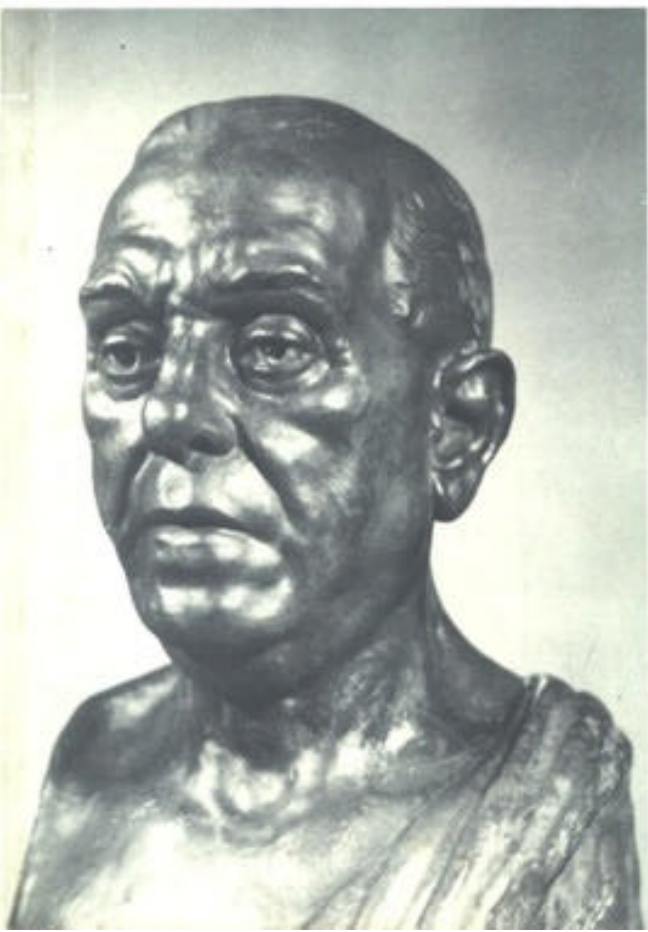


LOTERIA

No. 245

JULIO, 1976



suplemento

José
de la Cruz
Herrera

RINA VILLAVERDE

España En La Historia De Gibbon

Este nuestro último capítulo ha de tener el carácter de un apéndice, ya que por tratarse la obra de Gibbon del ocaso y fin del Imperio Romano, es utópico esperar en ella un juicioso y exhaustivo estudio sobre España. Y ello es así porque la Península no tuvo una participación que podamos denominar decisiva en tales acontecimientos: Hay que recordar que Hispania no era propiamente una provincia romana cuando sucumbió Roma, dado que no eran romanos quienes entonces gobernaban en ella; y hacía mu-

cho tiempo que había dejado de ser parte de esa unidad política, cuando se produjo la caída final de aquel magno imperio.

Sin embargo, aunque esta sección de nuestro trabajo sea una especie de suplemento del mismo, no por ello ha de parecernos menos interesante, sino que por el contrario, por haber sido elaborada nuestra investigación en España, las apreciaciones del historiador inglés en torno al asunto, ha de merecernos nuestra mayor consideración y esmero.

Capítulo VI de la tesis intitulada "La Edad Antigua en la Historiografía del Siglo XVIII: Edward Gibbon" Una Nueva Visión, presentada por Rina Villaverde S., para optar por el Título de Doctora en Filosofía con especialización en Historia, en la Universidad Central de Madrid, España.

Porque aunque Gibbon reconoce que España tuvo circunstancias que la mantuvieron alejada de las vicisitudes del Imperio Romano en sus últimos momentos, aún quedan algunos elementos de su historia que se relacionan con la vida del Mundo Romano. Y dentro de la misma época que abarca "**La Decadencia y Caída del Imperio Romano**", del autor inglés, se producen hechos de singular importancia en la Península Ibérica, como lo fueron el establecimiento de los godos y la implantación del mundo musulmán.

En relación con la escasez de material de importancia que pudiera ofrecer España para la historia del Imperio Romano, nuestro historiador advierte lo siguiente:

"La situación de España, separada por todos lados de los enemigos de Roma, por las montañas y las provincias intermedias, han asegurado una larga tranquilidad a ese lejano y apartado país; y podemos observar, como un seguro síntoma de felicidad doméstica, que, en un período de cuatrocientos años, España ofreció muy pocos materiales a la historia del Imperio Romano". (1)

En consecuencia, nosotros trataremos de revisar las consideraciones que sobre España hace Gibbon a lo largo de su obra, refiéranse o no directamente al mundo romano de la época.

A nuestro historiador parece interesarle mucho la riqueza de España y en más de una ocasión le vemos referirse a ella en términos generales y a veces relacionada con las ventajas que de ella derivó el gobierno imperial de Roma. Por ello lo vemos expresarse en los siguientes términos:

"Materno, un soldado privado, de un atrevido arrojo por encima de su condición, reunió estas bandas de ladrones en un pequeño ejército, abrió las prisiones, invitó a los esclavos para asegurar su libertad, y saqueó las ricas e **indéfensas ciudades de Galia y España**." (2)(*)

Y en su entusiasmo por afirmar la riqueza de España, Gibbon siguiendo a Diodoro Siculus, la llega a comparar con las más opulentas colonias hispanoamericanas y asegura que su exuberante economía provocó la codicia de los vecinos que navegaban por las aguas del Mediterráneo. He aquí sus palabras:

"España, por una singular fatalidad, fue el Perú y México del viejo mundo. El descubrimiento del rico continente occidental por los fenicios, y la opresión de los sencillos nativos, quienes fueron compelidos a trabajar en sus propias minas para beneficio de los extranjeros, —forman un tipo exacto de la más reciente historia de Hispanoamérica. Los fenicios estuvieron familiarizados solamente con la

(*) Lo subrayado es nuestro

costa marítima de España; la avaricia, como la ambición, llevó las armas de Roma y Cartago al corazón del país, y casi todo el suelo se encontró saturado de cobre, plata y oro". (3)

Ahora bien, en relación con las ventajas que obtuvo el Mundo Romano de la riqueza de España, nuestro historiador nos recuerda varios presentes valiosos que recibieron algunos emperadores. Entre ellos, siguiendo a Lipsius, nos habla "de la corona de oro, de setecientas libras de peso, regalada al Emperador Claudio por la España Tarraconense". (4)

Es incuestionable el hecho de que la riqueza mineral del subsuelo español fuese acicate para que pueblos europeos y africanos se acercaran a la península. No ha de resultarnos extraño que los pueblos colonizadores de España en la Antigüedad, lo fueran aquellos que en cuanto a actividad económica se dedicaron con preponderancia al comercio. Este es el caso de los fenicios, los griegos y los cartagineses.

Gibbon, basándose en varios historiadores de los Siglos IV y VII, entre los cuales se encuentra Isidoro de Sevilla, da énfasis a la natural riqueza de la Península y a la preocupación de sus habitantes por la explotación y mejoramiento de la misma. De allí que le vemos escribir lo siguiente:

"La variada abundancia de los reinos animal, vegetal y mineral, fue mejorada y manufacturada por la pericia de un pueblo trabajador; y la ventaja peculiar de almacenes navales contribuyeron a sostener un extenso y beneficioso comercio". (5)

Ya con anterioridad, Gibbon se había referido al desarrollo agrícola de España, cuando dijo: "El elegante tratado de Columella describe el avanzado estado de la agricultura española bajo el reinado de Tiberio..." (6); así como también alabó en otra ocasión la calidad de los caballos españoles. (7)

En relación con la dominación romana en España, son harto conocidas las circunstancias en que la invasión se produjo: La necesidad que tuvieron los romanos de combatir a los cartagineses en el suelo español, a fin de conseguir el triunfo en las famosas Guerras Púnicas, fue el motivo que impulsó al primer ejército romano a desembarcar al Noreste de la Península, en Ampurias (*), en el 218 A.C. Vencida Cádiz, último reducto del poder cartaginés en suelo hispano, se inició la terrible lucha de los romanos para someter a los indígenas y fueron muchos los aguerridos generales romanos que sintieron en carne viva la audacia y obstinación de las tribus de España, luchando por su independencia. Entre ellos, los celtíberos se destacaron desde el principio por su

(*) Gerona.

arrojo y valor irreductibles.

Bastaría sólo mencionar el nombre de Viriato, la ciudad de Numancia y la región de Cantabria, para que a nuestras mentes surgieran los **im perecederos** recuerdos de los actos llenos de heroicidad que adornan la historia de un pueblo que sabe dar la vida por su auténtica libertad. Porque cuando Augusto determinó oficialmente la incorporación de España como provincia romana, en el 38 A.C., los rudos montañeses de Cantabria y Asturias siguieron imposibilitando la pacificación que el Imperio deseaba, para la romanización de la nueva provincia.

Por supuesto que Gibbon, por el período a que se refiere su historia, no se considera comprometido a detallar las luchas sostenidas entre los romanos y las tribus indígenas de España; no obstante al describir las provincias que formaron parte del Imperio de los Antoninos, explica cuáles fueron los linderos de la provincia hispana, cómo fue dividida por Augusto, cómo estaba constituida entonces. Luego nuestro historiador termina señalando los grupos que se destacaron por su fortaleza y que naturalmente hicieron difícil la incorporación de España al Imperio. Aunque un poco extensa su descripción, nos parece atinado el transcribirla en nuestro trabajo. He la aquí:

“España, la extremidad occidental del imperio, de Europa, y del mundo antiguo, ha preservado invariablemente en todas las épocas los mismos

límites naturales; los montes Pirineos, el Mediterráneo y el Océano Atlántico. La gran Península, en la actualidad tan desigualmente dividida entre dos soberanos, fue fraccionada por Augusto en tres provincias, Lusitania, Bética y Tarraconesa. El reino de Portugal ahora ocupa el lugar del guerrero país de los lusitanos; y la pérdida sufrida por el primero, del lado del Este, es compensado por una anexión de territorio hacia el Norte. Los confines de Granada y Andalucía corresponden a aquellos de la antigua Bética. El resto de España, Galicia y las Asturias, Vizcaya y Navarra, León y las dos Castillas, Murcia, Valencia, Cataluña y Aragón, todos contribuyeron a formar el tercero y más considerable de los gobiernos romanos, el cual, por el nombre de su capital era denominado la provincia de Tarragona. De los nativos bárbaros, los celtíberos fueron los más poderosos, como los cántabros y asturianos resultaron los más obstinados. Confiados en la fortaleza de sus montañas, fueron los últimos en someterse a las armas romanas, y los primeros que se liberaron del yugo de los árabes”. (8)

En cuanto a las características de España como provincia romana, a Gibbon le interesa presentar la opinión y los hechos que hacían de Hispania meritoria ante los magistrados imperiales y ante la historia.

Con respecto a la fortaleza de la provincia española, nuestro historiador se refiere a aquella ocasión en que los godos invadieron Roma y el Emperador Claudio, al dirigirse al Senado y al pueblo en aquel momento memorable se refirió a las provincias de Galia y España como baluartes de la fortaleza del Imperio. (9)

Y ya que hablamos del vigor de España, hacemos un paréntesis para mencionar que Gibbon hace alusión al poder español no sólo en aquel momento sino que refiriéndose a las costumbres libertinas de Italia en el Siglo XVI, llega a decir:

“Para este mismo tiempo los españoles eran el terror tanto del Viejo como del Nuevo Mundo; pero su atrevido valor fue malogrado por su adusto orgullo, su avaricia rapaz y su inflexible crueldad”. (10)

Es indudable que la fortaleza de una provincia o de un país, ha de basarse en su ejército y nuestro historiador se refiere a la milicia española en tiempos en que España suele considerarse como provincia romana. Su pensamiento es expresado en la siguiente forma:

“...y si el carácter de los españoles se debilitó con la paz y la servidumbre, el acercamiento hostil de los germanos, quienes habían extendido el terror y la desolación desde el Rhin a los Pirineos, pareció reavivar algunas chispas de ardor militar. Mientras la defensa de las montañas fue en-

comendada a la dura y fiel milicia del país, ellos repelieron con éxito los frecuentes intentos de los bárbaros. Pero no bien las tropas nacionales habían sido compelidas a dejar su puesto a las bandas de Honorio al servicio de Constantino, que las puertas de España fueron pérfidamente traicionadas a favor del enemigo público, alrededor de diez meses antes del saqueo de Roma por los godos”. (11)

Y el coraje de los habitantes de la provincia española y la pericia de su ejército fue reconocida por los mismos emperadores romanos. En relación con este punto, Gibbon dice lo siguiente:

“Los pretorianos quienes asesinaron su emperador y vendieron el imperio, han recibido el justo castigo de su traición; pero la necesaria, aunque peligrosa institución de los guardias, fue pronto restaurada en un nuevo modelo por Severo, y aumentada cuatro veces su antiguo número. Anteriormente esas tropas habían sido reclutadas en Italia; y como las provincias adyacentes gradualmente bebieron las costumbres más suaves de Roma, las levass fueron extendidas a Macedonia, Noricum y España”. (12)

Ahora bien, un aspecto que interesa mucho a nuestro historiador y no deja de insistir en ello, es el aporte dado por España al Imperio Romano, en cuanto a hombres y a familias que llegaron a la máxima magistratura del Imperio y que sin duda

supieron dejar en alto su nombre y la investidura que los distinguía.

En efecto, Gibbon se manifiesta de acuerdo con los historiadores que relacionan la familia de Teodosio con la de Trajano y Adriano. Estas son sus palabras en este sentido:

“La misma provincia y quizás la misma ciudad que ha dado al trono las virtudes de Trajano y los talentos de Adriano, fue el sitio original de otra familia de españoles quienes, en una época menos afortunada, poseyeron cerca de ochenta años, el decadente imperio de Roma”. (13)

De la misma manera nos dice que Arcadio, el hijo de Teodosio nació en España “en una humilde habitación de una familia privada”. (14) Luego nos recuerda aquella vez, cuando en los difíciles momentos del sitio de Roma, al decidir éstos negociar con el invasor, El Senado escogió como su representante a Basilio, “un senador de extracción española”, (15) altamente considerado en la administración de provincias.

Efectivamente, no necesitamos hacer esfuerzo alguno para encontrar los indiscutibles méritos de diversos emperadores a cuya ascendencia hispana supieron dar lustre y al trono imperial, su justo valor.

En cuanto al desarrollo de España como provincia romana, nuestro historiador nos habla del florecimiento de las artes y de las ciencias y detalla las loca-

lidades que más se destacan dentro de la época en la siguiente forma:

“...y en el siglo cuarto de la Era Cristiana, las ciudades de Emérita o Mérida, de Córdoba, Sevilla, Bracara y Tarragona fueron citadas con las más ilustres del mundo romano”. (16)

Como lo indicábamos al iniciar este capítulo, uno de los hechos de gran importancia y al cual Gibbon presta suma atención, es el relacionado con el establecimiento e influencia de los godos en España.

Citando al historiador inglés, ya nos habíamos referido a la traición que motivara el triunfo de los godos en España, unos meses antes del saqueo de Roma. Como bien nos lo describe:

“La conciencia de culpa, y la sed de rapiña, incitó a los guardias mercenarios de los Pirineos a desertar su puesto; a invitar las armas de los suevos, los vándalos y los alanos; y a abultar el torrente que fue vertido con irresistible violencia desde las fronteras de Galia hasta el mar de África”. (17)

Luego Gibbon cita un trozo de Idacio, a quien considera el más elocuente historiador del asunto y quien recoge la opinión de los otros historiadores, en el cual se cuentan las desgracias de España con la irrupción de los bárbaros. En ella se habla de que la crueldad de los invasores se dejó sentir tanto en las ciudades como en el campo

abierto. Se decía también que el hambre los llevó a devorar a sus pequeños y que esa hambre trajo la peste que a la vez produjo más muertos. De manera que con el tiempo los bárbaros se radicaron en la provincia desolada. (18)

En cuanto a la distribución de los grupos bárbaros, el historiador citado manifiesta que la antigua Galicia que incluía el reino de la Vieja Castilla quedó dividida entre los suevos y los vándalos; los alanos por su parte quedaron repartidos sobre las provincias de Cartagena y Lusitania, desde el Mediterráneo hasta el Atlántico. La Bética le fue adjudicada a una rama de los vándalos conocida con el nombre de silingos. Por fin, una vez establecidos en sus respectivos territorios, los vencedores y los vencidos llegaron a un acuerdo recíproco, los primeros ofrecían protección a los segundos y éstos a su vez se comprometían a obedecer. De esta manera, las tierras volvieron a cultivarse y los pueblos y villas fueron otra vez habitados por un pueblo en cautiverio. (19)

El citado historiador llega a la siguiente conclusión:

“La mayor parte de los españoles estaba aún dispuesta a preferir esta nueva condición de pobreza y barbarismo a las severas opresiones del gobierno romano; sin embargo hubo muchos que aún defendían su nativa libertad, y quienes se resistían más especialmente en las montañas de Galicia, a

someterse al yugo bárbaro”. (20)

Nosotros consideramos que quizás el egoísmo manifestado por los romanos en su desmedido afán de riquezas, del cual hicieron gala en suelo español, hizo que los habitantes de Hispania y los historiadores de la época olvidasen lo que de positivo trajo la dominación romana. Porque es indiscutible que España llegó a romanizarse y no sólo en cuanto a la adopción del latín, sino en las medidas de derecho y en su sentido de organización, imprescindible para la vida política de un país. De la misma manera Roma no puede olvidar a hombres que como Séneca, valieron tanto o más que algunos emperadores romanos. Y eran españoles...

Ahora bien, aparte de la irrupción de los primeros bárbaros en suelo español, la de los visigodos es la que por antonomasia se conoce como invasión bárbara en la Península Ibérica. Es a ella, en consecuencia, a la que en particular se refiere Gibbon.

De acuerdo con nuestro historiador, la llegada de los visigodos a España se produjo cuando Ataulfo, amante de la guerra y para congraciarse con su hermano político, el Emperador Honorio, se comprometió a atacar y reducir a sus órdenes a los bárbaros de España. Con anterioridad ya Ataulfo se había distinguido en la pacificación de la Galia. Sin embargo, su suerte se tornó precaria ya que después de haber sorprendido a Barcelo-

na en nombre del Emperador, fue muerto violentamente y en el tumulto se violó la ley de sucesión y un extraño a la familia real, Sigerico, ascendió al trono. Pero el inhumano asesinato de los hijos de su antecesor, patrocinado por el nuevo gobernante, fue pronto pagado con su propia vida. (21)

A la muerte de Sigerico, la elección de la nación recayó en Wallia, quien, por su espíritu guerrero y su ambicioso carácter, se mostró hostil a Roma al comienzo de su reinado. Prefirió en un principio dedicarse a recorrer sus dominios hasta el Atlántico y desde Gibraltar, al contemplar la fértil costa africana, tuvo la intención de continuar los propósitos incumplidos de Alarico. Las dificultades marítimas que se opusieron a la empresa, amedrentaron al supersticioso pueblo, cuyo jefe se doblegó ante los requerimientos de los embajadores romanos y accedió a la firma de un tratado: Los romanos dieron trigo a los bárbaros y Wallia esgrimió su espada a favor de aquéllos. (22)

A continuación una guerra entre los bárbaros de España empezó a desarrollarse y se dice que los diversos pretendientes al trono, jefes de las diferentes facciones, dirigieron misivas al gobernante romano para que se abstuviera de intervenir, o, en otros términos, se mantuviese como espectador en la contienda. Por supuesto que ésto convenía a los romanos pues su labor sería más fácil una vez que

esos distintos grupos se debilitaran entre sí. No obstante, Wallia ya comprometido con los romanos intervino y pronto dio muestras de su incuestionable valor y superioridad. El héroe visigodo exterminó a los silingos, quienes habían acabado con la riqueza de Bética. Venció también a los alanos, quienes en su huida se confundieron con los vándalos. Los mismos vándalos y los suevos tuvieron que dar paso a los invencibles visigodos. Una multitud de bárbaros fue empujada hacia las montañas de Galicia donde ellos continuaron su actividad hostil. Wallia completó su victoria cumpliendo con sus compromisos ya que devolvió sus conquistas españolas a poder de Honorio y pronto el pueblo avasallado sintió sobre sus cuerpos la tiranía de los servidores romanos que les hicieron arrepentirse de su servidumbre bárbara. (23)

Aunque Gibbon duda de esta guerra entre los bárbaros de España, sí está de acuerdo en aceptar que los primeros triunfos de Wallia impulsaron la entrada triunfal de Honorio en Roma, como en los antiguos tiempos.

Dice nuestro historiador que el triunfo hubiese sido atribuido a Wallia si antes de volver a pasar los Pirineos hubiera logrado acabar con los orígenes de la guerra de España. Que sus victoriosos godos después de más décadas de haber pasado el Danubio estuvieron en posesión de la segunda Aquitania, una provincia colindante con el Loira, bajo

la jurisdicción de Burdeos en el aspecto civil y eclesiástico. Nos habla de la magnificencia de la metrópoli y de su crecimiento por la adición de diócesis adyacentes y así los sucesores de Alarico fijaron su residencia real en Tolosa, la cual incluía cinco ciudades entre sus murallas.

Por último, nos dice Gibbon que para el mismo tiempo, en los últimos años del reinado de Honorio, los godos, burgundios y francos obtuvieron un establecimiento permanente y el dominio de la provincia de Galia. (24)

Según nuestro historiador, después de la retirada de los godos, Honorio había restablecido, en apariencia, su autoridad en España, con excepción de Galicia, en donde suevos y vándalos se habían mantenido en constante pugna e independencia basada en la hostilidad. Los vándalos prevalecieron y atendiendo invitación del Conde Bonifacio y con la perspectiva de invadir Africa, abandonaron la Península con ayuda de los propios españoles, quienes desesperadamente deseaban su partida. (25)

Y Gibbon vuelve a recordar las provincias de Galia y España por el terrible desorden en que se encontraban, dado el estado de desorganización imperante en el gobierno romano en tiempos del último emperador de la familia de Teodosio, Valentiniano III. (26)

Luego el historiador inglés se refiere a la ocasión en que Teodorico, rey de los visigodos, muerto Máximo, alentó a Avitus

quien había llegado a Pretor Prefecto de la Galia, en sus aspiraciones imperiales, con el compromiso de respaldarlo si era necesario.

Pero mientras debía realizarse la maniobra política de Avitus, la situación se complicó en España, pues establecidos los godos en Aquitania y trasladados los vándalos al Africa, aquellos suevos que se habían instalado en Galicia aspiraron a conquistar España y se disponían a desconocer totalmente lo poco que quedaba del dominio romano. Teodorico, aunque pariente del rey de los suevos, llamó su atención advirtiéndole que iría en armas a defender la causa romana. Como la contestación recibida fue un desafío, Teodorico marchó a su encuentro, atravesó los Pirineos acompañado por tropas de los burgundios y francos, además de sus visigodos. No obstante haber prometido su respaldo a Avitus, la ambición del visigodo determinó que lo conquistado sería para él y sus sucesores.

Teodorico se enfrentó a los suevos cerca de Astorga y su triunfo pareció significar el fin del reino de los suevos, ya que el vencedor entró en Braga, la metrópoli de los derrotados. Y los triunfos de Teodorico continuaron ya que llegó victorioso hasta Mérida, principal poblado de Lusitania. Y mientras que el visigodo luchaba en nombre de Avitus, ya el reino de éste había llegado a su fin. (27)

De Majoriano, el sucesor de Avitus se han hecho los mejores

elogios del Imperio. Como dice Gibbon, fue “un soberano que amó a su pueblo, que sufrió con sus desgracias, que había estudiado las causas de la decadencia del imperio y fue capaz de aplicar (hasta donde tal reforma fue posible) efectivos y juiciosos remedios para los desórdenes públicos”. (28)

Roma exigía de él la restitución de sus provincias, algo difícil de conseguir en un imperio decadente. No obstante, Majoriano venció a Teodorico en el campo de batalla y considerando al vencido digno de sus armas aceptó su alianza. Y siguiendo a Priscus, Gibbon dice lo siguiente:

“La benéfica aunque precaria reunión de la mayor parte de Galia y España fue el efecto de persuasión tanto como de fuerza”. (29).

Ya por último, para terminar con las vicisitudes de los visigodos, dependientes del Imperio Romano, nuestro historiador nos dice:

“...y el designio de extinguir el imperio romano en España y Galia fue conseguido y casi completado en el reino de Eurico.” (30)

Y luego agrega, refiriéndose a la labor de Eurico:

“El atravesó los Pirineos a la cabeza de un numeroso ejército, sometió a las ciudades de Zaragoza y Pamplona, venció en batalla los nobles militares de la provincia Tarraconense, llevó sus armas victoriosas dentro del corazón de Lusita-

nia, y permitió a los suevos mantener su reino de Galicia bajo la monarquía gótica de España”. (31)

Una vez que Gibbon acaba de tratar lo relacionado con la vida de los bárbaros sujetos al poder imperial romano en España, como era de esperarse, ha de referirse a su cultura y el influjo de ella en la vida española.

Nuestro historiador empieza por exponer la dirección religiosa que siguieron los bárbaros una vez establecidos y en el caso de los visigodos llega al detalle.

En términos generales dice que los bárbaros, y en especial los ostrogodos, burgundios, los suevos y vándalos al escuchar al clero latino “prefirieron las lecciones más inteligibles de sus maestros domésticos; y el arrianismo fue adoptado como la fe nacional de los conversos guerreros que estaban sentados sobre las ruinas del Imperio de Occidente”. (32)

Señala nuestro historiador que la Corte de Toledo era también arriana. No obstante, es paradójico que los visigodos adoptaran luego la religión de los romanos con los cuales tenían contactos de “guerra, de amistad o de conquista”. (33) Como bien claro lo expresa:

“...y España fue restaurada a la Iglesia Católica por la conversión voluntaria de los visigodos”. (34)

Vemos a Gibbon exaltar el vigor real de Leovigildo, a tal punto que su hijo Hermenegil-

do, convertido al catolicismo, pagó con su vida su resistencia a volver al arrianismo. Recaredo, hermano de Hermenegildo, por su sangre y por su fe, fue el primer rey católico de España, quien una vez adoptada su decisión, convocó una asamblea del clero arriano y nobles y los invitó a seguir su ejemplo. No obstante, el historiador inglés menciona las dificultades de Recaredo para cambiar la religión nacional, ya que sólo la nueva generación, educada dentro de ella, tuvo una verdadera fe.

Y al tratar del asunto religioso en España, Gibbon nos adelanta que la intolerancia, llega un momento en que no va a ser contra herejes o idólatras sino contra los judíos; y la mala voluntad de éstos favoreció la entrada de los conquistadores árabes. (35)

En relación con la conversión de Clodoveo y sus triunfos sobre varios grupos bárbaros después de aceptar que el conquistador llegó "a los confines de España" (36), pretendió también extirpar la nación de los visigodos. Pero no contaba con que éstos tenían el respaldo del Rey de Italia y ya, frente a los reveses, tuvo que llegarse a un tratado de paz. (37)

Nuestro historiador indica que los visigodos dejaron a Clovis sus posesiones góticas, pero ellos obtenían así un rápido dominio de las provincias de España. Nos dice además que "de la monarquía de los godos, la cual

pronto envolvió el reino suevo de Galicia, los españoles modernos aún derivan cierta vanidad nacional, pero el historiador del Imperio Romano no es ni invitado ni compelido a perseguir las oscuras y estériles series de sus anales". (38)

Nosotros pensamos que es una pena que Gibbon se refiera a lo que puede denominarse motivo de orgullo para un pueblo, en cierta forma despectiva. No obstante, la explicación que da Gibbon para no ahondar sobre el asunto, corrobora nuestra advertencia al iniciar este capítulo.

Además, Gibbon se lamenta de que España no tuvo en esta época oscura un buen historiador; que "la historia de los Visigodos está contenida en las imperfectas crónicas de Isidoro de Sevilla y Juan de Biclár". (39)

Es cierto que el estado de la historiografía visigoda en el siglo XVIII no permitía un conocimiento serio. Sin embargo, el historiador inglés parece no percatarse de la importancia del Reino Visigodo en la formación de la nacionalidad española. (*)

Luego nuestro historiador pasa a considerar ciertas circunstancias relacionadas con la constitución civil y eclesiástica del Reino Español.

Gibbon en este asunto nos asegura que la seriedad del obispado español les había merecido el respeto del pueblo y que el orden y la paz de la Iglesia se reflejó en el gobierno del Estado

(*) Véase prólogo de Menéndez Pidal al Tomo III de la Historia de España.

pues éste adquirió además de esas características de la institución eclesiástica, la de la estabilidad. (40)

El Historiador inglés nos habla de los "dieciséis" concilios nacionales llevados a cabo desde que Recaredo se convirtió públicamente al catolicismo hasta cuando Vitiza, el inmediato predecesor de Don Rodrigo, último rey visigodo, gobernó. Hace alusión a los seis metropolitanos de Toledo, Sevilla, Mérida, Braga, Tarragona y Narbona. Esas asambleas estaban integradas por los obispos sufragantes o sus apoderados y a los más distinguidos abades españoles les daba un puesto especial. Gibbon llama la atención sobre el carácter privado que se le daba a los debates ya que los primeros tres días que se reunían para discutir los asuntos de doctrina y disciplina eclesiástica, no permitían la entrada a ningún laico y ya al cuarto se abrían las puertas para que entraran los grandes dignatarios, como oficiales de palacio, condes y duques de las provincias, jueces de las ciudades y nobles godos y con su consentimiento se ratificaban las nuevas medidas "celestiales".

Señala nuestro historiador, que las mismas normas se seguían en las asambleas provinciales. De allí que Gibbon no puede ser más elocuente cuando concluye con las siguientes palabras:

"...y un gobierno legal fue sostenido por la prevaleciente influencia del clero español". (41)

Gibbon anota que los obispos por lo general trataban de anteponer sus méritos a los de la corona. Sin embargo, él reconoce que en los concilios nacionales de Toledo, el irrefrenable espíritu de los bárbaros, fue calmado bajo la dirección de la política episcopal y que se lograron leyes juiciosas y benéficas tanto para el gobernante como para el pueblo. Entre estas medidas estaba resuelto el problema de la sucesión del trono, por la elección de obispos y palatinos. Además, la designación debía recaer sobre un godo. Y el clero, quien ungía al gobernante exhortaba y a veces prestaba el deber de alianza. Por ello, dice Gibbon:

"Pero el mismo monarca cuando ascendía al trono, estaba ligado por un juramento recíproco a Dios y a su pueblo de que fielmente cumpliría con su importante cargo". (42)

Otro hecho de importancia que señala el historiador inglés fue la labor de uno de esos concilios de Toledo en el cual se revisó y aprobó el código de leyes que había sido compilado por los reyes visigodos desde Eurico hasta Egica.

Es obvio, según Gibbon, que mientras los visigodos estaban conformes con sus rudas costumbres permitieron que los habitantes de Aquitania y España se ajustaran al derecho romano, pero a medida que iban avanzando en los distintos aspectos de la vida sedentaria, pensaron en reemplazar las viejas medidas

extranjeras y elaborar un código civil y criminal que valiera para un pueblo grande y unido.

Los mismos deberes y derechos fueron extendidos a las naciones de la monarquía española.

Es de observar que los visigodos fueron abandonando su lengua de origen, la teutónica, y fueron poco a poco aceptando como norma la equidad, a tal punto que invitaron a los romanos a participar de la libertad. (43)

Es de observar que a nuestro historiador se le escapa un hecho de sumo interés, ya que en ningún momento hace alusión a él: Este es el relacionado con la indubitable fusión de las razas hispanoromana y goda. Parece ser que Gibbon desconoció la importancia del Fuero Juzgo.

Ya habían desaparecido los problemas surgidos por diferencias religiosas desde la conversión de Recaredo. No obstante, existía la dificultad de que las costas Mediterránea y del Atlántico, se encontraban en poder de los Emperadores del Este, quienes instaban secretamente a los pobladores a rechazar el yugo bárbaro y a ensalzar las bondades del Imperio Romano.

Por último Gibbon hace su comentario acerca del Código de los visigodos. Estas son sus palabras:

“No me gusta su estilo, detesto la superstición, pero me atrevere a pensar que la jurisprudencia civil despliega un estado de sociedad más civili-

zado e ilustrado que aquel de los burgundios o aun de los lombardos. (44)

En relación con el final de la monarquía visigótica en España, nuestro historiador se limita a recordar que Rodrigo usurpó el trono de los visigodos a la muerte de Vitiza y que aunque la monarquía era electiva, los dos hijos del rey muerto se consideraban herederos al trono y para ello contaban con el respaldo del tío Opas, arzobispo de Toledo y Sevilla quien como dice Gibbon era “primera persona en la iglesia y segunda en el Estado”. (45)

Todos sabemos que las disensiones internas iban a propiciar la invasión de los sarracenos, quienes impacientes esperaban el mejor momento para ello.

En relación con la historia de los sarracenos en España, Gibbon empieza por señalar que el motivo religioso lo era suficiente como para que al enfrentarse godos y sarracenos se entablara una encarnizada lucha.

Nos dice nuestro historiador que desde los tiempos de Othman sus escuadrones piratas habían saqueado la costa de Andalucía. Hace la advertencia de que los árabes daban esta denominación no sólo a la provincia que lleva tal nombre sino a toda España. (46)

Se necesitaba que hubiese dificultades dentro de los altos jefes de la monarquía visigótica y elementos que se prestaran a una traición para que la invasión se produjera.

En efecto, el Conde Julián, gobernante godo de Ceuta, quien aparentemente era amigo y servidor de Don Rodrigo y en tal carácter había rechazado a Muza, gobernador árabe del Norte del Africa, de las murallas de su estación, ahora lo instaba a invadir España, con su respaldo.

Acerca de las razones que pudo tener Julián para una traición, por supuesto que Gibbon no da crédito a la repetida historia de que quiso vengar el ultraje cometido en contra de su hija por el soberano. El considera que quizás Julián participó en el infortunio de los hijos de Vitiza y que ahora Rodrigo en lugar de agradecer su ayuda podría quizás considerarlo un estorbo. (47)

Ahora bien, a Julián le atraían las posesiones de Don Rodrigo, pero se sentía débil para enfrentársele y buscó la ayuda extranjera para hacerlo, sin pensar en sus consecuencias. De tales consecuencias, dice nuestro historiador:

“...y su irreflexiva invitación de los Moros y Arabes, produjo las calamidades de ochocientos años”. (48)

Con la autorización de Walid, Muza se preparaba en Tánger para la anexión del Oeste. Tuvo la precaución de hacer un primer intento de avance en el 710 que le demostró lo factible de la empresa. Y en la primavera del año siguiente, Tarik, con un ejército de cinco mil unidades, se hizo a la mar. Los sarracenos

desembarcaron en Gibraltar que según nuestro historiador es un nombre corrompido “(Djebal Tarik) que describe la montaña de Tarik” (49) y continúa diciendo que “los atrincheramientos de su campo fueron el primer bosquejo de aquellas fortificaciones que en las manos de nuestros compatriotas han resistido el arte y poder de la casa de Borbón”. (50)

Nosotros podríamos ahora criticar la vanidad de Gibbon. Pero tratamos de ser comprensivos y admitimos que, aunque afrancesado, era un inglés...

Ante la presencia de Tarik, los gobernadores de los alrededores avisaron a la Corte de Toledo el progreso de los árabes y Edeco quien había sido enviado a someter a los osados invasores, advirtió a Rodrigo las dimensiones del peligro.

Según Gibbon, en Jerez se determinó la suerte del reino. Se enfrentaron en un campo separado por la corriente del Guadalete noventa o cien mil godos, mientras que las tropas de Tarik llegarían a doce mil. Es de imaginarse el desastre para el invasor, pasados los tres días del encuentro. Pero el Jefe de los sarracenos supo arengar a sus hombres basado en el apoyo que le prestarían los comunes enemigos de Rodrigo, el Conde Julián y los sucesores de Vitiza y en esas condiciones se produjo la desorganización del ejército “romano” por el interés personal de ponerse cada cual a salvo. Del mismo don Rodrigo nos dice el autor que “murió innoble-

mente en las aguas del Baetis o Guadalquivir". (51)

Julián continuó su traición ya que aconsejó a los árabes que marcharan a Toledo y no permitieran a los cristianos nombrar nuevo monarca. Tarik siguió la recomendación. (52)

Entre los hechos extraños ocurridos, Gibbon nos recuerda aquel romano liberado por el Califa que asaltó Córdoba con setecientos soldados y llevó a los cristianos a defenderse por tres meses. Así, otro destacamento redujo la costa marina de la Bética la cual, en los últimos tiempos del poder moro, estranguló en un reducido espacio, el populoso reino de Granada. (53)

Tarik siguió en armas hasta llegar a Toledo. Su triunfo estaba asegurado. Y nuestro historiador detalla el buen trato dado por el moro a los cristianos. No obstante nos dice:

"Pero si la justicia de Tarik protegió a los cristianos, su gratitud y política premió a los judíos, a cuya ayuda secreta o abierta él era deudor por sus adquisiciones más importantes". (54)

Para Gibbon, de allí la alianza que entre los discípulos de Moisés y Mahoma fuese mantenida hasta la época de su común expulsión final.

Gibbon está en un error. Su desconocimiento de la España Medieval, le impiden enterarse de los conflictos habidos entre judíos y musulmanes.

Desde Toledo el jefe árabe extiende su área de poder hasta los reinos de Castilla y León, por el Norte. Mientras tanto Muza había llegado más allá de las montañas asturianas, a Gijón. Había recorrido en triunfo setecientas millas (*) de Gibraltar a la Bahía de Vizcaya. Un descalabro terrestre lo hizo retroceder y luego fue llamado a Toledo a explicar su intento de someter un reino en ausencia del general.

Y una expresión de Gibbon llama nuestra atención. Estas son sus palabras:

"España, la que en un estado más salvaje y desordenado, había resistido doscientos años, las armas de los romanos, fue invadida en pocos meses por las de los sarracenos". (55)

Nuestro historiador parece sorprenderse de situaciones que nosotros creemos poder explicar, a nuestro modo de ver. En primer lugar, las tropas indígenas que se opusieron a Roma, defendían su libertad, la cual era inherente a su propia vida. Hay que recordar que los fenicios, griegos y cartagineses establecieron colonias eminentemente de tipo comercial y Roma aunque tuviese interés económico al anexarse nuevos territorios, englobaba dentro de su unidad política las nuevas provincias. Sabemos de la habilidad de los romanos en materia administrativa y uno de sus grandes logros fue mantener dentro de esa entidad política tan di-

(*) Mil ciento veinte Kmts.

versas naciones: No dudamos que el latín y el cristianismo fuesen base de tal unidad. La tónica romana al conquistar fue más bien pues, de absorción y era más fácil que los indígenas, se resistieran a ella.

En el caso de los árabes, debemos pensar que la misma masa humana que debía ser conquistada, aunque compuesta por clementos bárbaros e hispanorromanos que aparentemente constituían una especie de unidad étnica, en el fondo defendían algo que había llegado a ser suyo, pero que no lo era de origen. Además ya hay elementos en la Península, ajenos a la vida del país, porque no sienten ni piensan al unísono con él, como lo fueron entonces los judíos quienes en su momento, hicieron causa común con los fieles al culto islámico.

Además, como ha ocurrido en otros lugares y en distintos tiempos, en España se dio el caso de que la división entre la aristocracia dirigente, aquí entre las familias de Kindasvinto y Wamba, fueron causa del debilitamiento que hasta cierto punto propició la entrada del invasor. Y si ello no fuese suficiente, la sola fuerza arrolladora de los musulmanes cuya propia religión los incitaba a expandirse y a ganar su "paraíso" al morir luchando por su religión, hubiese bastado para la rápida conquista de una tierra que había sido ya tantas veces azotada por el rigor de diversas invasiones.

No obstante, vale la pena observar que nuestro comentario no

es una crítica que se pueda entender en el sentido de debilidad de un pueblo. La resistencia de los cántabros y los suevos son proverbiales y los mismos musulmanes no llegaron a posesionarse jamás de las tierras montañosas del Norte. Además, a la batalla de Covadonga hay que darle su justo valor.

Y Gibbon continúa relatando las circunstancias que acompañaron la conquista de los árabes en España. La suerte de los godos empeorada por dos estaciones de hambre y peste, mientras que muchos huyeron a las montañas asturianas a soportar una vida de pobreza antes que someterse al invasor.

Muza siente celos por los triunfos de Tarik, y se propone adquirir nuevos triunfos para las armas sarracenas. Efectivamente logró, a pesar de la resistencia de los pobladores, sitiar y reducir a Sevilla y Mérida. (56) El sitio de Mérida fue largo pero por hambre hubieron de ceder. Se les permitió el exilio, (muchos lo hicieron a Galicia) o el pago de un tributo; y las iglesias fueron divididas entre las dos religiones.

Muza, con sus triunfos, logró infundir sospechas acerca de Tarik, logró aprehenderlo, azotarlo y humillarlo, pero como dice Gibbon:

"Era tan estricta la disciplina, tan puro el celo, o tan débil el espíritu, de los primitivos musulmanes, que después de esta humillación pública Tarik pudo servir y serle confiada la reducción de la provincia tarraconense". (57)

Fue tal el avance de los árabes que en Zaragoza erigieron una mezquita y los godos fueron perseguidos más allá de los Pirineos. Aquí, aunque Gibbon se basa en las Crónicas en cita a pie de página, duda de que Muza alguna vez atravesara los Pirineos. (58)

Durante la ausencia de Muza, su hijo Abdelazis castigó a unos insurgentes de Sevilla y realizó la reducción de la costa del Mediterráneo de Málaga a Valencia. Llevó a cabo un tratado con Teodomiro que sorprende la prudencia de los tiempos. Pero se hace la advertencia de que aunque Teodomiro y sus súbditos fueron tratados con largueza, el tributo sería pagado de acuerdo con la sumisión u obstinación de los cristianos. (59)

Y Gibbon, aunque señala que se cometieron muchos abusos parciales debidos a las pasiones carnales o religiosas de los entusiastas, llega a expresar:

“Si comparemos la invasión de España por los godos, o su reconquista por los reyes de Castilla y Aragón, debemos aplaudir la moderación y disciplina de los conquistadores árabes”. (60)

Nos apena que nuestro historiador no tenga reparos en hacer comparaciones que por lo general resultan enojosas. Y, sin tratar de quitar los méritos que pudo tener la política conquistadora de los árabes en España, sí creemos conveniente advertir que sería juicioso tomar con reserva la opinión de Gibbon en este aspecto pues ya manifesta-

mos que tiende a parcializarse cuando de los árabes se trata. Somos de opinión que Gibbon exagera y nos resulta bastante difícil pensar en una invasión, conquista o reconquista en la cual, si hay resistencia, no se cometan abusos y crueldades.

Luego el historiador torna su mirada para saber qué suerte siguieron Muza y Tarik. Sobre el primero nos dice que como muchos héroes de la antigüedad pretendió adueñarse del mundo y en su sueño quiso ir hasta en contra de los griegos de Constantinopla. Se dudó de él y fue aprehendido. La misma suerte tuvo su rival Tarik. Al primero, después de pagar una fuerte suma, en su pobreza se retiró a la Mecca y Tarik no necesitó marcharse pero quedó en la masa de los esclavos. (61)

En cuanto a la evaluación de la obra de los árabes en España, es de imaginarse que nuestro autor se extienda en los positivos beneficios de ella.

En términos generales dice al respecto:

“Una provincia asimila un estado victorioso por la introducción de extranjeros y el espíritu imitativo de los nativos; y España, la cual había sido sucesivamente teñida con sangre púnica, y romana y gótica, en pocas generaciones, bebió el nombre y las costumbres de los árabes”. (62)

Y luego expresa que “las ciudades de España se sentían orgullosas de conmemorar la tribu

o país de sus progenitores del Este". (63)

Nuestro historiador quiere indicarnos que hubo reciprocidad de parte de los musulmanes ya que en su opinión las tribus de Tarik y Muza se denominaron a sí mismas **españolas** y por este nombre afirmaban su conquista. No obstante, señala que permitieron a sus correligionarios de Egipto compartir los establecimientos de Murcia y Lisboa. (64)

A continuación Gibbon, dando fe de la exactitud de varias autoridades trata de detallarnos la distribución del poder árabe, como sigue:

"La legión real de Damasco fue plantada en Córdoba, la de Emesa en Sevilla, la de Kinnisrin o Calcis en Jaén; la de Palestina en Algeciras y Medina Sidonia. Los nativos de Yemen y Persia estuvieron dispersos alrededor de Toledo y el país interior, y fértiles lugares de Granada fueron otorgados a diez mil jinetes de Siria e Irak, los hijos de las más puras y las más nobles de las tribus árabes". (65)

Según Gibbon el primero de los Omeyas que reinó en España exigió de los cristianos una ayuda material y el más poderoso de sus sucesores llegó a poseer un tributo anual que sobrepasaba en el siglo X las riquezas juntas de todos los reyes cristianos. (66)

De allí que nuestro historia-

dor no escatime esfuerzo alguno para detallar la grandeza de los árabes en España. He aquí una muestra de ello:

"...Su sitio real de Córdoba contenía seiscientas mezquitas, novecientos baños, y doscientas mil casas; dio leyes a ochenta ciudades de primer orden, trescientas de segundo o tercero; y los fértiles bancos del Guadalquivir estaban adornados con doce mil villas y aldeas. **Los árabes pueden exagerar la verdad, pero ellos crearon, y describen la época más próspera de las riquezas, el cultivo y la populosidad de España**". (67)

Y en relación con la cita anterior, Gibbon a pie de página sabe agradecer un trabajo que fue sólo distribuido como regalo por la Corte de Madrid. Este es: Biblioteca Arabico-Hispana Escorialensis, opera et studio Michaelis Casiri, Syro Marontae. Matriti, in folio tomus prior 1760, tomus posterior, 1770. Sobre él dice que "la ejecución de este trabajo honra la prensa española". (68)

Nuestro historiador no sólo da importancia a las riquezas materiales del emirato árabe, sino que en la misma idiosincrasia del musulmán encuentra méritos que producen más que su admiración, su complacencia, porque en las comparaciones casi siempre ellos salían con ventajas.

Así, Gibbon nos dice que aunque las guerras de los musul-

(*) Lo subrayado es nuestro

manes fueron santificadas por Mahoma, éste en sus preceptos y en su vida buscó las lecciones de tolerancia ya que ellas mismas sirven para ganarse a los infieles. (69)

Y ese mismo espíritu de tolerancia lo ve el historiador inglés en la oportunidad que tenía una persona de practicar libremente el culto de su religión, distinta a la islámica, mediante el pago de un tributo. (70)

Podríamos decir que, en nuestro concepto, Gibbon realmente sobreestima al Islamismo. Recogemos unas palabras suyas que lo comprueban:

“Más puro que el sistema de Zoroastro, más liberal que la ley de Moisés, la religión de Mahoma puede parecer menos inconsistente con la razón que con el credo de misterio y superstición que, en el Siglo VII, malogró la sencillez del Evangelio”. (71)

Más adelante nuestro autor nos habla de la huida de Abderramán, de los Omeyas, al ganar el partido de los Abasidas, pero cómo a su regreso y después de mucho luchar estableció el trono de Córdoba y fue el progenitor de los Omeyas de España, los cuales reinaron más de doscientos cincuenta años del Atlántico hasta los Pirineos. (72)

Tenemos que admitir que la descripción de la belleza excelsa de Granada hecha por Gibbon supera cualquier otra de las muchas que hay en su obra. Su pasión por lo árabe es irrefrenable.

Y nuestro historiador, un cru-

dito, no puede menos que admirar los estudios de los árabes allí donde ellos llegaron y en especial en España. También se refiere al desarrollo de las ciencias en el mundo musulmán, entre las cuales, las matemáticas, astronomía y física fueron fundamentales. Sobre este último campo nos dice que “en todas las ciudades la literatura árabe era copiada y reunida por la curiosidad del estudioso y la vanidad del rico”. (73) Se refiere luego a la biblioteca de los fatimitas de Africa para ensalzarla, pero al referirse a la de España dice lo siguiente:

“Sin embargo esta colección puede parecer moderada, si podemos creer que los Omeyas de España han formado una biblioteca de seiscientos mil volúmenes, cuarenta y cuatro de los cuales fueron empleados en el mero catálogo. Su capital Córdoba, con los pueblos adyacentes de Málaga, Almería y Murcia, habían sido la cuna de más de trescientos escritores, y sobre setenta bibliotecas públicas fueron abiertas en las ciudades del reino andaluz”. (74)

A pesar de que en el mismo desarrollo del capítulo, hemos ido haciendo nuestros comentarios, a medida que lo considerábamos conveniente, queremos insistir en que tanto Roma, como los visigodos y los árabes dieron, como era de esperar, sus frutos positivos en el fértil campo cultural de España. Porque aunque Gibbon tan amante de la cultura no menciona el senti-

do de unidad política que Roma trajo a España, este aporte se deja ver en su obra. Acerca de la unidad religiosa conseguida con los visigodos, sí hubo una manifestación clara en su producción. ¿Y quién puede negar la influencia árabe en España, tan defendida por nuestro historiador? . Si no hubiese una historia

que nos hablase de los elementos que cada uno de estos pueblos ha dejado en la Península, el legado material otorgado por cada uno y que aún podemos apreciar, son el mejor testimonio de que contribuyeron a formar en buena parte lo que hoy encontramos en los cimientos de España.

NOTAS DEL CAPITULO VI

1. Edward Gibbon: **The Decline and Fall of the Roman Empire**. London: J. M. Dent & Sons Ltd. 1960, Vol. III, pág. 274
2. **Ibid.** Vol. I, pág. 88
3. **Ibid.** Vol. I, pág. 156
4. **Ibid.** Vol. II, pág. 131
5. **Ibid.** Vol. III, pág. 274
6. **Ibid.** Vol. I, pág. 53
7. **Ibid.** Vol. II, pág. 332
8. **Ibid.** Vol. I, pág. 20
9. **Ibid.** Vol. I, pág. 281
10. **Ibid.** Vol. III, pág. 259
11. **Ibid.** Vol. III, pág. 275
12. **Ibid.** Vol. I, pág. 120
13. **Ibid.** Vol. III, pág. 53
14. **Ibid.** Vol. III, pág. 147
15. **Ibid.** Vol. III, pág. 241
16. **Ibid.** Vol. III, pág. 274
17. **Ibid.** Vol. III, pág. 275
18. **Loc. cit.**
19. **Ibid.** Vol. III, págs. 275-6
20. **Ibid.** Vol. III, pág. 276
21. **Ibid.** Vol. III, págs. 276-77
22. **Ibid.** Vol. III, págs. 277-78
23. **Ibid.** III, pág. 278
24. **Ibid.** Vol. III, pág. 279
25. **Ibid.** Vol. III, págs. 328-330
26. **Ibid.** Vol. III, pág. 407
27. **Ibid.** Vol. III, págs. 417-18
28. **Ibid.** Vol. III, pág. 423
29. **Ibid.** Vol. III, pág. 428
30. **Ibid.** Vol. III, pág. 444
31. **Loc. cit.**

32. **Ibid.** Vol. IV, pág. 26
33. **Ibid.** Vol. IV, pág. 22
34. **Ibid.** Vol. IV, pág. 36
35. **Ibid.** Vol. IV, págs. 40-41
36. **Ibid.** Vol. IV, pág. 60
37. **Ibid.** Vol. IV, pág. 61
38. **Ibid.** Vol. IV, pág. 84
39. **Loc. cit.**
40. **Ibid.** Vol. IV, pág. 85
41. **Loc. cit.**
42. **Ibid.** Vol. IV, pág. 86
43. **Loc. cit.**
44. **Ibid.** Vol. IV, pág. 87
45. **Ibid.** Vol. V, pág. 364.
46. **Ibid.** Vol. V, pág. 363
47. **Ibid.** Vol. V, pág. 364
48. **Ibid.** Vol. V, pág. 365
49. **Ibid.** Vol. V, pág. 366
50. **Loc. cit.**
51. **Ibid.** Vol. V, págs. 367-68
52. **Ibid.** Vol. V, pág. 368
53. **Loc. cit.**
54. **Ibid.** Vol. V, pág. 369
55. **Loc. cit.**
56. **Ibid.** Vol. V, pág. 370
57. **Ibid.** Vol. V, pág. 371
58. **Ibid.** Vol. V, págs. 371-72
59. **Ibid.** Vol. V, pág. 372
60. **Ibid.** Vol. V, pág. 373
61. **Ibid.** Vol. V, págs. 373-74
62. **Ibid.** Vol. V, pág. 375
63. **Loc. cit.**
64. **Loc. cit.**
65. **Loc. cit.**
66. **Ibid.** V, pág. 376
67. **Ibid.** Vol. V, pág. 376-77
68. **Ibid.** Vol. V, pág. 377
69. **Loc. cit.**
70. **Loc. cit.**
71. **Ibid.** Vol. V, pág. 378
72. **Ibid.** Vol. V, pág. 405
73. **Ibid.** Vol. V, pág. 411
74. **Loc. cit.**

JAIME GARCIA SAUCEDO

Sobre una obra inédita de Rogelio Sinán

Bernardo Domínguez Alba (Rogelio Sinán) ha dicho siempre que CUENTO es la interpretación de la fórmula verbal contar pero en primera persona, mejor dicho es el YO-CUENTO, es el llevar cuenta de algo. Sinán sabe muy bien que en sus hornadas narrativas priva ese subjetivismo primoridial casi deliberado que luego se combina y expone en el tono que mejor convenga al escritor para lograr a plenitud su efecto preconcebido.

Para Sinán lo primero es la anécdota, mientras que en la novela lo que importa son los personajes. El sabe, además, que el cuento debe narrar un hecho de

indudable importancia; conoce y concibe sus universos con singularidad casi expectante que nos permite concluir que sabe cabalmente llegar a lo más difícil el poder de la síntesis.

Sinán se nos revela como un hombre de fuerte raigambre tropical cuya preocupación vital descansa en las zonas que la vida le ofrece con todos sus múltiples matices sin omitir los impulsos del sexo con otros eslabones de la perenne cotidianidad. Sus cuentos son testimonios de todo esto.

En 1975 Sinán tenía ya casi formado un libro nuevo de cuentos que empezó a configurar como siete relatos breves

y un título provisional **EL CANDELABRO DE LOS MALOS OFIDIOS**. El título de esta serie corresponde a los protagonistas de los relatos, es decir, los reptiles. Aparte de los siete cuentos, también tiene otros más extensos que desconozco pues fueron elaborados posteriormente a mi entrevista con el escritor pero la esencia de esta novedad creativa de uno de los más importantes narradores que ha tenido Panamá, descansa en esos siete relatos que paso a analizar como primicia para los que seguimos los pasos de nuestro maestro, estos novedosos monumentos de su universo recreado en fórmulas que son la continuación de sus hornadas literarias.

Rogelio Sinán ha titulado estos relatos así:

1. Un Oficio Iracundo
2. La Coral Plástica
3. El Cazador de Iguanas
4. Una Boa Vengativa
5. Un reptil Decapitado
6. Soñar o no Soñar
7. El Gran Pecado Original.

a. Temas

Todos estos relatos forman un haz de recurrencias temáticas. Es la exploración minuciosa de las posibilidades fantásticas que esconde la realidad. La presencia simultánea de hechos cotidianos nos sugieren la existencia de otra realidad en la cual campea lo mítico y lo insólito en un universo infantil y sexual imbuido de situaciones imprevisibles donde reina la muerte,

siempre acechante, casi como gemela de nuestro vivir. Es la muerte-ofidio vislumbrada en los sueños y luego conocida como experiencia totalizante.

Las serpientes en sus diversas formas, así como el título del libro, encierran fórmulas de índole cabalística: el “candelabro” con “siete” cavidades donde reposan “los malos ofidios”. El “siete” y los “ofidios” serán la fórmula de carácter esotérico que nos transporta hacia un nuevo encuentro con Rogelio Sinán.

Son cuentos desconcertantes que nos confunden y asombran por ese constante acecho de la muerte sin tregua.

En un Ofidio Iracundo, la tragedia se presiente; es la fatalidad absoluta que oscurece a la naturaleza y al hombre. El ofidio es motivo para hablarnos del folclore negroide, de esos zambos que celebran la muerte del chiquillo mordido por el reptil con “guaro”, cuentos de serpientes venenosas y de infalibles brujos curanderos. Lo mismo acontece con **La Coral Plástica**, donde el animal vuelve a ser la forma de lo desconcertante tras picar al niño en el jardín.

El Cazador de Iguanas, Una Boa Vengativa y Un Reptil Decapitado, son tres cuentos con ambiente y hechos similares. La exuberancia de la selva que acecha parece arrollar a los seres de las narraciones. Se percibe un vaho opresivo y expectante. Parece una senda honda, vertiginosa donde cada golpe de ma-

chete separa la cabeza voraz del cuerpo, mientras, asombrados, advertimos cómo se retuerce la fuerza brutal del monstruo y la boca aún se cierra y abre con vano intento de venganza.

Es la fluctuación del bien y del mal. Es la representación, en este caso, de la astucia humana que detiene el sino maldito. Son alaridos angustiosos que Sinán dibuja con sutileza pintoresca. Amante de su trópico, lo justifica con este clisé sacado de la tradición cristiana y de nuestra cultura occidental.

En los dos últimos cuentos: **Soñar o No Soñar** y **El Gran Pecado Original** es la muerte y el demonio que llegan en los sueños y el sexo. Se trata de revelarnos un aspecto de pesadilla, desencanto y frustración.

Rogelio Sinán interpreta el sueño con boas como el encuentro inevitable con la muerte. Es la crisis de la identidad con la cual nuestro héroe logra finalmente deshacerse de los abominables anillos que con sadismo lo están aniquilando por medio del súbito despertar. Prefiere no dormir nuevamente, pues sabe que hay la posibilidad del reencuentro y a lo mejor queda en los límites de esa otra realidad donde se confunde lo auténtico con lo inauténtico.

En **El Gran Pecado Original**, Sinán vuelve a ser el eterno psicoanalista. La boa aparece para interrumpir la representación de la fecundidad, del amor y del acoplamiento. El monstruo impide la culpa del gran pecado

original mientras muerde la fruta prohibida que le ofrece la mujer, en este caso una gitana domadora de serpientes y de otras bestias similares. El hombre ve con desconcierto que su miembro viril es como un fállico reptil cuya quemante agresividad eréctil, desfallece ante la presencia de este demonio, ángel piadoso, guardián de la mujer: sinónimo de toda astucia como en la leyenda del Génesis.

La tentación y la muerte estarán representadas por los ofidios del candelabro que Sinán saca de sus laberintos fantásticos, de esa gruta donde aún sigue frondoso el árbol genealógico de su conciencia intelectual entre cuyos ramajes penden los cauces míticos y las tradiciones populares que se remontan a los orígenes de la cultura occidental desde los apacibles días bíblicos en que Jehová maldijo a la serpiente por haber tentado a Eva hasta hacerla probar el fruto del árbol de la sabiduría.

Estos cuentos no cierran la hornada literaria de Rogelio Sinán quien sigue, sin desmayo, explorando con excelente factura el universo de la creatividad con raros mosaicos de experiencias que apuntan descarnadamente hacia una búsqueda de nuevas dimensiones narrativas sin abandonar ese estilo tan suyo que siempre se ha caracterizado por llevar un lenguaje sencillo, accesible y ágil, que nos permite acercarnos a su capacidad imaginativa poblada de mundos desdoblados, oníricos o simplemente eróticos.

b. Indicios Estilísticos.

Configuración de los personajes.

A excepción de *Un Reptil Decapitado* y *El Gran Pecado Original*, los demás cuentos presentan seres paralelos. Hay, en fin, una interpretación lineal de conjunto que va aconteciendo en cada uno de estos relatos diversos. Veamos el tratamiento de sus personajes:

- | | |
|----------------------------|--|
| 1. Un Reptil Decapitado | el autor y el campesino con su hijo |
| 2. El Gran Pecado Original | el autor y la gitana domadora de ofidios |
| 3. Un Ofidio Iracundo | los niños zambitos |
| 4. La Coral Plástica | el niño y sus padres |
| 5. El Cazador de Iguanas | el cazador |
| 6. Una Boa Vengativa | el cazador |
| 7. Soñar o No Soñar | el soñador |

Como se colige, hay, desde el punto de vista de los caracteres, un paralelismo entre varios cuentos:

- | | |
|----------------------------|--|
| 1. Un Ofidio Iracundo | niños que sucumben ante los ofidios |
| La Coral Plástica | (muerte triunfante) |
| 2. El Cazador de Iguanas | los cazadores que desafían a los ofidios |
| Una Boa Vengativa | (muerte vencida) |
| Un Reptil Decapitado | el soñador que se libera por medio del despertar |
| 3. Soñar o No Soñar | (muerte desenfocada) |
| 4. El Gran Pecado Original | el ofidio como símbolo de lo sexual. |

Rogelio Sinán envuelve a todos sus personajes en un mundo donde se destaca lo deleznable y lo repulsivo. Es la imitación de una realidad sumergida en el plano de lo angustioso y lo frustrante donde, por un lado, unos inocentes sucumben; y, por el otro, el hombre lucha sin tregua contra la brutal naturaleza. Los ofidios reencarnan a la muerte y serán la clave central de toda la estructura narrativa. Son ellas, las serpientes y boas, el personaje central reiterado.

Circunstancias Temporales y Espaciales.

La luz del día, el esplendor de la selva, los campos y alcobas en medio de un clima sofocante, serán la atmósfera espacio-

temporal preferida para estos cuentos.

Las sensaciones de horror e inquietud que surgen por medio de sobresaltos auditivos, visuales y táctiles pesarán sobre cada relato y a la vez servirán para configurar a estos cuadros plenos de matices que darán cabal ubicación al lector.

Imágenes Empleadas.

Rogelio Sinán hace descripciones de auténtico horror. La sinuosidad repulsiva de los ofidios, los gritos desesperados de sus víctimas y el ambiente pleno de sonidos espeluzantes, contribuyen a recalcar el virtuosismo con que el autor manipula sus pocos recursos metafóricos y con lo cual logra eludir el peligro de la monotonía en la narración. Veamos algunos ejemplos:

Uso de las imágenes.

Empleo del símil y metáforas.

No cabe duda que Rogelio Sinán tiene gusto preferente por estas figuras que maneja con inagotables posibilidades. Estas fórmulas juegan papel decisivo para enfocar debidamente su estilo.

Un Ofidio Iracundo.

"...un alarido desgarrador cortó las risas y congeló en la sangre el dulce júbilo". (621-a).

"El llanto de la madre, de vez en cuando, ponía en la noche los puntos suspensivos de lo fatal". (621-b)

Una Boa Vengativa.

"...Estemecía la rama y hacía tal ruido que parecía una tromba marina". (621).

Un Reptil Decapitado.

"A pie, bajo los rayos de un sol caliginoso, llegué con mis amigos a un bohío solitario". (622).

El Gran Pecado Original.

"...Pero la frase se me quedó a media asta como bandera en día de duelo..." (623)

"Como gata de azogue, mi pánico hizo un descenso rápido por mi columna vertebral hasta marcar un grado tan intenso de frío que, congelándolos, paralizó en seguida mis recuerdos del Génesis". (624)

"Mi fálico reptil, disminuido, se salió del edén, avergonzado". (625)

"La devoró voraz y, al deglutirla, descendió nuevamente hasta su infierno de círculos y anillos". (626)

"Esa vez el demonio, como un ángel piadoso, supo evitar la culpa salvándonos a tiempo del gran pecado original, amén". (627)

"Al acercarse, vio que del cuerpo del chiquillo mordido brotaba sangre. De la boca, los ojos, los oídos, los poros". (628)

"...de pronto, un alarido desgarrador cortó las risas y congeló en la sangre el dulce júbilo". (629)

(de Un Ofidio Iracundo)

"Fue entonces cuando oyeron el alarido desgarrador. Ambos, corriendo desolados, lograron ver aun cómo escapaba entre las hojas de un matorral la coral verdadera que había picado al niño". (630)

(de La Coral Plástica)

"No lo pudo lograr, pues la culebra, fuera del agujero, se le enroscó en el torso y, presionándola, trataba de asfixiarlo. Por fortuna le había dejado libre las piernas. Echó a correr, gritando, rumbo a un sitio donde unos hombres zocolaban un monte. Llegó aterrado, ronco, lívido". (631)

(de El Cazador de Iguanas)

"Dando alaridos, pasó momentos angustiosos bajo la noche. En las tinieblas seguía escuchando el ruido infernal que hacía la boa". (632)

(de Una Boa Vengativa)

"El brazo y el machete al desplazarse dejaron ver apenas un destello fugaz. Separada del cuerpo y ya en el suelo, la cabeza de la voraz serpiente abría y cerraba la boca como en un vano intento de venganza". (633)

(de Un Reptil Decapitado)

"Una monstruosa boa lo constreñía entre sus anillos y lo iba estrangulando de modo cruel y sádico. Inútilmente pedía ayuda. Sus gritos se perdían en la húmeda soledad de la selva. No acudiría nadie a auxiliarlo". (634)

(de Soñar o No soñar)

"Al volverme, vi algo monstruoso, espeluznante. Una boa

enorme se iba acercando a mí sobre la cama". (635)

(de El Gran Pecado Original)

Rogelio Sinán, a través de su progresión como cuentista, desarrolla el andamiaje de su estilo que va cumpliendo con todas las exigencias de la narrativa de avanzada: juego con los tiempos, superposición de planos en el discurso, entre otras formulaciones esteticistas que convierten a su producción en una investigación formal, pero asimismo en planteamiento de la realidad panameña, observada con humor, ironía, pátinas de

corte psicológico y colorista. Sinán se mueve con holgura por este universo suyo bajo el estímulo de la labor literaria al ritmo de una escritura plástica, la cual rebasa los excesos verbales en que se ahoga una buena parte de la narrativa hispanoamericana contemporánea.

Su obra narrativa le ha merecido ser considerado entre los mejores cuentistas del continente, sin menoscabar su alta calidad de poeta y novelista, tareas intelectuales con las cuales ha disfrutado de una amplia notoriedad dentro y fuera del istmo centroamericano.

(desde 621-627) Estos detalles sobre el estilo, han sido extractados de los manuscritos xerocopiados cedidos gentilmente por el autor.

(1) Nota: (628-635) estos detalles extractados de los cuentos corresponden a los manuscritos cedidos gentilmente por el autor.



*Ernesto Tisdell Lefevre
(1876-1976)
un panameño ilustre en
el centenario de su natalicio*

El día 30 de junio de este año, se cumple el centenario del natalicio de un panameño, señalado por el destino como un ser humano, que se agigantó frente a las angustias de la patria.

Este es un hecho que nos invita a la reflexión, porque la trayectoria civil de este hombre, constituyó un ejemplo para sus contemporáneos, y una fuente de luz para los que le han sucedido en ese debate sostenido para alcanzar nuestra plena soberanía.

Esa fue la inquietud que inspiró la vida de Ernesto Tisdell Lefevre.

En la búsqueda de documentos oficiales con qué alimentar

nuestra avidez por la historia de nuestro país, día a día hemos venido tropezando con Ernesto Tisdell Lefevre, unas veces como Canciller de la República y otras como el Primer Magistrado de la Nación.

Cada vez que hemos visto el nombre de Lefevre asociado a los problemas de la patria, hemos contemplado a un ciudadano, encendido como una antorcha, dispuesto a sortear sin vacilaciones, las más difíciles pruebas.

Parece ser que la historia lo escogió a él, para escribir algunas de las páginas de nuestro devenir republicano, siempre en condiciones de crisis, frente a

nuestras relaciones con los Estados Unidos.

A Ernesto Tisdell Lefevre le correspondió ocupar el cargo de Secretario de Relaciones Exteriores de la República de Panamá durante dos períodos distintos, el primero del 1912 al 1916, y el segundo del 1918 al 1919, antes de ser designado para ocupar la presidencia de la república.

Su condición de Canciller, en un país sometido por la fuerza a los Estados Unidos, y como consecuencia del Tratado Hay-Bunau Varilla, nos exhiben a un panameño "limpio de servilismo", como dijera alguna vez el Dr. Carlos Iván Zúñiga; un ciudadano con una enorme seguridad interior, y con una profunda entereza para defender sus principios frente al poderoso.

La actitud de Lefevre, muchas veces llegó a la temeridad, precisamente cuando el colonialismo norteamericano, en ejercicio de la "Política del Garrote" daba muestras desafiantes de su poderío militar frente a los indefensos países centroamericanos y del Caribe.

Durante el período del 1910 al 1930, la historia de Cuba, de Puerto Rico, de Haití, de la República Dominicana, de Nicaragua, de Guatemala, de Honduras, de El Salvador y de Costa Rica, para citar los más sufridos de nuestros hermanos centroamericanos, es una historia de imposición, de violencia, y del desconocimiento de la soberanía de los estados.

Los panameños debemos sentirnos orgullosos de que dentro de nuestra debilidad y estrechecidos desde los cimientos debido a las desventajas que nos imponía el Tratado del Canal, tenemos en todo momento una multitud de panameños dispuestos a defender la patria amenazada.

El primer período de la gestión ministerial de Ernesto Tisdell Lefevre coincide con los días en que los Estados Unidos hacen todo el esfuerzo por alcanzar las mayores ventajas de los derechos adquiridos por el Tratado Hay-Bunau Varilla.

Los Estados Unidos encuentran entonces a un hombre que no se disminuye, unas veces temerario, otras cauteloso, pero siempre con el más elevado sentido de la dignidad como panameño.

En este período, Belisario Porras encomendó a su Ministro en Washington para que presentase formalmente a nombre de nuestro gobierno, una solicitud formal para la derogatoria del Tratado Hay-Bunau Varilla.

Lefevre, en su condición de Canciller de la República por su parte, le correspondió plantear al Departamento de Estado que sus exigencias a Panamá, iban más allá de lo estipulado por el Tratado del Canal de Panamá.

Sus planteamientos, llenos de fe en el destino soberano de la patria, rechazaba la imposición norteamericana de obtener tierras adicionales a las contempladas dentro del área destinada a la construcción del Canal.

En las Memorias de Relaciones Exteriores encontramos su rechazo de la pretensión norteamericana de instalar entidades comerciales en la Zona del Canal de Panamá.

Su rechazo a las pretensiones norteamericanas por el desarme de la policía nacional.

Y su rechazo a la pretensión norteamericana de establecer ciertos servicios públicos en el territorio de la Zona del Canal de Panamá, como entidades bancarias y servicios de Correos.

Durante este período, Panamá encontró severas dificultades para instalar algunos de los servicios públicos del estado, y como resultado de la imposición norteamericana, que veía en ellos un trastorno para la defensa y funcionamiento del Canal de Panamá: Hasta ahí llegó el colmo de nuestro sacrificio por la Construcción del Canal Interoceánico.

Con motivo de ciertos contratos celebrados por el ejecutivo panameño para instalar los servicios telegráficos, Panamá recibió una reclamación oficial del gobierno norteamericano en donde señalaba su sorpresa por dichas negociaciones.

Se refería el gobierno de Washington, que había sido notificado de que uno de esos contratos los tramitaba la empresa norteamericana United Fruit, y que dichas negociaciones "no surtirían efecto hasta que dicha empresa recibiese un permiso de Washington"

Basaba sus reclamaciones el

gobierno de Washington en razones de seguridad militar y en el temor de que dichas comunicaciones entorpecieran la operación del canal.

La respuesta panameña transmitida por Ernesto Tisdell Lefevre, fue la de que "era necesario celebrar a la mayor brevedad posible un nuevo convenio con los Estados Unidos para delinear sus derechos en las instalaciones inalámbricas de la República de Panamá, y en las futuras que se instalasen en la Zona del Canal de Panamá".

Estados Unidos enfatizó sus derechos, no solo en los derechos contractuales indicados, sino en una declaración del Presidente Amador, que se había comprometido a "no hacer concesiones de esta naturaleza sin la aquiescencia de los Estados Unidos"

Por instrucciones del Presidente Porras, Don Ernesto Tisdell Lefevre insistió en la necesidad de celebrar "Un nuevo convenio sobre el tema de los medios de comunicación" a lo cual los Estados Unidos respondieron que si era preciso realizar una nueva negociación, ellos se comunicarían bilateralmente con nuestra representación en Washington, para transmitirle las instrucciones del Departamento de Estado, en defensa de los derechos adquiridos en el Tratado Hay-Bunau Varilla.

Don Ernesto Tisdell Lefevre respondió a Washington:

"Que ese asunto tan delicado y trascendental reviste la pro-

posición del traspaso de la soberanía panameña a los Estados Unidos, en lugares que habrán de quedar lejos de la Zona del Canal de Panamá, constituyendo una concesión a Estados Unidos sobre los cuales Panamá no ha cedido derecho alguno”.

Las presiones de Washington no se hicieron esperar apelando no solo al Tratado del Canal, sino a la necesidad de proteger y defender la nación panameña de cualquier peligro exterior, sobre todo frente a la presencia de la guerra europea.

Como respuesta a esta preocupación de Washington, respondió el Canciller Lefevre:

“Panamá considera que estas comunicaciones son parte del desarrollo del Atlántico, hoy casi despoblado e inundado de contrabandistas extranjeros, que despojan a la nación de sus derechos aduaneros, y los cuales constituyen una seria amenaza contra nuestra integridad”.

Ante su debilidad, Panamá se vio obligada a ceder con carácter provisional a las exigencias norteamericanas, enfatizando la necesidad de iniciar nuevas negociaciones sobre los derechos panameños en el ejercicio de su soberanía.

A pesar de las reiteradas demandas norteamericanas por la “concesión provisional mientras durase la guerra europea” Panamá expresó su inalterable posición de que cualquier cambio en el estado de esta cesión, debería

hacerse por medio de un convenio formal entre los dos países, y ratificado por nuestra Asamblea Nacional.

El día 24 de septiembre de 1915, a nombre del Presidente de la República, Don Ernesto Tisdell Lefevre envió una nota oficial a Washington en que declaraba:

“En la actualidad esta cancelería tiene en estudio los puntos que a su juicio, deberán ser objeto de discusiones para un nuevo convenio y en su tiempo, lo someterá a la consideración del departamento de Estado Norteamericano”.

Otra de las crisis que hubo de superar Lefevre fue la exigencia del Departamento de Estado Norteamericano, en el año de 1915, para que se desarmase la policía nacional, y aunque no pasa de ser una conjetura personal, es una coincidencia que esta demanda se hizo en instantes en que Eduardo White dictaba un fallo contrario al laudo Lubert en perjuicio de nuestros intereses, y cuando Panamá, presionada por la omnipotencia norteamericana, tuvo la osadía de enfatizar a Washington su determinación de negociar un tratado que reemplazase el Tratado que había negociado Felipe Bunau Varilla.

Los planteamientos de Washington constituían una amenaza contra nuestra integridad, y una ofensa a nuestra dignidad de nación, recién constituida. El oficio norteamericano exhibía la actitud de las instrucciones a un subalterno.

No valió nuestra apelación al propio Presidente de los Estados Unidos, el Departamento de Estado se mantenía intransigente en su actitud.

El día 13 de mayo de 1916, el Secretario de Relaciones Exteriores convocó a una junta de notables con el ánimo de solicitar apoyo para el ejecutivo en esa difícil prueba que se ponía a la nación. Citamos a Lefevre:

“He de advertir que después de haber celebrado una conferencia con el Ministro Americano, en la cual nos esforzamos por llevar a su convencimiento, que era innecesaria y estaba completamente injustificada la actitud del gobierno de los Estados Unidos que venía a humillarnos, viendo que era imposible hacerle desistir de su propósito, creímos que tal vez se conseguiría eso por medio de un mensaje dirigido al Presidente Wilson, apelando a su espíritu de justicia, y a las ideas que sobre el panamericanismo ha exteriorizado el actual gobernante de los Estados Unidos, pero desgraciadamente tampoco dio resultado esa gestión pues en la mañana del sábado el Ministro Price recibió un cablegrama suscrito por el Secretario Lansing en que le ordena, exija el inmediato desarme de la Policía Nacional en las ciudades de Panamá y Colón”.

Después de un prolongado debate Don Ernesto Tisdell Lefevre comunicó al Departamento de Estado:

“Lo injustificado de la solicitud y la manera excesivamente dura como se ha hecho, inexplicable para el Gobierno de Panamá, mediando como median las más cordiales y sinceras relaciones entre los dos gobiernos, y después de las razones y explicaciones que se dieron a vuestra excelencia por la cancelería a mi cargo cuando por primera vez hizo vuestra excelencia tal solicitud, razones y explicaciones que se juzgaron convincentes y que parecieron serlo en vista del silencio que por ellas guardó vuestra excelencia, desde el día 12 de noviembre de 1915, fecha de la última nota relativa a este asunto”.

Y en otra parte de la nota enfatiza:

“En efecto siendo Panamá una nación soberana e independiente el gobierno de los Estados Unidos no tiene derecho para decidir si este país puede o no tener fuerza nacional armada de rifles de largo alcance. El decidir tal cuestión es asunto de política interna del país y su solución definitiva le corresponde únicamente a nuestra Asamblea Nacional, de conformidad con el inciso 12o. del artículo 55o. de nuestra Constitución”.

Finalmente señala el Canciller Lefevre:

“Mi gobierno considera ofensivo para la dignidad nacional la solicitud del desarme de la policía y conceptúa que no

ha sido siquiera apreciada y menos correspondida sus repetidas y valiosas pruebas de simpatía y lealtad al gobierno americano”.

“El sentimiento nacional ha sido vivamente herido. No es la república de Panamá poderosa, no tiene la suprema razón que hoy priva en el mundo para defenderse, y solo le toca hacer lo que a todos los débiles, doblegarse bajo el peso que no puede resistir, dejar que se cumpla el injustificable deseo del gobierno de vuestra Excelencia”.

Pero dentro de esa conducta inalterable, debemos señalar su actitud cuando le correspondió ejercer la Primera Magistratura de la Nación.

Nos referimos al Incidente Pershing.

En este hecho histórico el pueblo panameño, sin liderazgo formal, de manera espontánea, se volcó a las calles, para demostrar su disconformidad con la intransigencia del colonialismo norteamericano.

Y esta actitud era a su vez consecuencia de una serie de incidentes diplomáticos que se iniciaron en la primera administración presidencial de Belisario Porras en 1912, cuando era canciller de la república Lefevre.

La situación se hizo más grave en el cuatrenio posterior. En el año de 1918, acaecieron dos hechos que estremecieron la conciencia civil de nuestra patria:

1. El desplazamiento del Pre-

sidente Constitucional de la República, Ciro Luis Uriola, por exigencias del Departamento de Estado Norteamericano.

2. La ocupación de la Provincia de Chiriquí, llevada a cabo por el ejército norteamericano para proter los derechos de los norteamericanos en esa provincia.

El Mayor Page, encargado de dicha ocupación militar, se hizo notable entonces por su descortesía, arbitrariedad y poco respeto a las autoridades panameñas.

Al terminar la ocupación de Chiriquí, y como respuesta a las reiteradas protestas de nuestro pueblo y de nuestro Gobierno, creímos que cesaban nuestras angustias, pero casi de manera inmediata, los Estados Unidos empezaron a hacernos víctimas de nuevas exigencias, esta vez, formalizaron su pretensión de ocupar la Isla de Taboga con fines militares, según ellos, porque este territorio se encontraba dentro de los linderos de la Zona del Canal de Panamá.

El Presidente Porras y su Secretario de Relaciones Exteriores, Don Ernesto Tisdell Lefevre hicieron uso de toda su habilidad para demostrar la inconveniencia de esta solicitud, haciendo uso de todos los argumentos, basados precisamente en el único documento que podía defendernos frente a la omnipotencia del colonialismo: El Tratado Hay Bunau Varilla.

La actitud intransigente de los Estados Unidos fue provo-

cando la intranquilidad de todos los sectores del país, los sectores populares empezaron a hacer demostraciones antinorteamericanas.

Era la primera vez desde los días de la independencia que nuestro pueblo demostraba tan alto espíritu de cohesión.

A principios del año de 1920 se encontraban los ánimos caldeados en todo el ámbito geográfico de la nación panameña.

En el mes de abril, el Presidente de la República, Ernesto Tisdell Lefevre, fue notificado de que una misión norteamericana se había apersonado imprevistamente a la Isla de Taboga, para "arreglar" en nombre de los Estados Unidos reclamos de tierra y mejoras en el área del lugar.

De manera inmediata el Presidente Lefevre convocó al gabinete invitando en igual forma al Ministro de los Estados Unidos, residente en Panamá y al Gobernador de la Zona del Canal de Panamá.

En esta ocasión afirmó el Presidente Lefevre:

"La ocupación de la Isla de Taboga no podrá cumplirse sin la aquiescencia de nuestro gobierno".

A estas declaraciones agregó nuestro Secretario de Gobierno y Justicia Don Ricardo J. Alfaro:

"El desconocimiento de nuestro gobierno es lesivo a la dignidad nacional".

En este estado de incertidumbre arribó a nuestro país el Ge-

neralísimo John J. Pershing, Comandante en Jefe de las tropas norteamericanas acantonadas en Europa.

A la llegada del militar norteamericano, nuestra ciudad se vio inundada de carteles que advertían:

"YA ES HORA DE QUE SE PONGA LIMITES A LAS NUEVAS SOLICITUDES DE TIERRAS POR PARTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA"

El día 3 de mayo, el Gobierno Nacional invitó a tan ilustre visitante a una recepción oficial. Ese mismo día, la Banda Republicana presentaba en la Plaza de Santa Ana un concierto popular.

A las siete de la noche se reunió de manera espontánea una muchedumbre en Santa Ana, era como una especie de plebiscito nacional, dispuesto a protestar por las exigencias del departamento de Estado Norteamericano. Un cartel orlado con una cinta negra de duelo afirmaba:

QUE SE DENUNCIE EL TRATADO ANTE LA LIGA DE LAS NACIONES.

De Santa Ana partió un desfile con una bandera enlutada en imponente manifestación hasta el Club Unión, les acompañaba una tempestad de exclamaciones.

La Guardia Nacional había colocado un cordón de hombres para evitar que la muchedumbre se volcara al Club Unión.

Al conocer la noticia de la manifestación que se avecinaba,

el Presidente Lefevre de manera espontánea, rompiendo el cordón de guardias, se acercó a la muchedumbre sin escoltas. Su presencia fue recibida con nutridos aplausos.

El primero de los panameños estaba ahí para identificarse con la multitud. Lefevre empezó a improvisar: Le causaba profunda emoción patriótica ver al pueblo panameño reunido como en un plebiscito, en momentos tan delicados, en que estaba en juego la seguridad nacional. Advirtió que la cancillería panameña mantenía conversaciones al más alto nivel, en defensa de nuestros derechos soberanos, y con el propósito de no permitir, lo que Lefevre denominó "el despojo de Taboga", y agregó que en lo personal, como ciudadano panameño, consideraba incorrecto el mecanismo impuesto por los norteamericanos para ocupar militarmente la isla del pacífico.

Al finalizar su brillante improvisación, el Presidente Lefevre afirmó con una voz profunda y sonora, que se extendió como un eco:

NO ES POSIBLE. NI EL PUEBLO, NI EL GOBIERNO, PUEDEN PERMITIR EL DESPOJO DE LA ISLA DE TABOGA. NI UNA PULGADA.

Y al escuchar estas frases, el numeroso grupo de panameños; ahí reunidos, repitió en coro de muchedumbres:

NI UNA SOLA PULGADA.

Se cantó entonces el Himno Nacional de Panamá. En ese

mismo instante llegaba al Club Unión acompañado de una nutrida comitiva de militares y civiles norteamericanos, John J. Pershing. El General fue recibido a pedradas, y los miembros de la comitiva, rodeados de patroles del cuerpo de policía de la Zona del Canal, tuvieron que retirar al héroe norteamericano...

Ese instante decisivo en la formación de nuestra nacionalidad, demostró que la cohesión pueblo y gobierno, estaba dispuesta a asumir todos los riegos en la defensa de nuestra soberanía.

Así lo confirmaron los hechos sucesivos de la historia de nuestras relaciones con Los Estados Unidos, en los que pese a nuestra debilidad avasallada por el poderoso, en ningún instante vacilamos en afirmar nuestra profunda vocación de vivir libres del colonialismo. Ernesto Tisdell Lefevre es un ejemplo que afirma nuestra fe en esta patria, que si no se formó en los legendarios campos de batalla de la independencia americana, tras el holocausto heroico de la sangre, ha venido formándose lentamente, generación tras generación, con una legión de panameños como éste, que día tras día, sin muestras de fatiga, haciendo uso de todos los instrumentos, la piedra y la hoja suelta, la resistencia pasiva y el silencio, la bandera y el fusil del francotirador, el discurso de la plaza y el diálogo familiar, la reunión de muchedumbres y la protesta individual, pero siempre sin aban-

donar la trinchera, han afirmado como Lefevre, que ni el pueblo, ni nuestro gobierno, cederán una sola pulgada más de nuestro

territorio a ninguna nación extranjera, ni de oriente, ni de occidente...

LUIS MAXIMO MIRANDA

*Un comentario al
margen de la fase auristanación
del estudio de Roberto de la Guardia*

En una interpretación histórico - antropológica de lo ocurrido a los diferentes grupos culturales y humanos que habitan la creación política República de Panamá, el investigador y primera figura de una teoría auténtica para la Liberación y conocimiento de qué somos —así dónde vamos y qué podemos hacer—, Roberto De la Guardia, nos plantea a destajo el desarrollo, lucha y sentido de los principales miembros de una Humanidad, que ha montado todo un sistema cultural propio, formado un tipo físico y, además, abierto, dominado y condicionado un Universo territorial que, para los alcances de este estudio, se llamará Auristán, con sus tres componentes básicos.

En 1972 se definía el Auristán como el mundo de los Cas-

telauros. Construido a base de una denominación histórica (Castilla del Oro que valía por Auri y el sufijo Stan que se hace valedero para tierras) es, pues, un territorio de la República de Panamá, cubierto por sabanas en la parte Sur, y limitado por el río Chagres (Lagarto) y Nombre de Dios sobre la Mar del Norte.

He aquí que en 1974 (octubre) se tiene una definición más específica sobre el Auristán, ese gran mundo que pueblan los Castelauros en primera instancia. Entendiéndose por tal el territorio separado que está formado por el Interior, Costa y Enclaves.

Los Castelauros es el tipo físico específico producto de la Mezcla de tres razas (leuca - me-

lanoderma - xantoderma) que se han constituido culturalmente, dando las siguientes características específicas que sirven para identificarlos de otros grupos, según Aníbal Gutiérrez Viana: (*)

1) uso de la lengua castellana, 2) religión católica, 3) morada fija, 4) costumbres castellanas modificadas por el tiempo y la distancia.

A. INTERIOR:

Se designa Interior a la parte del Auristán que está cubierto por sabanas y tierras planas salpicadas de colinas. Es el primer territorio que dominan y modifican los Castelauros. Su extensión actual es de **25,559.25 Km²** que dan sobre el Océano Pacífico en su borde Sur; en su parte W. con la división internacional de la República de Costa Rica y en el Este con el Estrecho y terrenos despoblados. Por el Norte, la frontera ecológica que marca la presencia de este territorio son los poblados siguientes:

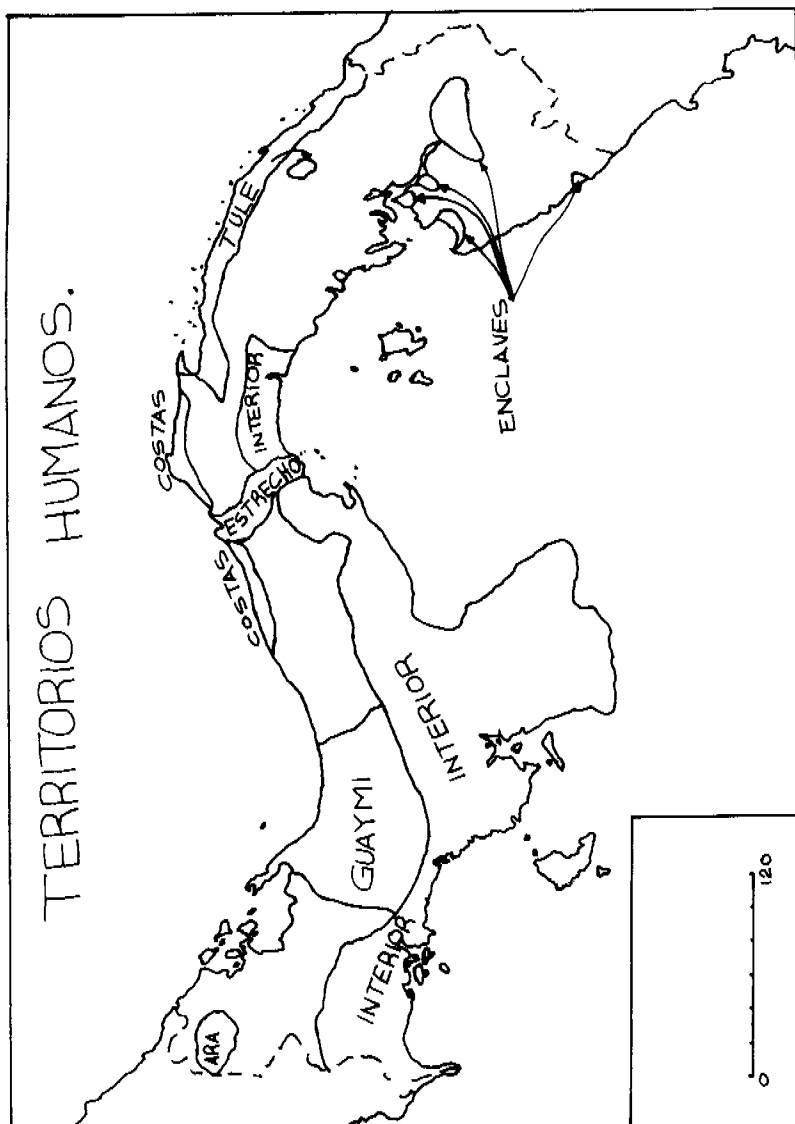
1. Cañas Gordas (Monte Lirio)
2. Cerro Punta
3. Horqueta
4. Jaramillo Arriba
5. Pinola
6. Paja de Sombrero

7. Los Angeles
8. Boca de Monte
9. San Juan
10. Juay
11. San Félix
12. El Nancito
13. Tolé
14. Cerro Viejo
15. El Prado
16. Cerro Plata
17. Los Valles
18. Cuaycito
19. El Pantano
20. Gatú o Gatuncito
21. El Bajo Chitra
22. Las Sabanas
23. El Copé
24. Tambo
25. Chiguri Arriba
26. El Valle
27. La Laguna (San Carlos)
28. Sorá
29. Río Indio
30. Ciricito de los Sotos.
31. Arenosa
32. Lagarterita
33. La Laguna (Chorrera)
34. Nuevo Emperador
35. Burunga
36. Veracruz (Camarón)
Interrumpido por la presencia del ESTRECHO
37. Ciudad de Panamá
38. Mocambo Abajo
39. Madroñal
40. Cañitas
41. Pueblo Nuevo—Chinina.

* Aníbal Gutiérrez Viana es un funcionario colombiano que actúa en el Departamento de Panamá. Basado en uno de sus documentos, en el cual rinde informes al Gobierno Central en Bogotá, se han tomado estas características.

En 1900 Aníbal Gutiérrez Viana enfrentó el Ejército Expedicionario dirigido por Belisario Porras y Emiliano J. Herrera en la ciudad de David, el cual lo tomó prisionero y lo depuso del cargo de Prefecto de la provincia de Chiriquí.

TERRITORIOS HUMANOS.



El Interior tiene su parte más codiciada hacia el Este, ya que se encuentra interrumpido bruscamente por la presencia de un territorio que está dominado físico y culturalmente por otros individuos que no se identifican ni son pacíficos ante los habitantes del Auristán. Por el contrario, los enfrentan y los tratan de dominar y sacrificar.

Estos poblados o mojones móviles del Interior constituyen las fuentes permeables que han ido avanzando inexorablemente en contra de otros grupos humanos, como Guaymies. Tomemos como ejemplo la Provincia de Chiriquí en 1876. No existían poblados de importancia más allá de Divalá y los límites del Interior en esa parte de Chiriquí corrían de Divalá, Potrero de Vargas, Caldera, Gualaca, San Lorenzo, Los Remedios. Hacia el Oeste, limitando con Costa Rica, no existía Puerto Armuelles, Progreso, Cañas Gordas, Volcán, Cerro Punta, etc. Con estos ejemplos lo que se desea destacar es que el Auristán se ha ido extendiendo y los Castelauros incorporando territorios a sus condiciones ecológicas que son básicas.

El H. R. Lorenzo Ovalle, del Corregimiento de Chigurí Arriba

(mojón del Auristán) de la provincia de Coclé, en la Asamblea Nacional Constituyente, en 1972, cuando se hacía la Constitución que nos rige, presentó enfáticamente la segregación de un parte del Auristán que se creía hasta estos momentos una parte indisoluble del Interior Castelauro. Recalcaba el H.R. Lorenzo Ovalle lo siguiente:

“Señor Presidente, Honorables compañeros Representantes de esta Asamblea Constituyente, señores miembros de la Comisión de Reformas a la Constitución, señores todos: Teniendo en cuenta las palabras del General de Brigada Omar Torrijos Herrera cuando él, en muchísimas ocasiones ha hecho énfasis en que los campesinos son los predilectos de esta Revolución y en este capítulo VII que trata del Régimen Agrario, no veo en ningún lado algo que trate especialmente, como protección al campesino con relación al original donde dice: “El Estado garantiza a las comunidades indígenas la reserva de la tierras necesarias y la propiedad colectiva de las mismas para el logro de su bienestar económico y social”. Yo diré en atención a muchas solicitudes de las comunidades que estoy representando en esta

Aníbal Gutiérrez Viana ostentaba el rango militar de Coronel dentro de las fuerzas Conservadoras o regenerantes que luchaban por sostenerse en el poder en contra de los Liberales.

José Domingo Obaldía, terrateniente criollo y figura prominente dentro de las fuerzas Conservadoras (godos) fue su condicional.

La última noticia encontrada sobre Gutiérrez Viana aparece como cobrador de empréstitos obligados a los enemigos de los Conservadores, después que se derrota a la Revolución en el Puente de Calidonia.

Asamblea, que cuando ellos me solicitaron que diera a conocer el sentir de ellas; aunque ya nosotros no hablamos el dialecto indio, existe también el Decreto que creara esa reserva indígena; por cierto que ya lastimosamente entre nosotros no se nos da el reconocimiento de esa región como reserva indígena. Pero yo siento el aprecio, el amor y el orgullo de ser un verdadero descendiente de esa raza autóctona y quisiera que se nos tomara en cuenta también ya que es este el clamor de mis hermanos indígenas, y también deseo que a nosotros se nos mire y se nos proteja igualmente, porque si bien es cierto que no somos indios que hablamos dialecto, pasamos por las mismas situaciones, las mismas necesidades porque vivimos en unas regiones muy apartadas, regiones montañosas, donde estamos todavía en condiciones infrahumanas. Creo que quizás estemos un poquito mejor que ellos, en el sentido que aunque sea hablamos el lenguaje Español para defendernos, pero nuestras condiciones de vida también están en condiciones infrahumanas. Y como se da el caso, señores, que nosotros aquí venimos a exigir que se nos atienda y que se nos introduzcan vías de comunicación y tenemos la experiencia ya de que a medida que se construye un tramo de carretera, enseguida se van apoderando los que tienen las facilidades de comprar la tierra al Estado o se valen de la debilidad de los cam-

pesinos y les compran sus derechos posesorios; de esa manera nosotros vamos quedando cada vez más despojados y si pedimos un tramo de carretera, después tenemos que salir de ahí huyendo y el beneficio no es para nosotros los campesinos sino para los que siempre han estado bien. Y nosotros tenemos que huir de nuevo a las montañas; señores, yo creo que aquí ha llegado el momento de hacernos sentir y esa es una petición de mis compañeros que me eligieron, que aquí yo pidiera una protección para ellos. Sucede que los ganaderos y las personas acaparadoras se aprovechan de las mejores tierras y nosotros quedamos siempre por los cerros, por las partes de las tierras más malas. Señores, yo me uno a mis hermanos en el sentido de sus reservas y también para nosotros los de Coclé. Muchas gracias". (*Anales de los Debates de la Asamblea Nacional Constituyente de Representantes de Corregimientos de la República. Sesiones del 11 al 20 de octubre de 1972. República de Panamá. Vol. I págs. 257-258*).

El escape o escurrimiento del fórceps que constituye la marca del Auristán se pronuncia en unos Castelauros que hace algunas décadas atrás, se les comenzó a incorporar o imponer sutilmente en un Complejo Cultural que no les pertenecía. En 1972 se muestran en desacuerdo con pertenecer a ese territorio y piden que se les incorpore en otro

sistema que brinda más garantías.

Se comprueba que el Auristán es un territorio históricamente cambiante en extensión y falta de estabilización hasta que no sea incorporado o absorba las demás porciones que no le pertenecen.

ECOLOGIA DEL INTERIOR.

La base física donde se fundamenta la condición de un territorio y la cual es aprovechada por la presencia humana, es de carácter especial, aunque se vea multiplicada por todos los factores que la sustentan.

De la Guardia en su estudio del Auristán anota dos condiciones importantes del Interior: su baja elevación y la presencia de hierba artificial en toda su extensión.

La baja elevación de las tierras del Interior implica que se prefiere un clima "caliente" en contraposición de los climas de montañas más húmedos y frescos, trayendo en relación un tipo especial de cultivo o plantas que se amoldan a esas condiciones.

A principios del siglo XIX los lugares altos incluyendo Volcán, Cerro Punta, Boquete, etc. estaban sin población. No se habían conquistado por parte de los Castelauros. Sin embargo, otros Complejos Culturales tempranamente en el 700 A.C. estaban posesionados y con tanta

población como la actual en las tierras altas.

Los Castelauros es a comienzos del siglo XX que comienzan a penetrar en esos lugares. El asunto radica en que se tienen que asociar, o, mejor dicho, mandan de avanzada a otros miembros de otros Complejos. Se busca alianza con los Complejos Europeos que estaban acostumbrados a ese medio; por eso leemos en las entradas de las fincas de Boquete, Volcán, Cerro Punta apellidos como Landau, Taylor, Lescure, Tedman, etc.

Los Complejos Culturales Europeos (Ingleses, Franceses etc.) que se adentraron en lugares altos agrandando el Interior, venían acostumbrados a una base alimenticia donde estaba contemplado, en primera instancia las hortalizas, los tubérculos y algunos granos como el maíz y frijoles. En cambio, sus socios los Castelauros tenían como base principal de alimentación una semilla que no se produce en los lugares altos de la cordillera que es el arroz.

La población Castelauro se agrupaba hasta donde "florecía el arroz", para de allí derivar su medio de subsistencia.

El arroz que siembran los Castelauros necesita temperaturas, iluminación solar, cantidad de agua y suelo arcilloso que brinda el Interior.

El Interior está condicionado en su extensión para el cultivo

del arroz. Alimento básico de los Castelauros no el maíz que no tiene la propiedad de "subir" o ser más feculento para llenar el estómago.

Pinola es una probeta experimental de los Castelauros; está adherida en el corazón de la cordillera de Talamanca, en altitudes de 1400-1500 metros de altura y trata de imitar los patrones usados por los Complejos Culturales Europeos en Boquete, Volcán, Cerro Punta, etc.

Las familias de Pinola (Nájera, Miranda, Profeta y González) se dedican a sembrar café, hortalizas, maíz y hierba artificial para pastos. El arroz sigue en su dieta, pero no con la importancia como si estuviera en Doglega o Caldera.

La abundancia de agua en el Auristán y la presencia de precipitaciones en un período largo durante el año hace que las plantas se conserven verdes y sirvan para alimentar a una variedad especial de mamíferos domésticos que son distintivos de los Castelauros. El ganado vacuno, caballar y porcino reina hoy en el Interior, en perjuicio de la fauna compuesta por venado, tapir, conejos, ánades y reptiles que eran aliados alimenticios del Complejo Cultural Guacamayo (300 A.C - 300 D.C) o Coclé (300 - 500 D.C.) por ejemplo.

En el Auristán Interior la mayoría de los pueblos se levantan entrelazados por caminos terrestres, teniendo como particulari-

dad que le dan la espalda al mar. El Interior funciona como territorio mediterráneo, e ignora espiritualmente la presencia del Océano Pacífico. Se diría que los Castelauros del Interior han levantado un muro ante la costa; es la fobia de lo desconocido y las aguas lo que les causa pánico. Su ancestro de Castilla, según De la Guardia, está presente por ser del centro de España donde la mar se encuentra distante.

Una red o mosaico artificial divide en minifundios VS latifundios el territorio del Interior, donde cada metro de terreno tiene su propietario y la mayoría de los Castelauros se han afincado produciendo una dispersión rural que es beneficiosa para manejar y conocer todo lo que es de su propiedad: el Interior.

La concentración de población no es beneficiosa para los Castelauros del Interior en estos momentos. El Territorio es demasiado vasto y, por lo tanto, implica que, al concentrarse la población, quedarían áreas abandonadas con el riesgo de que se introduzcan otros Complejos Culturales extraños o se estabilice (detenga) el avance del Auristán.

Los Castelauros en estos momentos están demostrando que son prolíferos, aunque se comience a ver con temor, por parte de su Estado, el aumento de la población. Las instituciones encargadas de salud mani-

fiestan sin empacho que con el uso de anticonceptivos la población experimentó un descenso de 2.2% en el año de 1973.

La Centrifugación en materia de control de la natalidad, inventada por las grandes potencias y las naciones super-pobladas, hace que en estos momentos Complejos Culturales ínfimos en número como los Castelauros se dejen influenciar y repartan métodos anticonceptivos en su población que es tan excasa y que todavía no ha logrado dominar demográficamente todo el territorio que se ha dado en llamar República de Panamá.

La Libertad de Vientres fue proclamada en el siglo pasado para no tener más hijos esclavos; hoy se debe proclamar la campaña en contra de las nociones anticonceptivas en el Auristán.

Los Castelauros deben comprender que su existencia y predominio de todo el territorio está en el número de hombres y mujeres que poseen. La cifra que ostenta hoy el grupo no sobrepasa el millón y medio de habitantes (El Censo de 1970 daba la suma de 1,292,256 Castelauros), que serían incapaces de defender y dirigir en esa extensión de territorio su dominio cultural y económico.

LA COSTA

Montada en la parte más septentrional del Istmo de Panamá y dándole la cara al mar se for-

ma una cinta de pueblos Castelauros que tienen como característica una población melanoderma, llamada costeña.

Los pueblos que forman la Costa de Este a Oeste son:

1. Santa Isabel
2. Palmira
3. Cuango
4. Palenque
5. Nombre de Dios
6. Garrote
7. Portobelo
8. María Chiquita
9. Piña
10. Nuevo Chagres
11. Palmas Bellas
12. Salud
13. Boca del Río Indio
14. Miguel de la Borda
15. Coclé del Norte.

Esta cinta delgada de territorio interrumpida por el Estrecho tiene de área 454.0 Km²

El medio ecológico donde se desarrolla el Castelauro Costeño es diferente al del Interior. Comenzando por el clima en cuanto a precipitación y humedad, con porcentajes altos durante todo el año, esto es obvio para que se levante una vegetación espesa y tupida que en estos momentos es objeto de explotación maderera.

La siembra de cocoteros y rozas pequeñas es la actividad agrícola importante de los Castelauros de la Costa. Su actividad económica principal deriva de la pesca de tortugas, langostinos y peces.

La navegación marítima es la más importante entre pueblo y pueblo, existiendo el problema que la penetración hacia el Continente se ha detenido porque el territorio frágil no permite buenas ni medianas vías de comunicación.

Sobre el río Miguel de la Borda y río Indio se han comenzado a establecer lugares poblados hacia la cordillera hasta donde se puede navegar con piraguas.

Los Castelauros de la Costa han realizado en materia de religión una de las inversiones más bellas en cuanto a concepción teológica. Han fabricado y establecido el culto al Cristo Negro de Portobelo, venerado con un ritual y ceremonial especial modificando, así, lo establecido por la jerarquía eclesiástica romana. Se explica esto ya que por la Costa no son comunes los blancos y un Cristo blanco sería repelente. Lo conveniente era mudar al Galileo de piel y convertirlo en el color melanodermo predominante.

Geopolíticamente, este territorio del Auristán está presionado en el Este por el Complejo Cultural Tule que le impide extenderse, en el centro, dividido por el Estrecho y a la vez influido por un centro de población que está centrifugado hacia los Anglos como lo es la ciudad de Colón. En el Oeste, la presencia del territorio Gaymí limita su avance.

La única solución que le queda a la Costa es la integración

física con el resto del Auristán, y en especial del Interior; es el avance hacia el interior su salvación.

LOS ENCLAVES

Los puntos estratégicos que han establecido los Castelauros en los territorios vastos que no pueblan ni dominan cultural ni demográficamente, se conocerán como Enclaves. Esos territorios, poblados por otros Complejos Culturales, serán motivo de fijación de Enclaves Castelauros que funcionan en forma política, económica y cultural en beneficio del Auristán.

En la provincia del Darién se han levantado silentemente una serie de enclaves que son sostenidos por los Castelauros.

Los puntos que se han considerado como Enclaves más importantes son los siguientes:

1. Chimán
2. Río Congo
3. La Palma
4. Chepigana
5. Yaviza
6. El Real de Santa María
7. Yapé
8. Boca de Cupe
9. Camogantí
10. Tucutí
11. Taimatí
12. Garachiné
13. Puerto Piñas
14. Jaqué.

En el Darién, territorio vasto dominado casi en su totalidad por el Complejo Cultural Chocó, se han establecido una serie de

Enclaves o lugares poblados Castelauros que dominan y someten la casi totalidad de la Provincia.

Los Chocoes están sintiéndose acorralados por esta presión y han comenzado a solicitar su reserva para no quedar sin tierras ante el avance inexorable de los Castelauros desde sus Enclaves.

Los Representantes indígenas Chocoes (Bernardo Rosales, Elpidio Guaynora, Temístocles Ortega, Didacio Tericama, Sixto Olea y Franklin Mazua) le han planteado al Estado de los Castelauros los siguientes puntos del que se les debe demarcar una reserva:

1. Alta cantidad de poblados del Complejo Cultural Chocó en Darién.

2. Los censos de los Castelauros están equivocados, ya que se abrogan el derecho de señalar población Chocó como si fuera Castelaura.

3. La centrifugación cultural Castelaura está actuando en forma alarmante para despersonalizar a los Chocoes.

4. La salvaguardia más efectiva de su territorio en contra de "Los Clandestinos" en una reserva.

5. El Estado de los Castelauros entraría en relación directa con las autoridades de la reserva y no se difundiría a través de los Enclaves que solo tienen un interés marcado de grupo colonial.

En estos momentos, atendiendo la inquietud, se procede a se-

ñalar en un mapa especial los pueblos Chocoes y Castelauros para proceder, posteriormente, a delimitar una reserva.

Pero, a pesar de sus actos, el Estado de los Castelauros apoya y mantiene una política agresiva de incorporación de áreas bajo sus dominios de Complejos Culturales. Tenemos, por ejemplo, el Proyecto de Desarrollo Integral del Darién y el de la Cuenca Hidrográfica del Bayano.

Los Enclaves Castelauros en Darién trabajan en varios sentidos neutralizando en lo político, religioso, educativo, económico y social a la población no Castelaura.

Tomemos como ejemplo el aspecto educativo y económico. La educación en Darién es impuesta por los Castelauros que han levantado 26 escuelas en poblados Chocoes para transformar vía conocimiento, la mentalidad de la juventud que se levanta. Los ANGLOS se han sentido con derecho también de colonizar vía educación a los Chocoes y han levantado tres escuelas para competir con los Castelauros. He aquí uno de los motivos peligrosos que sienten los dirigentes Chocoes cuando aseguran que su acervo cultural puede desaparecer.

La actividad económica que genera riqueza en el Darién es la producción de plátanos y el corte de madera. El Complejo Cultural Chocó siembra y cultiva plátanos; además tala y saca la

madera de la selva. Los Castelauros atrincherados desde sus Enclaves —por ejemplo Yaviza—, se dedican a comprar y transportar estos productos a los grandes mercados de consumo. Su trabajo es simple y fácil: imponer un monopolio de compra de productos y otro de transporte marítimo.

Para recobrar el dinero pagado por los productos a los Chocoes, los Castelauros de los Enclaves les venden utensilios caseros y les inducen a las diversiones como cantinas, boites y prostitutas en forma organizada.

Los Enclaves funcionarán como partes activas del Auristán, semejando una mancha de aceite que avanza lenta pero firmemente en beneficio de los Castelauros.

DESCANSO ULTIMO.

El tres de noviembre de 1903 un grupo de Castelauros crearon un Estado propio que se llamó República de Panamá; dentro de esa República existían una serie de territorios ecológicos con complejos culturales que ipsofactamente pasaron mediante un acto político al dominio del Estado de los Castelauros.

Hoy, 71 años después de la creación del Estado de los Castelauros, muchas cosas han ocurrido con respecto a la transformación de los territorios que no pertenecen ecológicamente a los Castelauros. Tenemos, así, que el territorio ecológico donde vi-

ven los Guaymí mide aproximadamente 6,747.5 Km² que cubren en su mayoría terrenos en la cordillera del Tabasará o Central. Sus pobladores están aclimatados a las temperaturas, presiones y a una dieta a base de maíz, verdura y arroz en menor escala. En la localidad del Trompo, en las estribaciones del volcán Barú, a 2.000 y 1.500 metros de elevación, en los extensos cultivos de tubérculos (papa) trabajan y se adaptan a la dieta familias Guaymí que son las únicas que dan resultado en los trabajadores de esa zona. Ejemplo de la adaptación Guaymí a las bajas presiones y bajas temperaturas.

El Ara es el territorio ecológico donde viven los Teribes y se ubica a lo largo del río Teribe y en el curso medio y alto del Changuinola, en la Provincia de Bocas del Toro, con una extensión aproximada de 109.0 Km².

En el Ara las vías de comunicación son las fluviales y la población económicamente tiene como base el cultivo de cacao y el plátano para el comercio y su dieta. La capital política del Ara es Sieyic, pero la capital donde reside el Rey es Perbogloro, un poco alejada de las escuelas (protestante de la VACO y otra de los Castelauros) y de los contactos con las fincas de las bananeras.

El territorio Tule insular, continental y bajo el aspecto jurídico de reserva tiene un área de

aproximadamente 3,382.5 Km². que aloja una población de 25,658 habitantes.

La civilización Tule es pujante y de conciencia cultural poderosa y definida, ya que ha conseguido frenar el avance Castelauro en la sección Oriental de la Costa y, por otro lado, imponer sus condiciones políticas en su territorio sin la ingerencia inmediata del Estado Panameño. La guerra de 1925 con la creación de la República de Tule es el mejor ejemplo en contra de la preponderancia del Estado Castelauro.

Ustupo es una de las ciudades importantes dentro del territorio Tule. Allí se notan grandes adelantos en su vida material por estar basada su actividad en una organización de cooperativas (barcos, hoteles, tiendas, restaurantes, confección de molas, etc.) y sus reservas alimenticias subordinadas a los criaderos de peces y langostas artificialmente. Por otro lado, se le quita territorio al mar con rellenos especiales que se van levantando en la línea de agua.

El comercio se practica en forma local e internacional al poder realizar transacciones sin ningún tipo de restricción con balandras colombianas que se llevan toda la producción de cocos que arrojan los inmensos plantíos.

El territorio Tule está superpoblándose en las islas, mas su espacio es inmenso al no pro-

ducirse todavía el retorno hacia el Continente que se mantiene con escasa población.

La totalidad de la provincia del Darién en un tiempo fue territorio Chocoe; pero en estos momentos los Castelauros y sus asociados por aspectos culturales están presionando a los Chocoes para quitarles sus tierras.

Los 16.629.5 Km² que arroja Darién son en estos momentos disputados por los Castelauros y los Chocoes que tratan de neutralizar la presencia de aquéllos por medio de Reservas.

El Estrecho (Zona del Canal) es otro territorio ocupado por un Complejo Cultural denominado en el estudio de Roberto de la Guardia VACO (Variedad Angla de la civilización Occidental). Sus características físicas y culturales son diferentes a los Castelauros con quienes han mantenido siempre una actitud hostil y de guerra. Se diría que se "mascan pero no se tragan".

Los Castelauros en 1903 fueron desalojados de la faja de 1432 Km² que hace el Estrecho pero, en estos momentos, la presencia en número de los habitantes del Auristán, alrededor de su ciudad Capital (Panamá) consigue que se hagan lugares o sitios de entrada Castelauro al Estrecho, nuevamente, como Vera-

cruz, Burunga, Mocambo Abajo y Madroñal.

La Sra. Laura Gordón de Vergara y la Srta. Nelva Estrella, que estudian la marea de rempuje Castelaura en los pueblos

mencionados a través de las fronteras E. y W. del Estrecho, aseguran que éste es una entrada natural de los antiguos dueños al querer volver a tener lo que poseían.

BIBLIOGRAFIA

1. 1973 - Berbey, Isolda de Q. *Actualización de datos etnográficos sobre los Teribe*. (A máquina). 5 páginas.
2. 1970 - Censos Nacionales de 1970 Vol. 5. Lugares Poblados de la República. Editado por la Contraloría General de la República y la Dirección de Estadísticas y Censo - Panamá, 541 pág.
3. 1972 - De la Guardia, Roberto. I. *La Variedad Panameña de la Civilización Occidental*.
II. *La Historia de la Variedad Panameña de la Civilización Occidental*. Revistas. Ideas: Tesis sobre lo panameño-Ediciones del Ministerio de Gobierno y Justicia - Panamá. Año I. Número 1. págs. 5-10.
4. 1972 - De la Guardia, Roberto. *Territorios en el Istmo de Panamá* Actas del III Simposium Nacional de Antropología, Arqueología y Etnohistoria de Panamá. Editado por la Universidad de Panamá y el Instituto de Cultura y Deportes - Panamá. págs. 205-209
5. 1974 - *Denuncia Campaña en la Zona Hermelinda Fuentes*. La Estrella de Panamá - Panamá. Martes, 17 de septiembre. pág. 17.
6. 1974 - Mérida, Pedro J. *Santa Fé* Revista Lotería - Panamá No. 216 (Febrero) págs. 47-58.
7. 1973 - Miranda, Luis Máximo *Vinje a la cima del Volcán Barú*. (A máquina). pág. 10.
8. 1972 - *Panamá en Cifras (Años - 1967-1971)* Editada por la Contraloría General de la República y la Dirección de Estadísticas y Censo - Panamá pág. 228
9. 1974 - *Plan operativo del Gobierno Nacional para 1974*. La Estrella de Panamá - Panamá Martes, 1 de octubre, págs. 23-24.
10. 1974 - *Reunión sobre la Reserva Indígena de Chepo* El Panamá América - Panamá, Lunes, 26 de agosto. pág. 4A.

ERNESTO J. CASTILLERO R.

*Panamá La Vieja a medio siglo antes
de su destrucción*

En un viejo ejemplar de la REVISTA DE LOS ARCHIVOS NACIONALES DE COSTA RICA, cuando esa institución estaba al cuidado del insigne historiador Don Ricardo Fernández Guardia, fue reproducido un extensísimo relato descriptivo de la ciudad de Panamá la Vieja bajo el título de **Panamá en 1605-1607**, de autor desconocido, cuyo original, según certificación del Jefe del Departamento de la Biblioteca Nacional de Madrid que lo guarda, se conserva en esta institución bajo el título de "Descripción de Indias", tomo 1. Como indica su fecha, 1607, los datos que ofre-

ce corresponden a algo más de medio siglo antes de la destrucción de la ciudad por los piratas del filibustero Enrique Morgan.

La redacción del interesante documento es del estilo casi incongruente de la época, con abuso de las abreviaturas. Al darlo a conocer ahora por su interés histórico, hacemos prescindencia de ellas y modificamos su redacción para mayor entendimiento de su interesante contenido. El documento es demasiado extenso porque contiene excesivos detalles sobre los productos de la tierra, su geografía, los sueldos de la funcionarios, etc. A nosotros nos interesa lo

estructural de la ciudad de Panamá en aquella remota época, y por ello hemos hecho un extracto, que es el que ofrecemos a nuestros lectores.

No faltan en el documento algunos errores muy visibles, como llamar al descubridor del Mar del Sur **Blasco Núñez Vela** en vez de Vasco Núñez de Balboa; atribuir el origen de éste a la población de Badajoz en lugar de Jerez de los Caballeros; afirmar que la ciudad fue bautizada PANAMA "por haberse fundado junto a unos árboles grandes que en lengua de aquella tierra se llaman **Panamá**", siendo así que Pedrarias Dávila, su fundador, al comunicar el suceso a los Reyes de España les manifestó: "Vuestras Altezas sabrán que PANAMA es una pezquería en la costa del mar del sur e por pescadores dicen los indios **Panamá**".

Según el documento, en la fecha de la descripción de la ciudad no presentaba ésta un aspecto de prosperidad. Tenía sólo 332 casas entre grandes y pequeñas, con techos de tejas y portales, y muchas con entre-suelo. Agréganse a las dichas, 152 chozas pajizas habitadas por los negros.

Todas las casas importantes eran de madera y había tres de estructura mixta, esto es, la planta baja de piedra y la alta de madera.

La Audiencia Real, que consistía en siete casas, el Cabildo de la ciudad y seis residencias de particulares, tenían estructura de calicanto.

Los edificios oficiales comprendían las Casas Reales mencionadas, las cárceles de la Audiencia y de la Ciudad, la Casa de los Tribunales, el Hospital y el Cabildo. La misma Catedral era todavía de madera.

La ciudad no tenía sino cuatro calles, una plaza grande y una pequeña. Las calles estaban orientadas de Este a Oeste. No dice sus nombres, pero en un plano levantado dos años más tarde (1609) por el ingeniero Cristóbal de Roda, aparecen denominadas: **Calle de la Carrera**, inmediata a la playa; **Calle de la Empedrada**, paralela a aquélla, **Calle del Obispo** y **Calle de la Pontezuela**.

En la fecha la población urbana era muy reducida a causa de la emigración de sus habitantes a otras regiones, especialmente al Perú, en busca de más fácil riqueza que la que les podía producir el precario comercio local. La población consistía en 494 vecinos españoles y 47 extranjeros entre portugueses, italianos, flamencos y franceses. De ese total, 303 personas eran mujeres y el resto varones. Los religiosos sumaban 139 distribuidos en los cinco monasterios existentes en la época. No están incluidos en este censo de los pobladores de Panamá los 3.621 negros africanos esclavos y unos pocos indios. Los esclavos estaban destinados al servicio doméstico de los blancos, al cuidado de las recuas del tráfico interoceánico de Panamá a Nombre de Dios, Portobelo, Cruces y Chagres, al trabajo de las hacien-

das y pastoreo de los ganados, calculados éstos en total para todo el territorio de la provincia en 53.600 cabezas. El precio por unidad del ganado mayor era entre dieciocho y veinticinco reales la cabeza.

En el medio siglo de existencia, hasta su total destrucción en 1671, Panamá tuvo un crecimiento notable en urbanismo y población. Se estima que cuando los piratas la incendiaron tenía 2.000 casas, varias de dos pisos, y 112 ranchos, y la población no bajaba de 10.000 almas.

El culto religioso, según el documento que extractamos, era mantenido por los eclesiásticos al servicio de iglesias y conventos.

Las Casas religiosas de Panamá en aquellos remotísimos años de principios del siglo XVII, eran según el documento: la Iglesia Mayor, cuatro conventos de religiosos, uno de monjas, un hospital y dos ermitas.

“La Iglesia Mayor —dice—, es Catedral y juntamente parroquia. Todo el edificio es de madera y tiene de largo LVI varas en tres naves anchas. La del medio, diez varas, las de los lados cinco. La capilla mayor está al sur, cuadrada, de diez varas por cada lado. Tiene cuatro altares, además del mayor, que son: de la Pasión, de Nuestra Señora de la O, Nuestra Señora de la Concepción y de las ánimas. La pila del bautismo está al levante y el órgano al poniente. Al sur está la torre con las campanas y la casa de los prebendados que también son de madera.

“Los cuatro conventos de religiosos son: de Santo Domingo, de San Francisco, de Nuestra Señora de la Merced y el Colegio de la Compañía de Jesús y un monasterio de monjas de la Concepción.

“El de Santo Domingo tiene ocho sacerdotes, dos legos y dos negros. En el año de 1571 vino de Perú Fray Domingo Pérez con otros tres de esta Orden y compró una casa con su huerta en el sitio donde fundaron, por tres mil y doscientos pesos ensayados, que le prestó Gonzalo Suárez, vecino de la ciudad y le pagó después el convento: los tres mil con limosnas de otros vecinos, y él hizo gracia de los otros doscientos. La renta cierta de este convento vale cada año 993 pesos corrientes que proceden de mandas y memorias que le han dejado algunas personas con obligación de misas.

“El convento de San Francisco lo fundaron los vecinos poco después de la fundación de la ciudad y vive de limosnas.

“El de la Merced lo fundaron los vecinos inmediatamente de la fundación de la ciudad en el año de 1522. Vive de capellanías y limosnas de misas cantadas y rezadas todo el año y posee un hato de 400 reses en Pacora y una yeguada de 200 cabezas, además de los 150 pesos al año de su Majestad y otras limosnas.

“En el año de 1578, cuando comenzó el presidio (Plaza fuerte) del Bayano, el Virrey del Perú Don Francisco de Toledo envió al Padre Miguel de Fuen-

tes con un hermano para atender a las cosas espirituales de la guarnición. Los vecinos de Panamá compraron para los jesuitas una pequeña casa a Alonso Cano de Araúz, a la cual agregaron otras con las limosnas de los vecinos. En 1582 vinieron del Perú nuevos religiosos de esa Orden y comenzaron la construcción de piedra de su monasterio. Viven de las limosnas.

“El convento de Monjas de nuestra Señora de la Concepción se fundó de esta manera: el Cabildo de Panamá deseó por algunos años esta fundación y la propuso al Arzobispo de Lima pidiéndole monjas para dar principio al monasterio, quien las ofreció cuando hubiese casa. En 1595 había recogido 3.770 pesos corrientes y se compró una casa de piedra de los bienes de María Rodríguez de Tapia. Un vecino acaudalado propuso a la Ciudad que si le concedían unos solares en la plaza y le daban el patronazgo del convento, se encargaría de su construcción, lo cual concedido, hasta 1601 había invertido en ello la suma de 31.760 pesos. Además, destinó una renta a las monjas, cuyo número fue de 14.

“Hay dos ermitas, que construyeron Don Francisco Díaz, Chantre de la Catedral y el clérigo Don Juan de Sot. La otra es la de San Cristóbal, edificada por el Deán de la catedral Don Alonso Niño, sobre el cerro de San Cristóbal, que antes se llamaba de la Matanza por la que allí se hizo en el combate contra los Contreras.

“El Emperador Carlos V y la Reina Doña Juana por cédula dada en Burgos el 15 de septiembre de 1531, concedieron a Panamá título de Ciudad. Don Felipe 2o. en Lisboa, el 3 de diciembre de 1581 hizo merced a Panamá por servicios hechos contra rebeldes y otros enemigos, que se nombrase Muy Noble y muy Leal Ciudad.

“Las fiestas que actualmente se celebran en la ciudad son: el 1o de enero, día de S. Pedro Ermitaño, por la victoria que se alcanzó contra los ingleses; el 15 de marzo, día de la Anunciación; el 23 de abril, día de S. Jorge por la victoria que se alcanzó de los Contreras; el 25 de julio, fiesta de Santiago; el 21 de noviembre, fiesta por el temblor de tierra que hubo en la ciudad y el 4 de diciembre, día de Santa Bárbara por la victoria que se alcanzó de Rodrigo Méndez. En cada una de estas fiestas se gastan 32 pesos con que contribuye el gobierno local”.

La vida económica de la ciudad giraba principalmente alrededor de la actividad comercial que producía el arribo de las Flotas. El informe enumera las venidas a Panamá desde 1585 hasta 1605, un período de veinte años, así:

En 1585 vino la flota compuesta de 85 navíos a cargo de Don Antonio Osorio.

En 1587 fueron 85 navíos a cargo de Don Miguel de Eraso.

En 1589 fueron 94 navíos al mando de Diego de Ribera.

En 1592 despacháronse 92

navíos comandados por Don Francisco Martínez de Leiva.

En 1594 vinieron 56 navíos traídos por Don Sancho.

En 1596 los navíos fueron 60 y los condujo Don Francisco de Eraso.

En 1601 la flota fue de 32 barcos conducida por Don Francisco del Corral. En 1603 Don Gerónimo de Torres condujo una flota de 34 navíos.

Y en 1606 Don Francisco del Corral volvió con una flota de sólo 17 navíos.

Anota el autor de la información que hasta el año de 1542, el territorio estuvo gobernado por Gobernadores nombrados por el Rey, pero a partir de ese año fue establecida en Panamá una Audiencia que en 1548

fue trasladada a Guatemala por mandato del Emperador Carlos V, restableciéndose el anterior gobierno de los Gobernadores. Pero como bajo este régimen hubo en Panamá dos revoluciones: la una promovida por los nietos de Pedrarias, los Contre-ras en 1550, y la otra en 1562 por Rodrigo Méndez, reconsideró el Emperador su disposición anterior y trajo de nuevo a Panamá el tribunal de la Audiencia en 1565, constituyendo el Tribunal los Oidores Dr. Barrio de San Millán y el Licenciado Ortégón y como Presidente el Licenciado Agustín Arias de Herrera.

Lo anterior es lo esencial en los datos que el largo documento contiene sobre la ciudad de Panamá a principios del siglo XVI.

ROBERTO LUZCANDO

PERSECUCION DE LA PALABRA

*Cuando alguien sin rostro de todos conocido
se apodera
de la fértil cintura de una patria
ajena
y todavía no le bastan
tantas noches rotas y descalzas
tantos días de protestas y muertos barajados
by the state Departament Son Of God
cuando aún se continúa guardando
con máscaras feroces
lo que nunca se ha tenido
si no a fuerza de engaño y destrucciones
y no se quiere entender
que ya no habrá palabras ni fusiles
ni "corpachos de paz" imaginaria
que les puedan servir en esta lucha
y que las naves y los pájaros marinos
que surcan el canal
escriben en el agua y en el aire
desde distantes tierras y encuentros
que esta abierta cintura no es de nadie
que este dolor de patria plena
ya no nos pertenece
cada hombre lo lleva en sus bolsillos
se hospeda en cada gota del agua universal*

*Panamá cubriendo el horizonte
mostrando las estrellas de su nombre
que ya son más de 50 en cada letra
y no pueden tejerse en su bandera:
los Estados Unidos no son éstos
los que compran y venden los caminos
la vida
la paz de cada patria
el derecho ancestral de cada hombre
al trigo y a la luz
los Estados Unidos que conozco
no se arropan con dólares hambrientos
ni se montan en águilas drogadas
son los pueblos del mar y de la tierra
los totales pueblos planetarios
que cruzan un Canal que no es de nadie
porque hasta a cada flor le pertenece
y es oceánica ventana de gaviotas
para mirar el mundo que nos mira
heredad de burbujas y de peces
testamento naval de patria pura
para el golpeado sueño de los héroes
(Ben Barka y Victoriano
Turcios y Roque Dalton)
para que haya siempre levadura
senderos para el pueblo en todas partes
por la sal
por el viento
y las semillas
y puedan estrecharse entre sonrisas
altas como medias lunas
las manos del obrero universal
manos multicolores
sin pan colonizado
que entierren el dolor con gringo y todo
a paletadas Firmes y Furiosas.*

EUSTORGIO CHONG RUIZ

LA PROMESA

Con pasos decididos sube la escalera de caracol.

Se detiene en lo alto del púlpito. Hata él llegan delicados olores a incienso, albahaca y agua de colonia.

Siente calor.

Busca en la faltriquera de la sotana un pañuelo para secar el sudor que empaña sus anteojos y comienza a perlar su frente ancha, tersa y blanca.

Carraspea.

Tiene que decir el sermón a todos aquellos fieles que han ido para oírle, para cantar y rezar con él, su Primera Misa en la iglesia del pueblo.

Se siente nervioso:

La emoción juguetea en vuelo incierto, entre la mente y el corazón.

Coloca frente a sus ojos, a horcajadas sobre sus nariz, los oscuros anteojos. Mira el Altar Mayor: las luces se cimbrean caprichosas en los adornos barrocos y en las imágenes santas. Lentamen-

te vuelve el rostro para mirar los perfiles de quienes esperan sus palabras de bienaventuranzas.

Reconoce a Nicolás, aquel raquítico chiquillo, a quien tantas maldades había hecho en sus días infantiles, convertido hoy por obra y gracia de la política partidarista en el Alcalde del pueblo; mira a la Tía Angelita y la recuerda ofreciéndole un bizcocho, por la venta de las carimañolas y las roscas de huevo; más allá, apoyado al marco de la puerta que conduce al campanario, está el Tío Carmelo, más viejo, más encorvado y le parece oír su voz socarrona: sobrino, las mujeres y los tragos se hicieron pá los hombres...

También están: Carlitos, su compañero de aventuras; sobre todo cuando cazaban bimbines, piquigordos, iguanas y torcazas; Juancho, José y Pastor: sus amigos. Sus viejos amigos a los cuales gustó hacer travesuras, desde esconderles un trompo hasta cortar las cinchas de las "aguaderas" y poner "picapica" entre el lomo y la enjalma para que el caballo corcoveara...

Todos esperan ahora sus palabras.

Las palabras aprendidas en la escuela, en el seminario, en la inspiración divina.

Las palabras...

Esas palabras que son el mensaje de Dios.

Desde allí alcanza a ver a la maestra Choya. Le sonrío.

¡Cuán feliz debe sentirse! Ella le enseñó a leer, a escribir, a soñar con países lejanos, a pensar. Pero, qué bonito era "pavearse" de sus clases para montar potrillos en la finca de Simón, el Patón; jugar canicas en los "tumbadillos" de los portales de la placita y, de paso, gritarle al Chino Viejo aquello de: "Chino macaco, sube a la torre y da las cuatro...Chino macaco...chino macaco" y, a Fausto, el zapatero: "Fausto, fausteta, cara de chancleta.." ¡La maestra Choya! ¡Cuánta paciencia! ¡Cuánto amor! ¡Dios la Bendiga!

Repasa las imágenes del Evangelio.

Busca las palabras precisas.

Quiere poner en cada corazón una guirnalda de piedad, amor, fe y esperanza. Desea, inclusive, pedir perdón por el muchacho de hace años atrás, irresponsable y endiablado, que tiraba piedras en los tejados de Panchita para oír la blasfemar; que onía cuchillas en su "pandero" para "capear" las cometas; que ataba de los rabos de gatos y perros latones para asustar, a media noche, al pueblo dormido.

Espera que sus palabras sean remanso de paz en los corazones poblanos.

Vuelve a mirar las naves centrales del Templo.

Arcadio, el cantinero; Juan Yangüez, el pipotero; Pedro, el carretero; Marcelino, el Diablo Mayor en las fiestas del Corpus Christi; Cañaña, el molendero; Flores Avila, el mejoranero. ¡Los rostros del pueblo; los hombres del pueblo!

Y, allá, al fondo, cerca del Altar de las Animas, ve aquella cara radiante de felicidad y hermosura. Es Angela. Ha cambiado mucho, pero es ella. Más mujer, más bonita, más exuberante. La recuerda niña, aquella tarde de junio:

- “...Angelita...te he traído mamones...”
- “...¿Robados? ...”
- “...Sí. Robados para ti, porque quiero que seas mi novia..”
- “...¿Tú? ...”
- “...Sí, ¡yo! ¿Qué dices? ...”
- “...Está bien. Dáme los mamones y seré tú novia...”
- “...Angela.. Angelita...”

Cierra los ojos de golpe:

intenta borrar los recuerdos.

Respira hondo.

Se santigua en voz alta.

— En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo...

Y, enternecido por las imágenes, inicia el sermón.

— Amadísimos hermanos míos....

1

Las campanas echan al aire sus alegres tintineos de bronce. En el atrio de la Iglesia estallan los fuegos artificiales. La misa ha terminado y los fieles se van a la plaza que se adorna con clavellinas, faroles chinos, banderitas de colores, jazmines, caracuchas y heliotropos.

- Felicitaciones, señor Cura.
- Su bendición, padrecito.
- Lo esperamos en la función, Padre. Es en su honor.
- Iré, hijo. Iré.

Cuando estuvo fuera del país, en el seminario, recordó con deleite sus fiestas en el pueblo. Fiestas de pito y caja; de cumbia y pindín; de palo encebado y tumbadera de toros. Su fiestas poblanas, con sabor a guarapo de caña, a rosquetes y cocaditas, a carimañolas y salchichas y olorosas a tierra mojada.

— Su bendición, señor Cura.

Se quita la casulla, después el alba y el amito.

Los besa tenue.

Queda en sotana.

— Lo esperamos, Padre, para la función.

Sale con los amigos a la plaza.

Hay en lo alto un volador que detona y se deshace en lampos luminosos.

2

— ¡Viva el señor cura!

La alegría es contagiosa. Hay repiques de campanas en coro vehemente con el estallido de los voladores, los cohetes y los montantes saltarines. Salomas bravías, berridos temblorosos, relinchos inquietos, rebeldes, y el cimbrearse de los cuerpos exuberantes, olorosos a tomillo y a mejorana.

¡Fiesta poblana!

En el portal de la casa de la Niña Teresa le tienen reservado un taburete. Se sienta. Alguien le ofrece una rosca de huevo y un vinillo dulce.

— A su salud, señor cura.

Hasta él llegan los versos que se enredan en las cercas y corren rumbo a los esteros:

“...nada en esta vida dura,
fallecen bienes y males...”

Un murmullo se quiebra en la plaza cuando sale el primer toro.

Gritos:

— ¡Ese sí es animal!

3

Alegría: — Lo va a tumbar el viejo Carmelo...

Invitaciones:

— Tómese un seco, compadre...

Y la copla:

“...a todos nos hace iguales
una humilde sepultura.....”

Apuestas:

— Diez pesos al toro...

El viejo Carmelo monta un hermoso caballo y corre tras el torete. Se inclina un poco sobre la silla vaquera. Sus manos alcanzan el rabo del astado. Por un momento hay un silencio hondo, profundo. Después, nubes de polvo entre aplausos como banderines de triunfo.

— Aujennananá ¡Aquí hay hombre, compadre!

Y, en lo alto, el sol, veranero, sudoroso, de medio día.

4

El señor cura no puede contener sus emociones. Aplau de frenético. Su corazón es reverbero florido de gratos recuerdos.

— Tómese otro vinillo, señor cura.

Ella. Frente a él, ella.

Le mira con ojos embriagadores.

— “...cuando sea grande, tumbaré un toro en tu honor...”

— “...¿tú? ¡No me hagas reír! Eso es para hombres como Juan...”

— “...Te lo prometo, Angelita. Por lo más sagrado, que te lo prometo..”

¿Tumbar un torete? ¿Montar un caballo? Los curas no son hombres, son ministros de Dios. Llevan sotana. Y, otra vez, el recuerdo:

— “...Te lo prometo, Angelita. Por ésta...que te lo prometo.”

Tras los tejados mugrosos,
se inclina levemente el sol.

5

El día serpentea meloso entre aplausos, música, tragos y cumbia. El señor cura ha olvidado por unos momentos la filosofía y la teología. Es un hombre más, con ganas de fiesta y función.

— Salome conmigo, Esteban..

— Aujennanananá

Un pensamiento juguetea entre ceja y ceja materializando sus deseos: montar un caballo, correr tras un toro. Es sacerdote y eso le contiene.

— “..Los curas no son hombres...”

Sin embargo, sabe que es un hombre como cualquier otro. Un hombre que también ríe, llora, canta, ama, sufre y espera. Un hombre. La función es asunto de hombres. ¿Por qué no hacerlo? ¿Por la sotana? ¿Por la religión? ¿Y, la promesa aquella? ¡Cosa de niños! ¿Se acordará ella? “Por ésta, te lo prometo”. Había puesto los dedos en cruz, el pulgar sobre el índice, los había llevado a los labios y, besándolos, juró. “Por ésta, te lo prometo, Angelita”.

Se decide.

Grita alegre:

— ¡Tráigame un caballo, Tío Carmelo!

— Pero, señor cura...

— ¡El mejor! Quiero tumbar un torete, como antes. ¿Se acuerda?

Le acercan el animal.

Se hace un silencio expectante.

La tía Angelita se preocupa; los viejos amigos, dudan; y, ella, sonríe segura. “Por ésta, te lo juro, Angelita”, cuando sea grande tumbaré un torete en tu honor...”

Monta sobre la silla vaquera: se acomoda la sotana.

Chalanea el caballo hasta el chiquero.

Grita feliz.

— Que venga el torete...

Se abre la puerta del corral:

cascos enardecidos corren llano abajo. Espuela el caballo. Hombre y bestia se confunden en densa nube terrosa. El jinete cae del caballo. Un grito a coro: la angustia redobla como tambor cumbiero muy dentro, en los corazones. La tía Angelita, reza; el tío Carmelo, goza con el espectáculo temeroso del final; y, ella, sonríe emocionada.

Se levanta el señor cura.

Desquita la muerte.

Camina al corral.

Los peones acuden en su ayuda; pero su voz, viril, fuerte, dominante, estruena la plaza y sacude los portales.

— ¡Cíncheme un toro, viejo! Lo voy a montar.

La ansiedad se cuela por las puertas entornadas de las almas. Los amigos protestan; los peones cinchan un toro bravo. El hombre está dispuesto. Trepa los barrotes de la barrera... Monta sobre el animal quisquilloso. Se acomoda: levanta hasta la cintura la sotana; mete los pies calzados entre las patas de la bestia; aferra las manos a la cincha que corta.

Se detiene el viento.

Calla la gente y, desde los matorrales resecos, otea la muerte.

— ¡Ay, hombre!

Se abre la portezuela: salta bufando el toro bravo.

Corcobeo...brama...El hombre se aguanta...Enrojecen las manos...se perla la frente y, las piernas, se adhieren al vientre sudoroso...

— ¡Virgen de los Remedios, ayúdalo!

— ¡Ay, hombre! Así se monta.

— ¡Aujennananná...!

El alcalde hace venir al médico. El cura se mantiene en el lomo del cornúpeto. La sotana traza arabescos endebles a cada salto de la bestia. Un murmullo levanta en vilo a la multitud y se deshace en un suspiro de alivio. Los peones montan en sus caballos y preparan los lazos.

— ¡Viva el curita.!

— ¡Ese sí es hombre.!

— Aujennananná...

Gritos. Coplas. Ansias.

Berridos de la bestia inquieta, jadeante, deseosa de liberarse de su noble carga. El hombre se muerde los labios: los hace sangrar. Sus manos, sus brazos y sus bíceps son lingotes heridos.

Un salto más.

Voces expectantes.

Embestidas errabundas al viento y, el dominio de la bestia que brilla plateada sobre el manto celeste de un cielo sin nubes en el que se insinúa la noche.

— ¡Viva el curita! ¡Ahí hay hombre pá rato!

— ¡Echese un trago, compa!

— ¡Ay, hombre.!

Los aplausos, la música, las salomas y los comentarios son alas volatineras sobre miríadas de campanillas que florecen por los senderos del pueblo.

— Felicitaciones, sobrino. ¡Toavía seguí siendo de los nuestros!

— No es para tanto, tío Carmelo.

— Un brindis por el cura.

— ¡Que viva el señor cura!

Con la vista, el señor cura busca aquel rostro inolvidable. Sus miradas se cruzan. Dialoga el corazón un poema de hombría y, luego, un torrente de ternura se deshace en los caminos íntimos de su espíritu.

Se quita los anteojos para limpiarlos.

Agradece los comentarios.

— No es para tanto, amadísimos hermanos míos... No es para tanto... y, como ven, los curas también son hombres aunque llevamos sotana.

Del grupo, una silueta con toda la gracia de la canción montuna, se aleja sonriente; y, los versos de una tonada amorosa, bravía, adornan el crepúsculo con dejos de melancolía.

EUDORO SILVERA

EL ACOMPAÑANTE FIEL

No, no se trata de un perro, sino de un honrado y laborioso ciudadano panameño nacido en España. Era un hombre fuerte, de tórax de toro de lidia, y remendaba zapatos en esa perdida aldea del altiplano de la cordillera central de Panamá. Su negocio no era muy próspero debido a que en toda esa inhóspita y gigantesca área la gente prefirió andar descalza. No obstante ello, sus pérdidas en la zapatería las compensaba nuestro buen hombre con toda clase de negocios de trueque y redacción de cartas para la analfabeta población. Su mayor distracción era la música, y es de esto que nos ocuparemos ahora.

Me cuenta mi amigo el tenor dramático Pedro Reyna, que él había emprendido una jira de conciertos por todo el interior del país, más con el empeño de que nos se propagase el hambre en su propio estómago y en el de su familia que el de propagar el difícil arte del "bel canto".

El *modus operandi* era siempre el mismo: para no hacerse problemas y cuando había alguien que tocara cualquier instrumento, el que fuese, en alguno de los pueblos en donde su ondulante itinerario le iba arrojando, el tenor sencillamente probaba a cantar en el tono que el acompañante escogiera y le seguía fielmente,

como un perro. Uno no va con **partituras y tonalidades** a cantar acompañado por músicos que solo tocan de oído y en el único tono que se saben.

Sus conciertos, digo los de mi amigo Pedro Reyna, eran un bálsamo de hilaridad en la melancólica, abúlica y aburrida vida campesina. Porque nada podía provocar más la franca risa de los naturales del país que el espectáculo de un hombre adulto y joven, lleno de vigor, que cantase esas afeminadas melodías de zarzuela y de ópera, y máxime con aquella voz que parecía un trueno. Y tenía razón, pues la paradoja consistía en el hecho de que nuestra música folklórica, cuando es cantada por hombres, adquiere una delgadez y alta tesitura de falsete, y no es cualquier hombre de voz ronca el que puede cantar esos melismas en una tonalidad tan alta. Hay que ser muy macho para poder subir la voz de esa manera, quebrarla y adelgazarla como si se tratara de una voz blanca de niño o de la de una soprano, en esos melismas y balidos ancestrales que seguramente heredamos de los andaluces que nos conquistaron.

Pues bien: el itinerario de Pedro Reyna le llevó, a lomo de mula algunas veces y las más de ellas a pie, a aquella aldea del zapatero remendón sin clientela, y lo primero que hizo fue preguntar si alguien tocaba algún instrumento en el pueblo.

—España, —le dijeron—, toca una cosa rara que se enrolla como un cuerno y que tiene unos botones que oprime con la mano izquierda, con todo y que él es derecho. La boca del instrumento parece una campana y no sabemos por qué la cubre con la mano derecha para tocar, y nunca saca la maldita mano de la campana esa. Ese aparato sí que es raro. Y qué feo que suena, señor, y no hace más que pú-pú-pú-pú todo el tiempo, como un pito ronco, y a veces suena largo, como el mugido de una vaca.

—Hombre, al fin veo a alguien con zapatos, maldita sea—, saludó el zapatero una vez que Pedro Reyna le hubo encontrado.

—Me dicen que usted toca un instrumento —, dijo el tenor con algo de timidez en la voz.

—Sí, hombre: la trompa, vamos—, respondió el español transplantado.

—¿Usted quiere decir el cuerno francés? —, inquirió Reyna con dudas en la voz y en el entendimiento, —¿no? —

—Llámele usted como quiera, hombre, pero es una trompa—, recalcó el remendón.

Acto seguido descolgó de la pared y desenfundó un soberbio cuerno francés y lo mostró a mi amigo. Era un instrumento finísimo y, seguramente, horrorosamente caro. Por otro lado, lucía como si “España” no hiciese otra cosa que darle lustre durante todo el día. Mi amigo Reyna explicó rápidamente sus intenciones de dar

un concierto e inquirió del zapatero, muy tímida y cortesmente, si creía que le podría acompañar en su exótico instrumento.

—¿Acompañar? Hombre, pues claro, no faltaba más. Yo acompaño lo que sea en el tono que sea—, dijo grave como un torero ante la muerte.

—¿Conoce usted el repertorio? — volvió a inquirir el cantante, aun tímido, aunque decidido a dar su concierto y llevarse algún dinero de la empobrecida aldea.

—Pregunta que si le conozco,— articuló el zapatero con ironía—, hombre, la verdad es que no hemos sido introducidos personalmente porque ni falta que hacía: pero mire usted, hombre, si a mí me dejaron abandonado en el vestíbulo del Teatro de la Zarzuela de Madrid; luego se puede decir que nací allí, joder—.

Pedro Reyna me cuenta que, después de aquello, ya no se atrevió ni a solicitar un ensayo. Sin embargo, preguntó:

—¿Entonces me va a acompañar usted en el concierto de esta noche?

—Pues claro, hombre. Vaya usted con Dios. Allá nos vemos—, afirmó España como si se tratara de la cosa más natural del mundo.

“Allá” era la plaza del pueblo: un lugar mustio, pelado, sin bancas, frente a una iglesia semiderruida.

Se anunció el concierto con matracas y por heraldos —no podía ser de otra manera— y a las ocho y media en punto el español naturalizado panameño se presentó con su instrumento debajo del brazo, con aire de torero que va a ejecutar las primeras verónicas al bicho. Inmediatamente que le vio, Pedro Reyna se subió a una prominencia rocosa previamente escogida como proskenio, y anunció con penetrante voz impostada:

—Mi primer número será la salida del tenor de la ópera “Marina”, de Arrieta y Sánchez.—

La gente rio de buena gana. Todo era tan extraño, hasta la forma de pagar echando una moneda de un real en el enorme sombrero del cantante quien siempre fue un optimista en asuntos económicos. “Ajño”, decían, “la cosa es como en la iglesia, caráj”.

Sin mayores trámites Pedro Reyna empezó a cantar tratando de recordar el tono original para no caer en una tesitura difícil. Me cuenta que arrancó con voz firme de esta manera:

—Costas las de Levante—....

Iba a seguir, pero debió hacer una pausa forzada, un silencio largo que no estaba marcado en la música. Y ello se debió a que España, emitiendo un sonido purísimo, había repetido, exactamente y en el mismo tono, las siete notas de la frase inicial y, exacta-

mente también dentro de la misma medida de tiempo. Era un eco asombroso, recuerda Pedro Reyna: un eco verdadero, igual en cuanto a la música, aunque salido de un instrumento al cual el ejecutante arrancaba un sonido prodigiosamente bello.

Una vez enmudecido el eco, el tenor dramático continuó:

—Playas las de Lloret—, sabedor ahora de que el eco se repetiría exacto, lo cual ocurrió como en la primera frase y en el mismo timbre embrujado del difícilísimo instrumento que España dominaba como a un toro sin querencias.

Así, ya completamente confiado, el trashumante cantante, verdadero zapador del arte musical de Panamá, continuó cantando, siempre esperando la repetición exacta de la frase completa por parte del zapatero:

—Dichosos los ojos.

Debo explicar que en este pasaje Pedro Reyna siempre sonreía y arqueaba las cejas pelando los ojos, como lo hacen los tenores respetuosos de la tradición. De esta manera, en cuanto hubo terminado de cantar “Dichosos los ojos”, el eco mágico se repitió invariable, exacto, dulcísimo.

Ahora nuestro paisano cantante se llenó los pulmones con rápida y experta contracción de los músculos abdominales; su diafragma se elevó varias pulgadas sosteniendo aquel puro aire de la montaña, y se preparó a cantar la última frase: un pasaje en donde debería sostener la nota y ejecutar unos cuantos melismas o vocalizaciones con la letra “e”, de “vuelven”. Volvamos pues al concierto.

—Que os vuelven a ver—, terminó de cantar el tenor.

En esta última frase, sin embargo, el genio español, que siempre es individualista y creador, tenía una sorpresa reservada a nuestro primer artista del “bel canto”.

Hasta este momento, España había repetido exactamente los adornos, vocalizaciones o florituras, como usted quiera, que Pedro Reyna había ejecutado con la vocal “e” de “vuelven”, siempre con aquel sonido suyo que habría llenado de rubor al primer cuerno de cualquier orquesta sinfónica europea.

Bueno, ahora...ahora ya no era “España”, el zapatero remendón, quien tocaba, sino Hernán Cortés, o Gonzalo Fernández de Córdoba; en dos palabras, un gran capitán español cualquiera que se lanza a la conquista de imperios y de tierras ignotas, porque, ignorando la tradición y la música misma, había decidido, repentinamente y ante sí, ejecutar por cuenta propia unos difícilísimos arpeggios y modulaciones, es decir, que se había lanzado a la conquista del concierto ajeno haciendo toda clase de variaciones sobre

el tema de "que os vuelven a ver". Según Reyna, que no tomó la cosa a mal en absoluto, fue un verdadero "derroche de virtuosismo" por parte del ejecutante más grande de la trompa que él hubiera oído jamás. De acuerdo con mi amigo, en los pasajes sumamente rápidos que emprendió "España" en su conquista privada, la trompa sonaba: pu-pú, pu-pú, pupú, pupú, pupupúuuuu, pupupupú, pupupúpupupúpupupuúuuuu, y así por el estilo.

La campesinada reía como ríe la gente que nunca ríe o que no sabe reír: desenfrenadamente. Espontáneamente y ante un estímulo común, unos empezaron a imitar el sonido de la trompa mugiendo como el ganado; otros cantaban: Pupú, pupú, pupú, pupú, pupú, pupú, pupú, emulando los ornamentos de la cadencia y su propia versión del sonido de la trompa del zapatero, y ya no hubo manera de contener aquel desenfreno dionisiaco y onomatopéyico que ahora se traducía en pueriles y groseras representaciones digestivas y fecales.

La primitiva orgía llegó a su clímax con la última nota del cuerno de "España", quien en ningún momento de la interminable cadencia, o concierto solo sin acompañamiento que había ejecutado, perdió ni la afinación ni la ecuanimidad, y remedaba al propio Gran Capitán llamando a sus tropas al asalto de Nápoles por medio de un clarín digno de su grandeza.

Alguien gritó

—Viva España—, y otros corearon:

—Viva Pupú—, siempre riendo y pellizcándose unos a otros y cantando "pupupupupupupuúu, pupú, pupú, pupúpuuuuuuu, pupú, pupú, pupú, pupúuuuuuu... Aquello, como se ha visto, no parecía el final de un concierto sino una "junta de embarre", trabajo colectivo en donde los campesinos aúnan fuerzas para construirle el rancho a un compañero y, mientras se embarran en el barro con que van a embarrar las paredes del bohío, se emborrachan a la locura con chicha fuerte, y siempre con el consiguiente saldo de apuñalados, macheteados y muertos.

Cuando los campesinos terminaron de corear "Viva Pupú", uno de ellos profirió unos gritos en lo que a él le parecía el estilo del bel canto operático mientras enunciaba claramente estas palabras:

—Dichosos los ojos que nooooooooooooo los vuelvan a ver— y fue precisamente entonces cuando se produjeron los hechos, no antes.

La prensa de la ciudad capital, siempre mal informada, no por prensa, sino por malos corresponsales, publicó una noticia en donde todo estaba tergiversado hasta el punto de calumniar a los campesinos tildándoles de criminales que quisieron ajusticiar sumaria-

mente a dos notables artistas panameños. Eso no es cierto. Lo único que ocurrió fue esto:

Una vez que España volvió a conquistar a Panamá, o mejor dicho que el zapatero remendón hubiera hecho su “derroche de virtuosismo” como dijera Pedro Reyna, lo cual duró exactamente veintitrés minutos y seis segundos, el pueblo se abalanzó contra los ejecutantes. Le arrebataron el cuerno o la trompa a España y algunos campesinos se orinaron e hicieron sus necesidades biológicas en la bocina o campana del instrumento, siempre histéricos de la risa, siempre saltando y cantando “pupupupupupupupupúpupupupu-pupupupú”, en fila india y tal como si se tratase de nuestra ancestral y profundamente interesante “tuna”: un baile folklórico nuestro impregnado de seculares permanencias vivenciales africanas y españolas.

Y fue entonces cuando Pedro Reyna empezó a correr, o mejor dicho a huir despavorido, pero los ágiles campesinos, veloces como gamos, muy pronto le dieron caza y, aunque no lograron derramar el contenido completo de la bocina del instrumento en su garganta como era su intención, sí le hicieron tragar algo y le ensuciaron por la cabeza y parte del cuerpo. Eso fue todo: un mero problema de cultura y su solución primigenia en el propio terreno de los hechos.

Me cuenta Reyna que, ya liberado de sus perseguidores y bañado en un arroyo distante varias millas del pueblo, se dio de narices con “España”, quien lucía inmaculado e incólume, con aire de torero que empieza el paseo anterior a la corrida.

—Muchas gracias por haberme acompañado— dijo Reyna, a lo cual contestó el zapatero remendón con voz de torero que acaba de escapar de una cornada en la femoral:

—No me las dé todavía, que aún le acompaño, Vamos.

CARLOS MANUEL GASTEAZORO

CENA PARA CUATRO

“... y las gentes de las casitas
se sonríen y se visitan...”

De la canción *Las Casitas del Barrio Alto*
Música y letra de Reynolds y
Víctor Jara.

UNO: Diálogo entre José y Gladys

—Por favor, no reniegues más, tienes que resignarte a la velada horrible que nos espera y ten la seguridad que para mí es tanto sacrificio como para ti, pero no podía dejar pasar la ocasión; la próxima semana viajarán a Bacanal City y tenemos que cumplir, pues según mis cálculos, les debemos una cena y hace diez días tuve que soportarme en casa de ella, un té-canasta aburridísimo. Sólo se habló de una chusma de la clase media cuyas intimidades son espantosamente vulgares. Graciela me llamó para que le prestara una ropa de invierno y no me quedó otro remedio que invitarlos....

—Qué le vamos a hacer, por lo menos me serviré del momento para hablar con Joaquín de ciertas cosas pendientes. Después de todo me convendrá aclararle lo del partido, las acciones de nuestra sociedad anónima y las relaciones con nuestros amigos. Créeme que es un engorro tener que discutir sobre estas cosas, porque Graciela siempre se mete en todo. No sé si te habrás dado cuenta cómo se le suelta la lengua después del tercer whisky sour. Francamente, es insoportable...

—Pero ¿qué quieres que haga? Si tanto te incomoda, llamo para desinvitarlo e invento cualquier excusa, pero no refunfuñes más y vístete que todo lo he previsto. Para hacer más soportable el momento, les he dicho que primero asistiremos al concierto y después a cenar, así no podrán tomar tanto y no les daremos la

oportunidad de llegar al tercer *cocktail* que es el peligroso. ¡Ah! por favor, no se te ocurra pedir vino con la comida, porque toda mi labor se caerá por los suelos. No estaba entusiasmada con ir al teatro y me propuso que fuéramos a su casa para los *drinks*. Me excusé diciéndole que te interesaba saludar al pianista después de la primera parte del recital. Tiene prestigio internacional y en días pasados lo tuvieron en su casa los esposos Ballesteros. Me extraña que no nos hayan tomado en cuenta, aunque la reunión se hizo para un grupo pequeño, ellos nos deben muchas atenciones.

—Te lo he dicho varias veces, *Honey*, tenemos que borrarlos de nuestra lista. Nos deben cuatro invitaciones y hasta hace poco creí que no nos llamaban por tacañería, pero por lo visto, socialmente se sienten superiores a nosotros y eso no lo debemos permitir. Además, en ninguna parte se come mejor que en esta casa; tenemos la mejor cocinera, los mejores vinos y te confieso que aunque no estoy para nada de acuerdo con Fidel Castro, he conseguido unos cigarros de excelente calidad que me llegaron a vender de contrabando a mi oficina. Estoy seguro que a Joaquín le hubiera encantado comer aquí, porque le gusta la buena mesa, el buen vino y los habanos. Aparenta ser un hombre de mundo, pero todo es pura fantochería.

—Peor es Graciela. Imagínate que me habló sobre los museos que visitó en su último viaje. Estoy segura que permaneció todo el tiempo en el bar del hotel, porque toma a cualquier hora. La semana pasada vino a visitarme a las doce del día; hacía un calor infernal, y cuando le pregunté qué quería de beber, no se le ocurrió otra cosa que pedirme un *on the rocks*. ¡Te das cuenta! ¡A las doce del día! Se necesita estar muy sediento.

—Aprovecharé esta noche para hablarle a Joaquín de mi recomendado. Tiene la suficiente influencia para emplearlo en la compañía. Además, es necesario aclarar algunas cosas sobre las próximas elecciones. Seguramente no se ha percatado que no podemos dejar a los Alcornoques tomar posesiones para hacer de las suyas. Esto es lo que la gente no quiere entender, que la justicia está de nuestro lado y que nosotros velamos por el bien de nuestra familia y, por consiguiente, del país. Pero seguramente Joaquín está barajando los nombres de sus amigos. Es un egoísta que solo piensa en el poder y en hacer fortuna, como si no fuera poco lo que le produce la profesión, las acciones de la industria licorera, los bonos del consorcio y todas las otras empresas.

—Ahora que recuerdo, Graciela me contó que en la última recepción que dio el Regente, cuando éste la invitó a bailar, le insinuó que su marido sería el próximo Ministro de la Industria y el Comercio. Estoy segura que es falso, pues me lo dijo cuando estaba por el cuarto *on the rocks*. ¡No la soporto! ¡No la soporto! Para colmo, le encanta exhibirme y la que se exhibe es ella,

porque no se sabe vestir y sólo le preocupa su maquillaje. No sé si te diste cuenta que en la última fiesta en la que estuvimos juntos, no se movió del lugar donde estaba, y ¿sabes por qué? porque inventó que ese era el lugar con la luz precisa para que no se le notaran las arrugas. Detesto sus superficialidades. Me tomaré un vodka-martini para prepararme y hacer más llevadero el momento que nos espera.

—Darling, también ordénale al mayordomo uno para mí. En el despacho tuve un día espantoso y necesito recobrar fuerzas, especialmente con el programita que tenemos por delante. Hay que hacer algo, porque esto de tener compromisos todas las noches resulta agotador. Nos debemos proponer llevar una vida más reposada y sólo aceptar invitaciones de la gente que es igual a uno. Espero que lo de hoy termine temprano, porque mañana tengo una cita importantísima a las diez. Quisiera ser como los otros amigos que llegan tarde a la oficina, pero yo pongo el deber ante todo. Dicho sea de paso, la próxima semana estamos invitados a cenar a casa de los embajadores del Ofir. Aquí está la tarjeta: “Miércoles primero, a las 8 p.m., traje formal”.

—Tendremos que desistir de esa invitación... no puede ser... a primera hora llamaré a la Embajadora para lamentar nuestra inasistencia. Justo para ese día tenemos comida en casa de los Cuervo y Correoso y no podemos faltar. Hace ya un buen tiempo que nos llamaron y son tan insistentes que no me quedó otro remedio que aceptar; es la tercera vez que nos negamos a asistir a sus agasajos y ahora me da vergüenza tener que negarnos otra vez, sobre todo después que ya le dije que sí. Según entiendo, se trata de un grupito muy pequeño y es en honor del Embajador Americano. Nos conviene asistir para ver qué opinión tiene del momento político.

—No había pensado en eso. Definitivamente es importante el hacernos presente. También tengo que aprovechar el próximo viaje de Joaquín para ganarle algunas ventajas durante su ausencia. Really, el Embajador es muy afectuoso y en la última recepción donde estuvimos juntos, me dijo dear Joe. Te advierto que los presentes que lo oyeron, estaban boquiabiertos por la amabilidad con que me distinguió. Es indudable que se trata del mejor representante que nos ha enviado Uncle Sam. Me gustan sus modales, son tan espontáneos que me hacen sentir deep in the heart of Washington; pero lo que más me agrada de la pareja es la simplicidad con que reciben.

—De eso no hay duda ¡How Funny! Cuando voy a jugar al bridge en la residencia de los embajadores nos brindan en cada ocasión bocadillos y bebidas deliciosas: son insuperables los hot dogs, los hamburgers y el ice-tea. This is the American way of life

que Joaquín y Graciela no entienden. A ellos les gusta la comida pesada y repleta en salsas. Green que ordenándole al **maitre** esos platos rebuscados se llenan de elegancia y de lo que se llenan es de gases y de libras. Total, siempre dejan la mitad y la cuenta viene por las nubes.

—Pero no queda otro remedio. Hay que resignarse. Tendremos un fin de semana muy tranquilo. Hoy me llamó el Vizconde de Chirilanco para decirme que nos esperan en su casa en la playa para pasar un **very quiet week-end**. Sería conveniente llevarles un buen regalo porque son unos anfitriones espléndidos; sacaré de la bodega tres botellas de **cognac**, otras tres de **gin** y algo más, pues no podemos dejar que todo corra por cuenta de ellos.

—Llegó el momento de vestiros. Nuestra cita es a las nueve y ya es hora de arreglarnos. Ordenaré otro **Vodka-Martini**, mientras me alisto y pongo mi cerbatana en la cartera. Estoy segura que frente a Graciela la voy a necesitar.

—Pide también uno más para mí. Yo también pondré una cachiporra en mi bolsillo. Junto a Joaquín la voy a necesitar.

DOS: Diálogo entre Joaquín y Graciela

—No me quedó otro recurso que aceptar. Gladys insistió en que teníamos que vernos antes de nuestro viaje y por más que le di excusas y más excusas, no pude rehusar la invitación. Me ofreció su ropa de invierno, con tanta insistencia que, bueno, le dije que cancelaríamos nuestro compromiso anterior. Solo seremos los cuatro y por eso, calculo que estaremos de vuelta a una hora normal, posiblemente al filo de la noche. Espero que así sea, porque el tema preferido de Gladys son los chismes sociales que me aburren sobremanera. No me importa quién se acuesta con quién; cada cual es dueño de hacer con su vida lo que le da su santa y regalada gana.

—Tienes razón, pero ten cuidado que esas liberalidades son mal interpretadas, tanto por ella como por José. Ambos fingen de puritanos y se sienten felices como censores de toda la gente que los rodea. Para mí, el tema también me resulta soporífero, especialmente con ellos, porque cuando se cojen a hablar mal del prójimo no sueltan la conversación. Además, hacen ver que son los esposos más correctos y por lo mismo, toman correctamente sus aperitivos, correctamente examinan cada uno de sus gestos y correctamente proponen los negocios más absurdos y abusivos. Espero que esta sea nuestra última reunión juntos, pues en nuestros intereses comunes, las soluciones las podremos encontrar en la oficina de él o en la mía. En cuanto a ella, puedes limitarte a verla en el club o en el **beauty-parlor**.

—Sí, a Gladys nadie la quiere por las ínfulas que se da. Hay

que ver con qué desparpajo lanza sus mentiras y lo peor de todo, es que jura que lo que dice se lo creemos al pie de la letra.

¡Figúrate! el otro día, en el té-canasta que ofrecí para agasajar a la Embajadora Americana, se presentó con un prendedor camafeo. Tengo que confesarte que era una pieza muy atractiva, pero nada más. Pues bien, cuando la gringa le dijo: *iwhat a beautiful piece!* ella se soltó en una carrera de fantasías. Contó que la figura estaba tallada en coral del mar de la India y que su tararabuela la adquirió de sus antepasados. Yo no quise contradecirla y me mordí la lengua para no ponerla en ridículo, porque los vi por miles y millares en la costa amalfitana; ¿te acuerdas cómo los vendían los buhoneros en el camino cuando fuimos a Pompeya?

—Lo peor de todo es que han logrado hacerse de un grupo de aduladores que no hacen más que responder amén a todas las órdenes. Hoy, me encontré con la noticia de que tiene un candidato para la vacante ejecutiva en la compañía y en el partido. De eso le hablaré esta noche, porque si logra imponerse, indudablemente perderé prosélitos dentro de las altas esferas y entonces se afectarán nuestros intereses en los negocios, en especial en las acciones del monopolio de Aguardiente Caliente, S. A. Con todo el tacto del caso, le haré ver su incongruencia y si se resiste, entonces tendré que usar otros métodos que me desagradan, pero no me quedará otro remedio. No podemos dejarnos deslumbrar con sus comidas pantagruélicas.

— ¡Ah! como me gusta oírte hablar así, pues es necesario que me libere de la competencia culinaria de Gladys. Ahora dizque tiene una nueva cocinera que ha traído del país de Punt. No sé dónde queda ese lugar, pero según ella, la mujer tiene un arte especial para rellenar toda clase de aves. Algo de eso debe ser cierto, porque se despierta todos los días a las once; después, recibe a la masajista y duerme una siesta de dos horas. Todas las tardes tiene compromisos, ya sea con las jugadoras de cartas o con el peluquero. La gente también murmura de ciertas relaciones complicadas...

—No digas eso, Graciela, que te pones igual a ella. Nuestros intereses económicos exigen que nos vean juntos y en perfecta armonía, de lo contrario, se aprovecharán de nuestro monopolio que es un negocio honrado, por más que lo censuren. Ya quisiera ver a la empresa en otras manos... Además, gracias a mi iniciativa, nadie en el Reino paga a sus empleados tan espléndidamente como nosotros. Claro, siempre estarán quejosos, porque así es de ingrata la humanidad, pero lo que soy yo puedo dormir con mi conciencia tranquila. José se opuso al aumento de salarios y en la directiva arguyó que era suficiente con las obras de caridad que hacían las señoras para las navidades.

—No sé cómo no le contestaste que Gladys, el año pasado, no fue a la repartición de regalos para los hijos de los obreros. Se lamentó que no tenía tiempo y usó el pretexto de un terrible dolor de cabeza... jamás olvidaré que esa mañana la vi con el automóvil atestado de paquetes. Sospecho que venía de contrabandear, porque... todo lo consigue a precios increíblemente bajos y lo peor es que a nadie le hace partícipe de sus conexiones. Es de un egoísmo...

—Hasta cierto punto, los dos se parecen. En las últimas Christmas José obsequió a todos los miembros de la directiva y dejó con las manos vacías a las pobres secretarias. El muy avaro lo encontró de lo mas natural. Se dice hombre del centro, pero se le pone la carne de gallina cada vez que le hablo de los rusos. ¡Qué curioso! Hace unos días lo topé en la calle y llevaba en las manos un libro sobre los Tupamaros, al que no le sacaré provecho y seguirá siempre tan campante proclamando su centrismo, predicando la moderación en el poder y elogiando a Richard.

—Ahora me doy cuenta. ¡Sí! ¡sí! acabo de descubrir el por qué de su amor por los gringos y por los Embajadores. Ella es la que le consigue las cosas baratas gracias a su privilegio diplomático... con razón, el otro día hizo el gran elogio del *bourbon*. Según ella, no hay trago más delicioso y por más que se tome no produce ningún malestar posterior. Solamente los *zonians* pueden beber esa porquería.

—Ahora que mencionas el *bourbon* se me antoja un *drink*, toca el timbre para que venga el *butler* y ordénale que nos prepare dos *gimlets*.

—Magnífica idea. Estoy con la garganta seca y sumamente nerviosa por culpa de Gladys y José. No los puedo soportar y es necesario llenarnos de energía, porque tenemos toda la noche por delante. Presiento que nos esperan horas borrascosas y olvídate del tacto, la prudencia, el tino y la discreción, porque con ellos no se pueden usar esos modales ni ese lenguaje.

—Pues lo tendrás que usar y yo también. Debemos darle una lección de buen comportamiento y evitar ponernos de igual a igual. Es cierto que pertenecemos a la misma clase social, pero no estamos en situación de darles la oportunidad que nos exhiban como groseros. Además, la conversación la podemos conducir en un plano neutral, por ejemplo, si José me pregunta sobre mis últimas lecturas, pienso contestarle que estoy releendo a los clásicos. Haz tú otro tanto.

—No me creas tan tonta, también voy preparada y desde hace días no hago más que repasar la literatura de actualidad. He leído varios *best sellers* que podremos comentar, y si no coincidimos,

entonces cambiaré el tema a la novela de la televisión. Gladys con tal de estar acostada, se traga todas esas cochinadas.

—Hace dos días que no la veo. Estoy lleno de trabajo y no tengo tiempo ni para esas pequeñas entretencciones. Hoy la perdemos ¿Te recuerdas en qué quedó el parto de “La Mujer sin alma”?

—Sí, fue muy emocionante y se me salieron las lágrimas, porque en el momento más desesperado del alumbramiento se presentó la madrastra enfurecida. Ella no le quiso confiar el secreto y...

—No sigas, después me cuentas; ahora alístate que ya pasarán por nosotros. Ordéname otro **gimlet**. Esta vez, que sea doble. Tendré tiempo de tomármelo, mientras me pongo la corbata y guardo la manopla en mi bolsillo. Frente a José la voy a necesitar.

—Yo también ordenaré uno doble para mí. Solo me falta maquillarme un poco más; eso es todo. Tomaré el **drink** mientras me peino y escondo la pistola automática en mi cartera. Junto a Gladys la voy a necesitar.

TRES: En Plena Acción

A las 8:45 p.m. llegaron Gladys y José a casa de Graciela y Joaquín. Hubo el besuqueo de rigor y los cuatro pensaron al unísono: “este es el beso de Judas”, pero enseguida cada uno se dijo: “resignación, la cortesía es antes que la guerra” y así el diálogo se hizo rápido, liviano y sonriente. Todos parecían estar satisfechos de verse una vez más y de asistir al concierto.

—Es un programa de primerísima calidad —advirtió Gladys— he leído que el solista toca a Brahms como nadie, después hay algo de Shumann que interesa menos; quizás podremos salirnos en el entreacto. Ya veremos... hay tanto de que hablar...

Así continuó la conversación durante el trayecto hasta el Palacio de las Bellas Artes. Cuando llegaron, tuvieron aproximadamente diez minutos para compartir con los amigos que esperaban en el foyer antes de que sonara el último aviso para la iniciación del repertorio musical. Cuando se oyó el timbre, las dos parejas entraron muy circunspectas y se colocaron con gran parsimonia en sus respectivas butacas.

Nada hubiera interrumpido la serena paz de la tregua si no es por un pequeño detalle, que convirtió la ejecución de Brahms en una tensa guerra fría. En el momento en que Gladys buscaba sus impertinentes en la cartera de noche, sin poderlo remediar se le cayó al suelo la cerbatana de ambar. Era fácil reconocerla, por más que explicó, entre risitas nerviosas que era una pieza que heredó de su abuela.

—Ya ha dejado de ser un instrumento mortal-añadió.

Pero la aclaración no sirvió de nada y Graciela aprovechó el

momento para hacer notar, como si no lo quisiera, el cañón de su pistola.

—Es una monada, parece de juguete —dijo— yo no la heredé de mi abuela sino de Búfalo Bill.

José y Joaquín les hicieron guardar silencio, porque la orquesta empezaba con sus acordes.

¡La música! ¡ah, sí!, esa armonía celestial elevó sus almas a la región de azul esmalte, donde no existen los pecados terrenales; desde aquellas alturas pudieron, cada uno por separado y de dos en dos, pensar en la estrategia que seguirían: nada de gritos, lágrimas o asesinatos. En sus meditaciones, todos estuvieron de acuerdo en que tales métodos ya eran *old fashioned* y tenían que descartarse tales comportamientos en las dos parejas dignas y distinguidas. Además, cachiporras, manoplas, cerbatanas y pistolas automáticas invitaban a la violencia y esas técnicas y sistemas de las izquierdas no debían ser imitadas por personas cultas y respetables.

La palabra todavía tiene fuerza, sostuvo mentalmente José. Creo que me respetará más si le doy a entender que conozco sus últimos deslices amorosos, pensó Graciela. Si quiero para mí la mayoría en el monopolio, tengo que ser cortés, monologó interiormente Joaquín. Me impondré con mi inteligencia, pero estoy desesperada por un *drink*, se dijo a sí misma Gladys. Mientras tanto, terminaba el *allegretto grazioso* del *Concierto No. 2, para piano y orquesta* de Brahms. También finalizaba la primera parte del programa.

—¡La ejecución fue maravillosa! dijeron todos. Los cuatro aplaudieron insistentemente y ya en el fumador, pensaron que tenían hambre y lo mejor sería ir al restaurante.

—Se ha hecho tarde —advirtió Graciela— debimos cenar antes y venir al teatro después, no sé como no lo sugerí.

Por unanimidad acordaron largarse y Gladys, con aire de suficiencia sentenció:

—Schumann es menos importante. Me parece casi vulgar... lo mejor es irnos al restaurante, de otra forma, encontraremos el bar cerrado.

Todos aceptaron la sugestión de buena gana y en el trayecto se comentó un poco la música y nuevamente un detalle encendió la chispa de la guerra. Cuando se hablaba del público, Gladys se dirigió a Joaquín para decirle:

—No sé si te diste cuenta, pero Marisa estaba sentada dos butacas después que el jovencito ese medio *hippie* que le quitó a Mercedes.

Enseguida, Graciela replicó:

—¡Qué lengua, por Dios, qué lengua! ¡Perdónala Virgen Santísima! “Bendita sea tu pureza y eternamente lo sea”...

—Por fin hemos llegado al restaurante interrumpió José —Por favor, guardemos compostura.

Así será, respondieron los otros tres y como si fueran dioses del Olimpo, olímpicamente descendieron del automóvil y entraron en el comedor.

Las parejas reclamaron una mesa discreta. No querían estar entre el barullo de clientes porque más les entusiasmaba conversar que escuchar al cuarteto de jazz.

—A ninguno le interesa bailar —dijo Joaquín al Maitre— y todos queremos pedir una rueda de tragos para examinar con calma el menú.

Las señoras hicieron un aparte para ir a empolvar sus relucientes narices en el ladies room, mientras que los caballeros comenzaron, con los asuntos generales: el alto costo de la vida, el resultado de las grandes ligas de base-ball en los Estados Unidos, las últimas leyes del gobierno hasta que por fin y poco a poco se acercaban al tema de los negocios en común.

—Creo que es de justicia que me vendas tus acciones en la Compañía. Con las leyes laborales el negocio se irá por los suelos y tú cometiste la imprudencia de hacer que le subieran el salario a los obreros. Estamos a punto de la bancarrota y no quiero perjudicarte, lo que me interesa es tener el control para ver si logro sacar la empresa a flote.

—¡Qué oigo! —interrumpió Gladys que precisamente tomaba asiento en esos momentos.

La seguía Graciela y las dos mujeres se pusieron a parlotear, mientras los caballeros lo hacían por su lado. De lejos la conversación parecía pacífica y de cerca no lo era. La mesa se había convertido en una cuadrilátero de boxeo, donde se celebraba un doble pugilato: uno masculino y otro femenino. El Maitre parecía ser el árbitro y la llegada de los mozos con las bandejas, hacían las veces de campanas para anunciar el intermedio entre cada asalto. A cada momento, Joaquín se ponía la mano sobre el bolsillo donde guardaba la manopla; José la metía en el interior del pantalón y disimuladamente acariciaba la cachiporra; Gladys, apretaba con sus dedos la cartera para cerciorarse de que la cerbatana estaba en su sitio y Graciela con la bolsa de noche bajo el brazo, la apretaba, para sentir confianza con la silueta de su arma.

Los temas se discutían entre los cuatro, pero las más de las veces, entre dos y dos. Las señoras se echaron en cara sus respectivos adulterios muy en secreto para que no las escucharan sus esposos. También debatieron ampliamente el origen del camafeo de

Gladys. No se pasó por alto, las arrugas en el rostro de Graciela y en lo que se refiere al contrabando dijo:

—Bueno todos tenemos el derecho de rebuscarnos en la vida, especialmente ahora que el dinero se ha depreciado.

Sobre la cocinera venida del país de Punt, también hablaron las señoras.

—No sé qué mérito tienes, si todo lo hace ella.

—Mi cocinera hace el *dirty work*. Yo la dirijo.

De no mejor tono era la charla entre los señores. También ellos tenían sus deslices amorosos, sobre los que se había de hablar con voz queda y sin que se enteraran sus compañeras, especialmente en lo referente al aspecto económico, pues ambos insistían que las aventuras extra matrimoniales les resultaban gratis, dada la experiencia, virilidad, importancia, porte y barriga de cada uno. Igualmente escabroso fue el tema de las prestaciones sociales. Uno era partidario de dar más y el otro de dar menos.

—Las ganancias mejorarán con el incentivo de salarios más adecuados a la inflación —argumentó Joaquín.

—La experiencia en la fábrica de aguardiente demuestra precisamente lo contrario —contraargumentó José.

Se pasó a la discusión de la política, primero internacional, después local y más tarde dentro del seno de la corporación de la que ambos eran accionistas.

—Si me hago de los puestos claves en el Directorio, te advierto que impondré mi consigna de mantener un equilibrio entre la derecha y la izquierda; más de aquel lado que de éste.

—Yo haré igual, pero será más de este lado que de aquél. Los tiempos cambian y vamos hacia el socialismo.

—Tú solo piensas en tus cigarros cubanos y por eso hablas así.

—Eres un puñetero reaccionario.

—Eres un cabrón demagogo.

Entre los cuatro también contendieron agriamente. El primer tema fue el de los *cocktails*. José y Gladys solamente querían dos por persona antes de cenar. Joaquín y Graciela pidieron cuatro para estar bien entonados a la hora del *match*. Fue mayor la trifulca al momento de seleccionar los vinos; una pareja propuso un *rosé* para acompañar los *Medillons de dinde Americaine gourmet*, y la otra sugirió un *sauterne*. Un auténtico combate se originó por las cosechas, pues unos esposos preferían la de los años pares y la otra pareja la de los nones.

No hubo toma de armas en la elección de los postres y del *liqueur*, porque ninguno quiso nada.

Cuando le tocó el turno a los libros se formó la de "San Quintín". Ninguno de los cuatros estaba de acuerdo (ni Joaquín con Gladys, ni José con Graciela) y cada uno buscaba imponer su última lectura, como si cada cual se sintiera poseedor de la única llave para abrir las puertas de la sabiduría.

GLADYS: todos los **best sellers** son una literatura abominable. Están escritos para la gente de la street.

JOSE: Ni San Pedro ni Lenin es el mejor libro que he leído en mucho tiempo. ¡Es algo extraordinario! En él se sostiene la tesis que la verdadera revolución se produce actualmente en los Estados Unidos. Tienen que leerlo porque en esa nación está nuestra esperanza. ¡God bless America!

JOAQUIN: —Si no me equivoco, su autor es Jean Antoine Cacanús. Sé de ciencia cierta que el francés está a sueldo de la CIA. Yo me refugio en los clásicos, estoy releendo a Cervantes.

GRACIELA: —Qué anticuado estás. Yo acabo de terminar una biografía de Mesalina. No sabes cómo me recordé de ti, Gladys, en muchos pasajes de la vida de la Emperatriz.

Ahora todos hablaron a la vez, como si el que más palabras dijera, fuera el primero en llevarse las palmas de la victoria. Cada uno tomó su respectivo tenedor en actitud desafiante ya que no había tiempo que perder buscando la cachiporra, la pistola automática, la manopla y la cerbatana. El enfrentamiento continuaba. San Pedro, Mesalina, Cervantes, Lenin, las muñecas del **best seller**, Cacanús, Rosemary Baby, Man of la Mancha, la CIA, el cornudo Emperador Claudio, etc. etc. Ahora, con la otra mano, todos agarraron los cuchillos. Se diría que se preparaban para una gran fiesta caníbal que solo se aplacó cuando el Maitre llegó con la cuenta.

— ¡Qué horror! es tardísimo. Mi reloj marca las dos y diez. Es hora de retirarnos.

Los tres restantes no pusieron objeción. Como autómatas se levantaron de las sillas y se dirigieron al automóvil para discutir en el trayecto sobre Nixon y Watergate. Esta vez José tomó la palabra y Joaquín los resoplidos. Graciela volvió a traer el tema del camafeo falso y Gladys el de las arrugas. Así llegaron a casa de los huéspedes.

Y ...

Por fin llegó el momento de separarnos. Se acabó el mal rato. No hubo sangre pero quedó el odio. Son horribles, asquerosos, desalmados, abominables, pensó cada uno de los cuatro, pero...

TODOS A LA VEZ: ¡Que estupenda noche! ¡ojalá que se repita!

GRACIELA: (Radiante) Tan pronto regresemos de nuestro viaje los llamaremos para corresponderles. La plática fue muy estimulante y aprendí muchas cosas.

GLADYS: (Festiva) No dejes de hacerlo. Los extrañaremos horrores. No olvides visitar los museos que te recomendé, nadie mejor que tú sabrá apreciarlos.

JOSE: (Sentencioso) Siempre lo he dicho, la humanidad necesita del diálogo para entenderse.

JOAQUIN Y GRACIELA: (Agradecidos) El concierto fue maravilloso y la cena una delicia. Un millón de gracias por todo.

GLADYS Y JOSE: (Satisfechos) Las gracias a ustedes, lo que hizo la noche tan agradable fue la compañía. Que tengan un feliz viaje.

TODOS: (Eufóricos) Buenas noches. Hasta pronto, hasta pronto, Good bye.....

JOSE DE LA CRUZ HERRERA

APUNTES ESTETICOS

I

Sin esfuerzo alguno se impone a los rectos espíritus la doble faz del mundo: material y espiritual, o sea, sensible e inteligible, dualidad tan conforme con las humanas aspiraciones y tan racional, que para impugnarla es menester estar uno imbuido en los delirios inexplicables de las psicologías alemanas que pasan por novísimas (1) y que más que estudios concienzudos y serios de inteligencias filosóficas parecen juegos, o digamos más bien, desvaríos de poderosas imaginaciones (1); nebulosidades que harían imposible al arte, por lo cual la existencia misma del arte es prueba concluyente contra ellas: uno siente en presencia de la belleza que la mitad de su ser, y la más excelsa mitad, abandona un instante el mísero lugar que realmente habita, y olvidada de él, va a buscar hospedaje en más dignas moradas, las que le forja el arte: es algo así como un simulacro de la vida del cielo.

Como maravilloso resumen del mundo, las criaturas humanas ostentan la misma doble faz, porque, conteniendo en su conjunto el mencionado orden intelectual, y presentando cada una de por sí la chispa imperecedera, el alma, tienen además otro componente substancial, el cuerpo, mezcla no concedida a ninguna otra obra terrena. De aquí los privilegios de que ella sola goza; de aquí esa

subordinación infalible de uno a otro componente en cuya virtud, nada se agita o se mueve de un lado sin que entrañe lógicamente movimiento o agitación correspondiente en el otro; de aquí, en fin, que toda obra humana esté marcada con el doble sello del cuerpo y del alma, de la materia y del espíritu.

Y entre otras obras humanas figuran las artes liberales, en donde más clara se muestra la verdad de este último aserto. La arquitectura, la escultura, la pintura, la música y la poesía, todas ellas tienen algo de espiritual y divino, *resplendentia formae*, un soplo de vida semejante al alma humana, que como tal busca al arte y lo ama irresistiblemente y no descansa hasta haber estado en íntima y feliz unión con la belleza, olvidándose del mundo y de la materia que la encadena.

Más, sobre todas las artes, la Poesía (1). Ella dispone de más dilatado espacio que las otras, y, por eso mismo, de más materia en donde resplandezca la forma; la Poesía, que a despecho de cierta tendencia que por suerte parece extinguirse y de que sus pocos partidarios hacen responsable, y no sin razón, a la filosofía positivista, bien puede apellidarse cosa de primera necesidad entre los hombres. Y si no, ¿por qué chicos y grandes, pobres y opulentos; ninguno ignora su existencia, todos buscan sus halagos y nunca los desprecian? ¿Por qué entre todos los hombres que se dedican a diversos géneros de ocupaciones es el poeta quien más notoriedad alcanza tanto entre las gentes ilustradas cuanto entre las masas, de suyo iliteratas e ignorantes y entra a nuestra amistad e intimidad como si fuera carne de nuestra carne y huesos de nuestros huesos?

Es porque todos los hombres, compuestos de una misma naturaleza, tienen un universo entero en su rededor y dentro de sí un mundo más estupendo todavía, y el poeta presenta a sus ojos con tintas hermosas y contornos perfectamente visibles ya el uno, ya el otro, o, lo que es más seguro y más racional, uno y otro a la vez; y es cosa muy natural que se desviva uno por tener a su alcance y abarcar de una mirada lo que en su estado nativo sólo puede percibir poco a poco y por separado; que nos atraiga y subyugue el que sentidos materiales puedan de algún modo ser factores en la percepción de lo que aisladamente y en cada individuo puede sólo percibir la conciencia; y, en fin, es también muy natural la curiosidad de ver retratado en cuadros de relativa corta extensión este universo con su doble aspecto: el mundo de la naturaleza sensible y el mundo del espíritu, es decir, la humanidad con todo lo que próxima o remotamente la rodea: *homo sum, humani nihil a me alienum puto* (1).

Lo que dejo dicho explica por qué el primer paso de una cultura verdadera es siempre la Poesía y tanto, que mientras una nación no haya dado a luz o una época no haya producido un

monumento literario que las retrate y guarde como en dura caja de diamante, a donde cuando ellas hayan pasado acudan los siglos nuevos a verlas, a estudiarlas, a admirarlas, no puede decirse que esa nación o esa época han tenido legítima civilización; por muy adelantadas que estuviesen, el faltarles el requisito apuntado, signo es de que mucho necesitaban aún para entrar en el seguro carril de la cultura. Porque ésta exige respecto de un pueblo que se aúnen todas las miras de sus individuos, que tengan anhelos colectivos, odios comunes, idénticas costumbres. ¡Qué mucho! hasta en sus ideas y tendencias individuales y recónditas que no es posible comunicar por ningún signo de los unos a los otros es necesaria la paridad. Es preciso, pues, para la cultura de una nación, que cualquiera cosa por que goce o padezca o cualquiera situación en que se encuentre el uno sea capaz de afectar al otro; cabalmente estos requisitos son también los necesarios y suficientes para el florecimiento de la Poesía. Luego donde la Poesía no ha aparecido tarda aún en llegar civilización.

Testigos de lo dicho son, respecto de la Grecia y de la India, Homero y Valmiki. Dante es el representante de la civilización cristiana. Y si fijamos los ojos en las naciones modernas, considerando en ellas no la cultura que compendia la Divina Comedia, que a todas cobija, sino la de cada una en particular, encontraremos los Niebelungos en Alemania; la canción de Rolando con las demás *gestas* en Francia; y España se nos ostentará con el Romancero y el épico aunque rudimentario Poema del Cid. Los Aztecas, los Chibchas y los Incas, verbi gracia, poseían un grado de adelanto menos que mediano, como lo prueba la carencia de poemas escritos.

Si la aparición del arte literario es, pues, como el anuncio de que están reunidos todos los elementos para que una civilización se abra camino, una vez verificado esto son también las letras la medida de la grandeza de un pueblo: cuanto más cultivadas tanto más señales son de vida vigorosa, de riqueza y esplendor; y su decadencia es la decadencia y ruina del país; hasta el punto que debe tenerse por muy falsa y sospechosa la cultura de una nación en que no haya cultivadores eminentes de las artes poéticas, por grande que sea su desarrollo industrial. Esto, antes de invocar otras pruebas, lo dice la irrecusable de la experiencia: vemos, en efecto, que mientras una nación no tenga excelencia literaria no le discierne la Historia el título de esplendorosa y grande, título que le retira al punto mismo que comienzan a bajar de su alta cima las artes poéticas.

Y así había de ser. Porque el poeta encierra dentro de sí y manifiesta después con signos exteriores todo su pueblo o toda su generación, cuando su generación o su pueblo sean dignos de tener un espejo terso que los retrate y los refleje; es decir, cuando obedciendo al mandato de Dios cuidan no sólo de la parte menos noble

y más pesada, la que se inclina al suelo y que cuanto más se cuide y regale es más tiránica cadena del espíritu, sino que dedican también atención muy principal a la parte más leve y sutil que gime aprisionada y busca en el arte ancha y segura puerta por donde elevarse en seguimiento de "la patria verdadera". (1) Esa, esa es la nación culta, y cultos los hombres que con dicho doble cuidado la constituyen, y culta la época en cuyo seno vive tal pueblo y se mueven tales hombres. Habrá, pues, esplendor allí donde las artes industriales y las artes poéticas se contrapesan y equilibran. ¡Designio providencial de Dios es que tienda todo a glorificar su sabiduría! ¡lo grosero, lo que exclusivamente pertenece a la tierra, en íntimo y fecundo consorcio con lo que por naturaleza está destinado al cielo!

He leído, si mal no recuerdo, en Balmes, que la palabra sería cosa de constante maravilla para el hombre si en fuerza de servirnos de ella no dejásemos de considerarla: y así es la verdad. La palabra es una de las cosas sensibles más inmateriales por los efectos sorprendentes que produce, por la manera súbita como se introduce en nuestra alma, la toca, hace germinar en ella como en fecundo semillero, múltiples y variadas ideas, y despierta, en suma, la actividad espiritual. La palabra es prueba irrecusable de la sociabilidad del hombre y de la acción omnipotente en las cosas humanas. Ahora bien, ¿sería sabio que medio de tal magnitud se nos hubiese otorgado para fines tan pequeños? ¿Que la palabra sirviese únicamente, y esto sin detrimento de su dignidad, para apegarnos más al suelo? ¡Oh, no! Si hemos de ser gratos confesemos deber usarla también con el objeto altísimo de ennoblecernos para una vida superior; y reconozcamos eso mismo, si hemos de ser justos y prudentes, acerca de nuestra sociabilidad; porque son perfectas las cosas que se ordenan a su fin, y el fin del hombre es vivir la vida del espíritu.

Evidentemente la poesía moraliza (1) al hombre y morigera las pasiones desordenadas. Bastaría para convencerse de esto considerarla en su esencia misma, tener en cuenta el carácter de eminentemente religiosa que la acompaña. Porque religioso es todo lo que va en busca del ideal, en pos de lo infinito, y se levanta en este proceso a atmósferas más puras, y exige al que quiera ser su partícipe limpieza de corazón y alma candorosa, por lo que otorga sus dones en la medida de estas cualidades. Y, además, las más grandes obras con que se enorgullecen las naciones lo atestiguan; primero, a su aparición, los cantos épicos, compenetrados en todo y por todo por el mundo ideal hasta el punto de ser elemento no ya principalísimo sino esencial, condición necesaria de ellos; no porque hubiera nadie, llámese Hermosilla o como quiera llamarse, que dictase reglas de hierro a esos rapsodas semidivinos, sino porque en ellos eran las tendencias y procedimientos artísticos como ciencia infusa,

iluminación inmediata del Cielo. Homero no entendía cantar él mismo o sin ayuda de los dioses: rompe sus poemas llamándolos a ello (1); y cuando, engolfado en su inmenso piélago de bellezas, tropieza de improviso con una empresa colosal, como la de numerar las gentes y las naves apostadas al pie de la sagrada Ilión, pide resueltamente la ayuda de todas las hijas del tempestuoso Júpiter: él solo no bastaría aunque tuviese diez bocas y diez lenguas (2).

Después, cuando aparece la lírica, se observa el mismo fenómeno, es decir, que la religiosidad es como aura que la envuelve o como medio dentro del cual se mueve. Y no se arguya la existencia de poetas, y grandes poetas, escépticos y aun ateos; aunque ello es lo cierto que con los menos, que constituyen excepción de la regla. Porque la calidad de tales no altera en ellos la de su poesía: siempre dejan traslucir, por más que no lo intenten, el fondo de idealidad que alientan y que ellos, desgraciados, no sienten o fingen no sentir en su alma, y que a veces los hace prorrumpir en gritos apasionados:

*¡Qué horror! Mi duda insulta al Dios que anhelo.
Yo necesito orar; ¡estoy tan solo!
Yo te busco, Señor, en mi camino.*

*¿Dónde estás? ¿dónde estás? Caigo de hinojos,
Junto las manos y la frente inclino (1).*

* * *

*Muchas veces, Antonio, devorado
por ese afán oculto que no sabe
la mente descifrar, me he preguntado,
—cuestión a un tiempo inoportuna y grave—
¿qué busco? ¿a dónde voy? ¿por qué he nacido
en esta edad sin fe? Yo soy un ave
que llegó sola y sin amor al nido..... (2)*

* * *

*Cuando yazga
Yo de la tumba en el helado seno
.....
Y cuando bellas de ilusión futura
No dancen ante mí las leves horas*

*.....
¿Bastará a consolarme yerto mármol
Que mis huesos distinga entre infinitos
Que en la tierra y el mar siembra la Muerte? (3)*

*¡Oh confusión! ¡Oh caos! Quién pudiera
Del sol de la verdad la lumbre austera
Y pura en este limbo hacer brillar
De lo cierto y lo incierto ¡quién un día,
Y del bien y del mal, conseguiría
Los límites fijar! (4)*

Ejemplos son éstos sacados de entre los más renombrados poetas escépticos o ateos (Fóscolo), y en todas esas estrofas bulle el deseo de una vida superior, es decir, se entreteje sutilmente la religiosidad.

Quede, pues, establecido que la poesía tiene un papel augusto, altamente moralizador, que pule el alma y la perfecciona y la hermosea, por lo que se ven con la mayor frecuencia dentro de la Iglesia Católica, la más poética de las religiones, como se expresa Macaulay, aunados el lauro del poeta con la aurcola del santo, y se advierte, además, que en las comunidades religiosas se dedica a la poesía lugar prominente; y alguna existe, la de San Francisco de Asís, uno de cuyos grandes títulos es haber sido donde primero se empleó la lengua romance para un género de poesía, la mística, en que España aventajó después a todas las naciones.

Y ese carácter de la poesía hace que se adhiera al nombre y a la persona del poeta un afecto, un respeto tal, que respecto de algunos, como Longfellow, es rayano del culto; hace que uno considere a los vates como seres cariñosos, al par que graves (pues que el cultivo de las letras, lo mismo que el de la filosofía, mantiene sin duda alguna muy alto el nivel de la propia dignidad e impide faltar a ella un solo instante), por más que para algunos el poeta sea un desequilibrado o una especie de loco, siempre ebrio, cansado de la vida y revuelto siempre entre torpes bacanales (1). Mientras más verdadero sea el poeta, es decir, mientras más entre en su obra el elemento ideal, más veneración inspira. Cuesta trabajo convenirse uno de que el Víctor Hugo autor del *Moisés sobre el Nilo* es el mismo Víctor Hugo que compuso algunas de las extravagantes *Orientales*, combinación maravillosa de palabras y nada más. Y cuando menos, se presenta a la imaginación el primero como varón serio, respetable y respetado; y el segundo, como un mozo medio alocado todavía, lleno de vanas ideas y huecas ilusiones: cuando sucedió a la inversa: sus obras inmortales fueron compuestas en su juventud, y ya en la edad madura sus sonoras bagatelas.

La antigüedad, que en muchísimas cosas lleva ventaja a nuestra edad moderna, hacía de los poetas a manera de una raza superior de hombres: a Homero llegaron hasta erigirle templos; y los vates todos eran considerados como ungidos, sacerdotes del mismo Dios:

*¡Pueblos, reverenciad al sacro vate!
¡Reyes, honrad al genio soberano!
¡Desventurado quien con golpe insano
O venenosa lengua le maltrate! (1)*

II

Las cosas, creadas por una misma esencia, presentan multitud de lados por donde ser consideradas, dando así origen a un cúmulo de pensamientos e ideas, gérmenes a su turno de nuevas ideas y pensamientos, que originan las diversas ciencias o artes. Por esto imaginó Francisco Bacon el celebrado *árbol de las ciencias*. Uno de esos lados que para ser consideradas presentan las artes es la investigación de las leyes que rigen lo bello, ya en sí, ya en sus relaciones con las facultades humanas que, unas más, otras menos, juegan algún papel en su percepción. El conjunto de estas leyes ha recibido el nombre sentimentalista de Estética.

Pero, ¿qué es la belleza? Difícil y casi imposible tarea es decirlo con una definición satisfactoria. Todas las que se han dado pecan contra la lógica no ya por su esencia, sino por su forma: todas contienen en sí por lo menos una metáfora representativa de una idea imposible de expresar de otro modo; y sabido es que la metáfora es inadmisibles en una buena definición. Una de las que da el Abate Gioberti, verbi gracia, es un encadenamiento de metáforas (1).

La de Santo Tomás contiene una metáfora solamente (1); pero, *malum ex quocumque defectu*, eso basta para no acatarla como buena. Es, eso sí, la más aceptable de cuantas se han dado, y por lo mismo la única de que se hará caso en el curso de este trabajo.

Y para que se vea lo intrincado que es el análisis de esta cuestión de la belleza anotaré una particularidad.

Considerada atentamente la definición tomista, se cae en la cuenta de que para lo bello son necesarias estas condiciones: *variedad* por la definición misma, que habla de *partes*; *integridad*, porque de no, le faltaría algo que debe tener, ya en la substancia, ya en los accidentes; *proporción*, en virtud de la misma definición (*partes proporcionadas*); *unidad* que engaste las diversas partes; y *esplendor*, por la definición (*resplendentia formae*). Es lógico, pues, que si falta uno sólo de estos elementos no hay belleza, porque ella los requiere todos cinco: con los cuatro primeros, por ejemplo, sin el esplendor, no existe lo bello; pero es el caso, y aquí está la particularidad, que donde el esplendor está, se encuentran siempre los otros cuatro elementos. Es decir, que para la belleza son necesarios cinco elementos, pero al mismo tiempo basta uno de esos cinco. ¿No es cierto que todo esto es intrincadísimo, que la belleza

es cosa divina, que Dios no se ha servido descubrir la Estética a los ojos de los hombres? Sólo les es dado percibir, con más o menos claridad, esa *resplendentia formae*, según sean más o menos cultivadas las facultades estéticas, mas nunca saber en qué consiste. Abrase, verbi gracia, la *Iliada* original, y léase un trozo cualquiera; si enseguida se lee el trozo correspondiente de Hermosilla, no puede uno negar que es una versión fidelísima lo que tiene ante los ojos; pero es innegable también que no percibe en ella el aroma embalsamado, el *esplendor* que el original griego despidе. ¿Y hay quién pueda explicar por qué la *Iliada* de Hermosilla es y al mismo tiempo no es la de Homero que traduce?

Lo bello está, pues, en situación análoga a las nociones de ser, acto, potencia etc., diga lo que quiera Vallet. Muchos de sus atributos se conocen satisfactoriamente, mas esto, porque lo son también de otros tratados de la filosofía, los que sí es dado investigar plenamente.

Goza la belleza de la objetividad, por más que algunos se la nieguen, so pretexto de la diversa intensidad con que suelen ser los hombres impresionados por una misma belleza; fenómeno que en realidad de verdad no consiste sino en las potencias que entran en su percepción, y que, como todas las facultades de nuestra alma, son capaces de mayor o menor cultura. Además, si tengo en mi mano un libro y hay en mi presencia tres hombres: uno con su vista perfecta, otro miope y otro ciego, el primero verá el libro tal como es; el segundo más pequeño, y el tercero no verá nada. ¿Podrá decirse por eso que el libro no tiene realidad objetiva? Pero los sectarios de la opinión susodicha alegan, además, que no conocemos la esencia de lo bello sino que sólo tenemos su noción cuando modifica nuestro espíritu, y sacan en conclusión que es por eso una cosa puramente subjetiva, una modificación de nuestro ser íntimo: peregrina deducción que para impugnarla no es menester profundo conocimiento de la lógica.

Nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu: toda percepción entra al entendimiento después de haber pasado por la puerta de los sentidos. Hablé en el párrafo anterior de las potencias que entran en la percepción de lo bello. Son apellidadas facultades estéticas, a saber: los sentidos externos (la vista, el oído, y quizás el tacto en una mínima proporción), la imaginación y el entendimiento, que recibe en último resultado el objeto bello que ha pasado antes por dos sucesivas percepciones: la rudimentaria y muy material de los sentidos externos y la menos grosera de la imaginación. Cuando llega al entendimiento el objeto bello está ya como exprimido, ha dado de sí la quinta esencia, los caracteres universalísimos, las formas puramente ideales. Como se ve, ninguna de las dos manifestaciones del *apetito* tiene participación en este proceso: si él se mueve es tan sólo antes de que comience dicha evolución.

Entre las apuntadas suele ser enumerada otra *facultad* (así la llaman) conoedora de lo bello, es a saber, el *sentimiento estético*. Pero llamar a eso *facultad* no parece muy filosófico. El sentimiento estético es más bien el resultado del proceso ya descrito cuando lo que así obra es algo bello: porque es claro que un teorema matemático entra también por los sentidos externos (la vista), lo recibe la imaginación, y ésta lo presenta luego al entendimiento; pero una vez terminada la percepción descansa el espíritu de la curiosidad o anhelo de saber que antes lo poseía, y nada más. Mientras que en el caso de una cosa bella, cuando el entendimiento la mira, se recrea y experimenta una emoción inexplicable y que sólo conoce quien la siente. Por tanto, el *sentimiento estético* es simplemente un efecto y no una causa, y no es justo engalanarlo con el título de *facultad*.

Hácese también mérito en el arte de otro *sentimiento* que pudiera definirse: la verdad de la inspiración. En este sentido se dice: “composición que no esté *sentida difícilmente será animada e interesante*”.

III

Cumple ahora para el propósito capital de estos Apuntes hacer una breve exposición de teoría cosmológica muy agitada entre los devotos de la Filosofía. Y no es que pretenda hacer aquí largas digresiones metafísicas, de suyo áridas, difíciles de comprender e ingratas a la generalidad de los lectores, principalmente cuando trato de fijar las ideas, del modo como yo las comprendo, acerca de un punto que muy poco se conoce con rectitud y muchas nociones vagas y confusas se alimentan respecto de él, con ser materia de suma importancia, ya para los que se dedican a cultivar la literatura, ya para los que se aprovechen de sus frutos; porque, como queda insinuado atrás, a facultades estéticas más perfeccionadas corresponde más intensa percepción de la belleza, ora se proponga uno crearla, ora intente gustarla simplemente. Pero el mencionado encadenamiento de las ciencias impide a ninguna de ellas dar paso aislado; siempre es menester dirigir atrás siquiera sea una ligera mirada para ver el punto de donde arrancan, y tener así más cabal conciencia de sus principios, dirección y tendencias.

Muchos hay que hablan, refiriéndose a la Literatura, de *fondo* y de *forma*, sin tener noticia de lo que metafísicamente significa *fondo* (llamado *materia* en el lenguaje de la cosmología), y dando a la palabra *forma* su más vulgar acepción: de aquí que se escandalicen cuando oyen decir: “en las obras poéticas, consideradas como tales, la forma es todo y el fondo nada vale”. De estas ignorancias

y confusiones de ideas resultan errores y aun aberraciones difíciles de desarraigar. Digamos, pues, algo sobre la renombrada teoría de la *materia* y la *forma*.

Parece ser el filósofo indio Kanada (600 años antes de Cristo), quien primero trató de investigar la naturaleza de los cuerpos y el primero también que creyó encontrar la solución del problema, suponiéndolos compuestos de átomos indivisibles. Después la escuela de Abdera (460 a 370 años antes de Cristo) dio a estos átomos el atributo de eternos; y sucesivamente diversos filósofos han dado a la teoría innumerables matices acogidos todos con más o menos entusiasmo por algunos pensadores de mérito y por los físicos de todos los tiempos (1). Pero esta diversidad dentro del sistema atomista es sólo accidental; que los átomos se creyesen por unos u otros eternos o que comienzan en el tiempo; divisibles o indivisibles etc., la teoría siempre permanece una en el fondo, es a saber, que los cuerpos todos están compuestos de átomos.

Mas como éstos son también sustancias, y sustancias completas, resulta que el problema queda por resolver con la mencionada teoría. Porque al llegar a la titulada solución, cabe siempre hacer la siguiente pregunta: y esas sustancias o llámense átomos, ¿de qué se componen? Lo cual es tanto como plantear de nuevo la cuestión.

Además de éste, que es gravísimo inconveniente, presenta el atomismo, ya se tome en su conjunto, ya se consideren aisladamente sus diversas sectas, otros escollos no menos graves cuyo solo análisis sería materia para un libro, y que la naturaleza de este escrito no consiente tratar ni siquiera someramente. Apuntaré, sin embargo, que hacer los cuerpos compuestos tan solo de átomos es tanto como destruir la específica diversidad de las cosas, toda vez que esos átomos son de una misma naturaleza (dentro de cada sistema especial); y así decir: “dos centímetros cúbicos de hidrógeno” sería tanto como decir: “dos centímetros cúbicos de oxígeno”, puesto que ambas expresiones equivaldrían a esta: “dos centímetros cúbicos de átomos”. Las cosas serían, pues, distintas sólo accidentalmente, manifestaciones de una sustancia única; y así por el estilo iríamos desenvolviendo infinidad de extravagancias: quien al bajar una escalera yerra un peldaño suele errarlos todos, y suele ir rodando en un abismo de errores quien acepta un error.

Mas los inconvenientes de ese sistema inaceptable quedan obviados con el de la *materia* y la *forma*, teoría fecunda que por la misma fuerza y profundidad de pensamiento que demuestra en su descubridor fue altivamente despreciada por una de esas escuelas que logran tener brillante oriente, mas no les es dado impedir su propio rápido descenso; teoría indispensablemente cierta, y tanto, que en el último tercio del siglo se ve a todos los sabios reaccionar

en masa hacia ella para poder explicar la naturaleza de los cuerpos. Algunos, es verdad, para dárseles de descubridores cambian por otro el nombre de *forma*; pero, ¿qué significan dos nombres distintos cuando la idea que representan es una misma? Unos dicen que los cuerpos se componen de materia y *fuerza*; y otros, con Büchner, de materia y *energía*, y creen con ello haber descubierto una cosa sorprendentemente nueva, "como aquel que hablaba en prosa sin saberlo".

Ya había adivinado el genio de Platón (420 a 347 años antes de Cristo) aunque en bosquejo informe y confuso la aludida teoría, cuando después su ilustre discípulo Aristóteles (384 a 322 años antes de Cristo) la precisó, la examinó detalladamente y le dio todo el ensanche de que ella es capaz. Más tarde la Escolástica unánimemente, la aceptó y comentó. Hé aquí una ligera explicación de ella.

Todas las cosas sensibles tienen algo de común, puesto que en todas ellas se encuentra algo de pasivo, de donde surge la extensión. Pero al mismo tiempo es evidente que existen especies distintas de cosas porque no es esencialmente lo mismo decir *caballo* que decir *piedra* o *árbol*. Luego algo habrá por donde se distinga un caballo de una piedra o de un árbol, y no será el principio de pasividad ya señalado, puesto que él es común a toda substancia material: luego habrá otra cosa, activa de suyo, distinta cada una en el árbol, la piedra o el caballo, a la cual será debido el que esas substancias estén colocadas en su especie respectiva. Ese principio de pasividad, por el cual todas las cosas se comunican, es lo que se llama *materia* (1), y el principio de actividad que distingue unas de otras las especies es lo que recibe el nombre de *forma substancial*.

Toda cosa material se compone, pues, de dos entes, dos substancias incompletas (se habla de las cosas en que se considera la materia prima según lo explicado en la nota (1) de esta página; y son incompletas porque la materia prima sin la forma substancial, o viceversa, no tiene ser ni operaciones propias (2), siendo, por tanto, metafísicamente imposible encontrarlas aisladas en la naturaleza. La una necesita del concurso de la otra; la materia busca a la forma para individualizarla; la forma fecunda a la materia para constituir con los dos elementos una sola substancia *completa* en el orden de la especie y en el de la substancialidad.

Queda salvada con esta teoría sobre la constitución de las cosas materiales la dificultad que presenta la anteriormente expuesta, de encontrarnos siempre con átomos que son substancias completas y que no pueden, por consiguiente, ser *principios* constitutivos de las substancias sensibles; y quedan también resueltos con el sistema aristotélico-escolástico problemas importantísimos como el de la individuación y el de la unidad numérica.

No es de este lugar señalar, ni mucho menos exponer, todas las sabias y fecundas deducciones que ofrece esta teoría, sino únicamente sacar de ella el partido posible respecto de las artes literarias y la ciencia de la belleza.

IV

Propóngome ahora hacer aplicaciones de la doctrina anteriormente expuesta. Tengo un bloque de mármol, y hago con él una estatua del Libertador Bolívar, ¿cuál es la materia, cuál la forma de esa estatua? Para la pedida contestación téngase presente que así como hice estatua de Bolívar podría haberla hecho del Mariscal Sucre o del General Santander, casos en los cuales habría servido como sujeto de las modificaciones un mismo bloque de mármol, por lo cual éste es una cosa puramente pasiva, indiferente para recibir tal o cual figura: luego el mármol será la *materia*. Y la forma estará constituida por todo aquello que hace determinar la estatua como de Bolívar y no de Sucre o Santander, puesto que ello es lo que la especifica.

Y en una obra literaria, ¿cuál es la materia, cuál es la forma?

Obsérvese previamente que muchas veces los nombres de las cosas dan luz sobre sus diversas propiedades; y si esos nombres llegan a cambiarse por otros, al punto se oscurecen éstos para las gentes poco ilustradas o ignorantes. Así sucede con esto de la materia y la forma en las obras poéticas: como al referirse uno a la poesía no dice “materia” sino “fondo”, a la generalidad se le hace muy cuesta arriba que sea tan poca cosa como para no hacer gran caso de él (para fines puramente estéticos). Restitúyasele su verdadero nombre, y con eso sólo aunque no sean conocidas las propiedades de la materia, filosóficamente hablando, bastaría para enderezar muchos espíritus melindrosos; porque “materia” dirán ellos mentalmente, “chica cosa para un respeto tan profundo”.

Ahora bien: puesto que vemos una misma idea expresada, ya en prosa, ya en poesía, es lógico deducir que la idea es la base de la pasividad, lo que comunica a la prosa con la poesía, en fin, la *materia* (1). Y la fuente de la actividad es menester buscarla en lo que realmente diferencia a la prosa de la poesía; y como esta diferencia está principalmente en la manera figurada de decir, en el revestimiento especial, la imagen con que la idea se vela, claro está que es esto lo que constituye la *forma*. La *Silva a la Agricultura de la Zona tórrida* de D. Andrés Bello, en cuanto a la forma, no se halla en ninguna otra parte; pero en cuanto a fondo no es más que un vulgar capítulo de geografía, que en toda geografía se encuentra: “En la zona tórrida se dan todos los productos de las otras

zonas: el trigo, la uva, el manzano, la caña de azúcar, el cacao, el tabaco, el añil, la cochinilla, etc.,” Pero dice D. Andrés Bello:

*¡Salve, fecunda zona,
Que al sol enamorado circunscribes
El vago curso, y cuanto ser se anima
En cada vario clima,
Acariciada de su luz, concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda
De granadas espigas; tú la uva
Das a la hirviente cuba:
No de purpúrea fruta o roja o gualda
A tus florestas bellas
Falta matiz alguno; y bebe en ellas
Aromas mil el viento;
Y greyes van sin cuento
Paciendo tu verdura, desde el llano
Que tiene por lindero el horizonte,
Hasta el erguido monte
De inaccesible nieve siempre cano.
Tú das la caña hermosa,
De do la miel se acendra,
Por quien desdeña el mundo los panales;
Tú en urnas de coral cuajas la almendra
Que en espumante jícara rebosa:
Bulle carmín viviente en tus nopales,
Que afrenta fuera al múrice de Tiro;
Y de tu añil la tinta generosa
Emula es de la lumbre del zafiro.
El vino es tuyo que la herida agave (1)
Para los hijos vierte
Del Anahuac feliz; y la hoja es tuya,
Que cuando de suave
Humo en espiras vagarosas huya
Solazará el fastidio al ocio inerte.*

Todo lo cual dice *en el fondo* exactamente lo que el citado párrafo de geografía; pero expresado ello por medio de *formas* deslumbrantes, palabras pintorescas y frases correctas y concisas. El poeta activa, anima a la zona tórrida y se dirige a ella enumerando sus atributos, mas esto último no con simples palabras, permítaseme la expresión, sino echando mano a la vez de la pintura, de la escultura y de la música. El ve en los trigales no ya granos útiles para la subsistencia del hombre, sino una guirnalda de granadas espigas que la zona tórrida teje para engalanar con ella al verano. El cacao es almendra encerrada en urna de coral y que rebosará después en jícara espumante. Y para el últimamente, el tabaco es

hoja que cuando deshecha en humo suave huya en espiras vagarosas amenizará hasta la misma ociosidad.

Más las ideas no sólo son indiferentes para recibir forma poética o forma prosáica, sino que una misma puede admitir variadas formas poéticas, de donde viene lo inagotable de la poesía. De los muchísimos ejemplos que me ocurren a la memoria citaré solamente dos de dos altísimos poetas, a que sirve de materia la soberbia del demonio.

Dice Núñez de Arce:

Luzbel, alzado

*Sobre peñón altísimo que alfombra
Nieve perpetua, inmóvil y callado
Hundía sus miradas en la sombra.
¡Cuán grande aparecía, y cuán resuelto!
Ráfagas de huracán eran sus alas,
Rojo su traje desceñido y suelto
Y a imagen del pesar, negras sus galas.
Por su cabello indócil y revuelto
Serpeaba la luz como serpea
Lívido rayo en noche tormentosa.
Y fiel trasunto de la humana idea
Que a los mayores imposibles osa,
De pie sobre el granítico cimienta
Bajo el flotante palio de una nube
Que descogía y replegaba el viento
De la montaña, revolvía en torno,
Con fiero orgullo, el réprobo querube,
Sus pupilas, candentes como un horno;
Y al resplandor de la siniestra hoguera
Que en sus ojos radiaba, su figura,
Semejante al dolor que nada espera,
Destacábase hermosa, pero oscura
Y encima de él, en la celeste esfera.
En el lóbrego espacio que tachona
Multitud de luceros, brilla y arde.
Con todo el esplendor de una corona,
La solitaria estrella de la tarde. (1)*

Dice Milton:

*Is this the region, this the soil, the clime,
Said then the lost Arch-Angel, this the seat
That we must change for Heaven, this mournful gloom
For that celestial light? Be't so, since he*

*Who now is Sov'rain can dispose and bid
 What shall be right farthest from him is best,
 Whom reason bath equalid, force hath made supreme
 Above his equals. Farewel happy fields,
 Where joy for ever dwells: Hail horrors, hail
 Infernal World, and thou, profoundest Hell
 Receive thy new possesor; one who brings
 A mind not to be changd by place or time.
 The mind is its own place, and in itself
 Can make a heav'n of Hell, a hell of Heav'n
 What matter where, if I be still the same,
 And what I should be, all but less than he
 Whom thunder hath made greater? Here at least
 We shall be free... (2).*

A la vista resalta la diversidad de formas con que se cubre un mismo fondo. Núñez de Arce pone ante nuestros ojos a Luzbel, pero en manera tal, que pueda uno mirar al través de su figura, de su porte y ademanes el torbellino de pasiones que lo consume: surge de improviso el demonio sobre altísima colina perpetuamente nevada; por su cabello revuelto e indócil atraviesan serpenteando los rayos de luz como el relámpago ondula en noche de tormenta. Y es expresada la impotencia de su cólera no explícitamente, sino describiendo las circunstancias que le rodean: con fiero orgullo pasea en derredor las encendidas llamas de sus ojos, pero no por eso se turba el esplendor de la naturaleza: la nube, como un palio, es agitada gallardamente por el viento, y la estrella vespertina de su luz, hermosa como el resplandor de la gloria.

Milton, en cambio nos le muestra pisando una tierra infecta e inflamada por sólido fuego, después que acaba de levantarse de un lago de líquidas llamas; el demonio mismo nos presenta entonces su alma agitada: habla, y cada palabra es un reto al Creador; siente profundo dolor de abandonar la feliz mansión del Cielo, mas finge consolarse con la idea de que en el infierno sí será libre; reconoce en Dios el poder, la superioridad, mas sólo porque la adquirió por derecho de conquista.

De todo lo expuesto se deduce que la esencia de la poesía es la forma. Por tanto, no es lícito juzgar de la novedad de una obra poética por la idea que encierre sino por las formas de que se valga el autor para expresarla.

Comúnmente se cree que la forma está constituida exclusivamente por las palabras de que se compone la expresión; por esto se oye decir con suma frecuencia que tal autor es elegantísimo en la forma, pero falto de genio poético. Manifiesta sería la contradicción si se hubiesen de tomar las palabras en su genuina significación, porque mal puede obtener formas elegantes quien esté des-

provisto de genio poético. De este modo de decir las cosas, sin precisión alguna, surgen errores y se originan disputas interminables de que la historia de la literatura y la historia de la filosofía presentan no pocos ejemplos, cuando en realidad de verdad los contendientes sostienen cosas idénticas. La simple colocación de las voces más o menos elegante, más o menos correcta, gramaticalmente hablando; la manera peculiar de expresarse cada uno, no es forma sino *estilo*. El estilo, a su turno, es parte constitutiva de la forma; pero no hay que exagerar su papel: demasiado rigorismo es desechar por mala una expresión que encierra forma de altos quilates y sin adornos falsos, tan sólo porque el verso tenga, verbi gracia, dos palabras seguidas asonantes. No pocos son los poetas que, no obstante la incorrección del estilo, son acatados con veneración en el mundo del arte; al contrario de otros que dentro de la caja de un estilo purísimo no guardan joya alguna; y de otros que echan mano de palabras sonoras y pintorescas, *nugae sonorae*, que no aciertan a formar figura alguna, o que, cuando mucho pintan, según la frase horaciana, delfines en las selvas o jabalíes sobre las olas. Excusado es decir que poetas que acierten a hermanar la corrección de la parte imaginativa con la de la parte mecánica, como Bello o Quintana o Virgilio obtendrán siempre todos los sufragios.

Palabras hay que solas o casi por sí solas presentan imágenes hermosísimas: éstas serán, por consiguiente, palabras poéticas en grado sumo. En eso consiste, a mi ver, el secreto de la hermosura de la lengua griega y la razón de que sean tan socorridas del vocabulario poético aquellas de sus voces que sin alteración material han logrado trasladarse a nuestro idioma. *Sarkofagos* (1) = sarcófago, que se compone de las palabras *sarx*, *carne* y *eszio* (con radical *fag*)= comer, produce en la mente una encantadora “reverberación de ideas”; otro tanto puede decirse de *sarkastikos* = sarcástico, que se compone de *sarx*, *carne* y *stizo* punzar. Y a tal punto llega esa cualidad entre los griegos, que cuando uno de esos vocablos no se ha podido trasladar a nuestra lengua es preciso, para traducirlo, emplear una frase entera, como estas expresiones, que ocurren a cada paso en Homero: *elikopis kore*= la muchacha *de los ojos alegres y hermosos*; *rododaktylos Eos*= la aurora *de los dedos de rosa*. Por esto dice un autor, si no recuerdo mal, Hermosilla, que un epíteto de Homero equivale a una descripción; observación muy justa y que aun parece puede hacerse extensiva a cualquier otro escritor heleno, puesto que eso es genial de la lengua griega. Mas a decir verdad, las palabras castellanas no provenientes del griego por directa traslación, difícilmente producen por sí solas esa “reverberación de ideas” sino que para ello hay que atender a las palabras y circunstancias que las acompañan. Para significar Núñez de Arce lo presente que tiene la primera palabra de su amada dice:

Cuán HONDO SURCO en mi memoria LABRA:

Ese verso despierta en la fantasía un cúmulo de imágenes hermosas por obra de las solas tres palabras subrayadas, que aunque no es tanto como lo apuntado enantes, es, sin embargo, lo más a que puede aspirar nuestra lengua, tan pobre si se compara con el habla de los griegos.

Con lo dicho parece excusado hablar de una especie de crítica de baja ley que por lo mismo es muy cultivada por personas de poca o ninguna fuerza intelectual, para quienes *crítica* significa a toda trance censura, y consiste en regir con el férreo cetro de la gramática y la retórica, es decir, con el estrecho criterio de Hermosilla, las frases de una composición, sin sospechar siquiera que dentro de ellas, bajo esa apariencia poco esmerada, puede encerrarse prenda de inestimable valor.

Mas entiéndase que abogar por la libertad (iba a decir *moderada*, pero ese adjetivo junto con el sustantivo *libertad* suena a pleonismo) no es pedir licencia desenfrenada; mucho difiere el requerido vuelo imaginativo del afán solícito de plagar nuestra lengua de vocablos franceses “contrarios a la índole o analogía de nuestro idioma”, según la expresión de la Academia Española, y aun mucho más, de expresiones que chocan hasta con el buen sentido (1).

Permítanse ahora varias observaciones que son como el resumen de todo lo expuesto aquí. Se dice unánimemente que la literatura amena, digamos, la poesía, es una creación. Verdad es ello si se considera que es a manera de un mundo que brota del alma del poeta, al que somos transportados, y en donde vivimos vida nueva. Pero si se advierte que el artista trabaja en su obra con materiales que de antemano existen, que hay en la naturaleza un *fondo* común a todos accesible, que cada cual mira y nos hace mirar a su modo, se caerá en la cuenta de que el poeta no crea sino *transforma*. Sin embargo, esta transformación es labor tan maravillosa, que casi departe límites con el acto de crear: por esto no es censurable tan espontánea metáfora.

Las ideas, cuando han sido convertidas en poesía, son siempre presentadas por medio de imágenes, que es a lo que equivale la forma en último resultado. Algunos dicen que hay poesía “cuando la idea se expresa por medio de una imagen, o bien de una frase pintoresca,” mas parece que esta frase pintoresca es también equivalente a una o varias imágenes, por abstracto que sea el concepto.:

*Sólo el contagio de pasiones temo,
Temo la justa indignación que inspira
De pérfido enemigo la asechanza.*

*¡Oh Dios! A los asaltos de la ira
Cierra mi corazón, y en lance extremo
Prefiera yo el martirio a la venganza! (1)*

Difícilmente se encontrará concepto más abstracto y, no obstante eso, veo claramente en esos versos magníficos, imágenes a las cuales sirven de núcleo o punto céntrico ciertas palabras colocadas con propiedad y arte exquisitos.

V

Nótese de paso que hay ideas que en fuerza de la costumbre, que las reviste de hermoso traje, ò en fuerza de las ideas accidentales que evocan, bien podrían llamarse, y aun se llaman comúnmente, ideas poéticas; más otras existen tan escuetas, tan abstractas, tan metafísicas, que parecen incapaces de poetizarse, y ello es lo cierto que el hacerlo con lucidez revela talento superior, siendo lo más común que resulte poca belleza con semejante fondo, como se ve en todos los órdenes de cosas: siempre las porciones de materia y la forma que reciben han de ser adecuadas; porque no lo son el cuerpo del león y el alma del hombre, así como de la unión de una alma grande y fogosa con un cuerpo humano pequeño, enclenque, débil, resultará un individuo abatido, enfermizo, desgraciado, por falta del requerido equilibrio en sus principios componentes.

La definición tomista de la belleza, al hacer consistir lo bello en el resplandor de la forma, viene a corroborar todo lo expuesto sobre la esencia de la poesía, consistente en la forma, que, dicho sea de paso es aplicable también a las otras artes liberales. Pero nótese que no basta la forma: preciso es que ella vaya acompañada del inexplicable resplandor, para cuya fulguración entra por mucho el que sea verdaderamente sentida la obra del poeta. Donde falta el sentimiento resulta lo que ya se dijo en otro lugar: frases pulidas y perfectas a las que falta el alma que vivifica, cuerpo inerte y frío incapaz de encender en ningún pecho el amor. Parece como que el calor que comunica el sentimiento hace encender la forma, y este fuego resplandece sobre la materia.

El hombre procede propiamente como ser humano cuando las potencias internas de su alma están perfectamente ordenadas, cuando en su ejercicio se contrapesan mutuamente y desempeñan con regularidad el papel que les es debido. Sin estas condiciones sus actos son ciegos y brutales, y descienden de la altísima categoría que Dios les señaló. Y como la poesía es imagen del hombre con todo lo que le pertenece y tiene siempre por asunto el pensamiento y la acción humana, síguese que alcanza cumplidamente su objeto el poeta que marque sus obras con el sello de esa sana cordura característica del hombre completo, que en nada se opone al movimiento de las pasiones ni al libre vuelo del espíritu, como no obsta el cuerpo para que el alma arda en amor y suba al cielo arropada

por la oración. La poesía serena y reposada, pero profundamente sentida, y, por lo mismo, expresada de modo exquisito y con sorprendente claridad, (1) he ahí la perfección suprema alcanzada por los griegos. La poesía que se caracteriza por los arrebatos irracionales y febriles se opone, por lo mismo, al arte; no es otra cosa que el resultado de una inspiración falsa, artificial, causada por impresiones de los nervios y de los sentidos más materiales del hombre, pero que no han herido una sola de las fibras del sentimiento, por más que éste pretenda fingirse por los movimientos desordenados de las ideas y los laberínticos conceptos de las palabras. Lo que verdaderamente impresiona el alma la toca en todas sus potencias, a todas igualmente las sublima, y, por tanto, mantiene siempre su hermoso equilibrio.

Además, ¡cuántos habrá que sienten profundamente, y son incapaces de expresar eso en una obra de arte! Esto consiste en que una cosa es la inspiración y otra la composición: ésta viene después de aquella y exige reflexión profunda, porque no es la inspiración quien ordena las ideas ni estampa en el papel los medidos versos o los consonantes requeridos. Así, pues, cuando un poeta contraría en este sentido el orden de las facultades humanas demuestra falsedad, inspira desconfianza y mata el candor y la credulidad que para la percepción de la belleza son indispensables.

Lo que más contribuye al resplandor de la forma es la participación que se dé al elemento ideal. Mientras más hábil sea el poeta más fácilmente distinguirá no ya lo feo de lo hermoso, sino los grados diferentes de la hermosura, que mientras más aquilatada sea, más hondamente nos hará presentir con su contemplación la belleza del mundo suprasensible. Poseyendo, pues, esa clara crítica, con más tino ejecutará el poeta el trabajo de selección que el arte pide; porque al imitar la naturaleza escoge entre las cosas diversas lo hermoso y relega lo feo a un puesto secundario y de detalle, conforme con el mundo que imita, el cual presenta en su conjunto sorprendente hermosura, y sólo muestra la fealdad examinándolo detalladamente. Peca, pues, capitalmente contra el arte, quien faltando a esta prescripción da parte tan principal al uno como al otro elemento, y mucho más quien se propone sistemáticamente estampar en sus creaciones lo feo como si fuera lo único que la naturaleza encierra. Por eso la escuela *naturalista*, que por fortuna declina ya a estas horas, es esencialmente contraria a la poesía. Cree ella, ante todo, que es misión del arte copiar sin idealizar, retratar servilmente no dando participación alguna a la potencia imaginativa; cercena, en suma, el número de las facultades estéticas, suprimiendo precisamente la que goza de más importante papel en la creación artística. Fuera de todo esto, el nombre con que se engalana es contrario a las tendencias que pregona: *naturalista* sería siquiera quien copiasse la *naturaleza*, pero completa, tal como es, y

no como lo hace la dicha escuela, que reproduce sólo una parte, y precisamente la parte mínima. Y no obsta para lo que vengo diciendo en contra del naturalismo la circunstancia de encontrarse en las obras de esa escuela pasajes de verdadero mérito artístico, porque esto viene a corroborar la teoría aristotélica de la imitación idealizada de la naturaleza, ya que las mencionadas bellezas resultan *siempre* en gracia de haber sido olvidado por sus autores el erróneo sistema, en momentos de no pensada sinceridad. Quede sentado, pues, que lo feo no puede servir de forma literaria, como tampoco de forma artística alguna, sino sólo con el loable fin de hermoscar en más alto grado, por medio del contraste, una forma bella, caso en el cual viene a convertirse en elemento de belleza.

Dicho está que el arte imita la naturaleza idealizándola. Pero la naturaleza se presenta en tres distintas manifestaciones: ya es la inferior en que reposan los minerales, dotados de la forma substancial más rudimentaria, por decirlo así, menos activa; o el reino vegetal, en donde se encuentra ya algo de vida: nutrición indispensable para subsistir, aumento y reproducción; o bien es el reino animal, en donde existen atributos más altos y perfectos. En cada uno de estos reinos existen grados de belleza diversos según las especies que ellos encierran, como por ejemplo, en el reino animal el hombre, dotado no sólo de sentidos y alma material, sino también de facultades espirituales: inteligencia y voluntad, que lo acercan a los espíritus puros, lo colocan por sobre los demás reinos y lo hacen usufructuario de ellos al mismo tiempo que deriva enormes beneficios del conocimiento racional de sí mismo. Uno de los frutos que saca el hombre del universo es el arte: formas le suministran para la poesía todos los reinos naturales, y principalmente su misma excelsa naturaleza: y digo *principalmente*, porque no se concibe poesía en que la acción humana no intervenga.

Ahora bien, como el hombre está dotado de alma espiritual que no se da punto de reposo, en donde hierven las pasiones y que siempre, y aun quizás sin la acción de la voluntad en muchos, está elevándose a buscar espacios más anchos donde explayar toda su grandeza; como el alma es toda movimiento, pero movimiento interno, que no se ve con los ojos carnales, las más perfectas formas serán las imitadas de los objetos en que es más vivo el principio inmaterial, los que impriman más acción, más vuelo, a la poesía sin contrariar por ello su serenidad exterior. Es esto tan verdadero que ningún poeta puede resistir la tendencia a animar las cosas inanimadas, y no como quiera, sino fingiéndoles humana naturaleza o atributos inmortales. Y si más quiere el artista extremar la excelsitud de alguna cosa, sube en la escala de los seres y penetran en el mundo suprasensible, el mundo de los ángeles que, desprovistos de materia, sustancias activas por excelencia, presentarán más movimiento y suministrarán al poeta tesoros preciosos con que engala-

nan sus concepciones. Y hasta a Dios se le piden con frecuencia sus excelsos atributos, fuera de los cuales es imposible mayor actividad: “*mi infinito amor*,” “*la superficie infinita del océano*,” “*infinito como el cielo*,” “*inmarcesible gloria*”

Esta tendencia a hacer más grande la calidad de las cosas por medio de esa comunicación de lo inerte y lo animado, lo sensible y lo suprasensible, muéstrase también en el lenguaje prosaico y vulgar; lo que constituye una prueba más de que es irresistible la tendencia al ideal, o, como opina Santo Tomás de Aquino, que el hombre, libre en todo lo demás, no lo es en cuanto a la pesquisa de la felicidad se refiere; y explica también lo natural de la metáfora en toda lengua. Esta, empero, se encuentra más que en ninguna parte, en la poesía, cuyo lenguaje es todo figurado y se permite en este punto licencias inadmisibles fuera de su dominio.

La materia es lo puramente sensible; la forma y su resplandor los constituye en la mayor parte lo ideal. Mientras la ciencia más avance en su camino, más vigor obtendrá la poesía, porque el saber es al hombre como sed de hidrópico: la ciencia adquirida robustece el anhelo de saber más que, como dice el sabio Pasteur, es estimulado por la idea de lo infinito, y, como concluye D. Miguel Antonio Caro, demuestra que la ciencia es naturalmente religiosa, y como tal, hermana y aliada del arte. Si se realizase el absurdo de morir todo idealismo, toda creencia religiosa, entonces sí moriría el arte para que ocupase su puesto el carnal materialismo: antes no.

Por este carácter ideal de la belleza no creo que sea el pesimismo muy propicio para la poesía: si ésta se dirige por sí misma hacia arriba ¿por qué contrariarla abatiéndola? ¿Por qué obligarla a lanzar gritos de desesperado dolor en vez de dejarla prorrumpir en cantos gozosos con la vista en el ideal? Llorar la desventura de su cárcel, pero llena a la vez de júbilo por la alta morada que tiene dispuesta, —eso es lo digno del alma: eso hace la mística, género en que la poesía lírica alcanza su más elevada altura. Y algo parecido hizo siempre el genio de Longfellow: cantar este mundo, no como si fuera todo el mundo de la vida, sino como un taller en que el trabajo vigoriza y temple y robustece los corazones para la vida del espíritu:

*This is the place, Stand still my steed,
Let me review the scene,
And summon from the shadowy Past
The forms that once have been.*

*Thy dress was like the lilies,
And thy heart as pure as they:
One of God's holy messengers
Did walk with me that day.*

But now alas the place seems changed:

*Thou art no longer here:
 Part of the sunshine of the scene
 With thee did disappear.*
*Though thoughts, deep - rooted in my heart.
 Like pine-trees, dark and high.
 Subdue the light of noon, and breathe
 A low and ceaseless sigh:*
*This memory brightens o'er the past,
 As when the sun, concealed
 Behind some cloud that near us hangs.
 Shines on a distant field. (1)*

VI

Casi no habría necesidad de hablar una palabra acerca del fin del arte, dada la doctrina sentada en los capítulos que preceden, cuyas deducciones saltan a la vista. Diré, no obstante, brevísimas palabras sobre este punto.

Hay una escuela literaria que da a la materia (el fondo) el papel esencial en la literatura, y como lógica consecuencia pretende que la poesía tiene por objeto enseñar siempre una idea trascendental: he aquí el arte descendido, a vuelta de pocas palabras, de su aristocrático dosel para convertirse en ministro de lo útil.

Ante todo quiero hacer presente que no significa la teoría de *el arte por el arte*, que defiendo, falta de mérito en una obra artística que contenga una idea buena o una intención moral. Bien pueden estar aunadas la belleza y la bondad, y entonces doble mérito para el artista, siempre que la tendencia docente ocupe lugar secundario, porque ella es extraña al arte. Por eso dice D. Miguel Antonio Caro a Pereda, con motivo de su novela *Peñas Arriba*:

*Gens hispana etenim, totum quae sparsa per orbem,
 Praeripit a tali quae vix emissa magistro
 Scripta volant animisque ferunt sub melle salutem (1).*

Adrede he subrayado en el último verso las palabras *sub y melle*.

Ninguna obra de arte puede ser lícitamente ejecutada con el fin próximo de la bondad, porque entonces, lejos de ser bella, es simplemente buena, lejos de pertenecer a los dominios de la belleza corresponde al campo de la ética. La acción de la bondad es obra de un raciocinio que ejecuta el lector, si a bien lo tiene, *después* que se ha deleitado con el mundo de formas que el poeta le presenta. Y digo “después” y no “al paso que se deleita” porque la

poesía no es, como quizá pretendan los modernos *simbolistas*, una gimnasia del entendimiento: mientras más rápidamente perciban las facultades estéticas más garantías tiene de éxito el poeta.

La bondad habla al corazón; lo bello, a las facultades estéticas, entre las cuales no tiene asiento la voluntad. Las cosas son perfectas cuando se ordenan a su fin; no se truequen, pues, los papeles; no se asigne a la poesía un objeto que no le corresponde.

Entre los partidarios más encarnizados del arte docente figura en primer lugar el Abate Gaume, para quien todos los males de la sociedad, que él agranda no poco, provienen de la educación clásica, y por tanto, aboga por que se suprima todo estudio artístico basado en la antigüedad pagana, para reemplazarlo por el estudio de la Biblia: allí sí que hay belleza, porque hay verdad (1). Ridícula es semejante pretensión e indigna de impugnarla. En los Libros Santos hay elementos de altísimas bellezas, puesto que en sus páginas bulle no ya un ideal, sino el verdadero ideal; pero al considerarlos desde el punto de vista del arte, no corresponden, fuera de Isaías, con el ideal clásico, aparte de que no es lícito leerlos con curiosidad alguna profana. Quizás el ir a buscar arte en los Sagrados Libros fue lo que hizo exclamar a Boileau, católico como era:

*De la foi d'un chrétien les mystères terribles
D'ornements égayés ne sont pas susceptibles:
L'Evangile a nos yeux n'offre de tous cotés
Que penitence a faire et tourments mérites (1)*

Aserciones erróneas y superficiales; pero que demuestran al célebre Abate que el intolerante criterio y la crítica estrecha en su libro desplegados no hacen otra cosa que consolidar los males que pretende corregir. En cambio, confieso sinceramente que nunca con la lectura de Homero, Sófocles, Esquilo, Teócrito, Píndaro etc., etc., he sentido influencias perniciosas, ni ello me ha suscitado una sola duda acerca de la santa religión católica que tengo la dicha de profesar, ni me ha inspirado por ella ningún género de menosprecio.

Aberración o algo semejante es sostener la teoría del arte docente. Vallet, verbi gratia, que parece aceptarla, a las veces se olvida del capricho y se contradice resueltamente. En el libro *L'idée du beau*, que es donde expone sus principios estéticos dice (2da. edición, página 270): "Contrariamente al *oficio*, únicamente preocupado por lo útil, el arte tiene un pensamiento desinteresado, algo de liberal, es a saber, la expresión de lo bello". Y en la *Histoire de la philosophie*, hablando del poema de Lucrecio, *De Rerum natura*, se expresa de este modo: "Colocamos al poeta muy alto; pero el filósofo no resiste comparación con el artista". Estas frases son precisamente fórmulas del arte por el arte, y en ellas se expresa Vallet con sinceridad; y no parece hacerlo cuando pretende

que son inseparables la belleza y la verdad, considerada ésta en un sentido metafísico. En una significación menos amplia es decir la *verosimilitud*, sí es indispensable condición del arte.

La tendencia docente, en las obras de arte, cuando se manifiesta con mucha claridad hace perder a la composición algo en la estimación del lector. Mucho me disuena en *The village blacksmith* (El herrero de Aldea) de Longfellow, después de tantas bellezas como contiene, esa última estrofa:

*Thanks, thanks to thee, my worthy friend,
For the lesson thou hast taught
Thus at the flaming forge of life
Our fortunes must be wrought;
Thus on its sounding anvil shaped
Each burning deed and thought. (1)*

En la estrofa penúltima habría acabado la composición sin obstáculo alguno, por lo que conjeturo que el señor Caro, guiado por su infalible buen gusto, dejó de verter en su famosa traducción los últimos seis versos transcritos.

Otro tanto se puede decir de la *Doña Perfecta* de Pérez Galdós: el último párrafo (XXXIII) causa en mí impresión lamentable, con ser esa novela magnífica como proveniente de tan grande autor, y sin embargo, ese párrafo dice tan sólo: "Esto se acabó. Es cuanto por ahora podemos decir de las personas que parecen buenas y no lo son".

Lo cual demuestra que basta comprender, aunque sea por una sola palabra, que el autor tiene el pensamiento fijo en una tesis, para que las facultades estéticas se rebelen a aceptar la obra de buen grado, como que ella no les pertenece en derecho. El épico Pereda, cuando se propone una tesis, de tal modo la eclipsa bajo las formas hermosas, que si no fuera por una advertencia preliminar, difícil se haría descubrir la intención. El, además, hace entrar lo bueno tanto en *El buey suelto* y *De tal palo tal astilla* como en todas sus obras, pero *sub melle*, y por esto lo coronan dos lauros: el del arte y el de la bondad.

Pero el poeta que no se proponga nada, sino simple y llanamente producir bellezas, ha cumplido con su deber para con el arte. D. Juan Valera goza de fama merecidísima, y no ha hecho en su vida más que crear formas.

Respecto de los que se proponen fines malos so pretexto de la teoría de *el arte por el arte*, no hay palabras más adecuadas que las de D. Antonio Gómez Restrepo, siguiendo a Menéndez y Pelayo: "Y si hay escritores que, amparados con dicho principio, pretenden dirigir el arte a fines perversos, como el socialismo, la lujuria etc., puede condenárseles aplicándoles la misma fórmula que ellos invocan, y decirseles que han pecado doblemente: como hombres, por

quebrantar las reglas morales, y como artistas, por querer torcer sistemáticamente el arte de sus fines propios" (1).

El *arte docente* destruye toda tradición en materia de belleza, y por sí sola arrojaría del templo de Apolo multitud de sombras asiladas en él por el querer de los siglos. Y no se arguya que he abogado en el curso de estos Apuntes por la idealidad, porque ésta no hace parte de la materia sino de la forma, es indispensable para que la forma resplandezca. Ni se arguya tampoco con la aserción sentada en la parte I de que la poesía moraliza, porque donde haya poesía verdadera, sea cual fuere el fondo, la poesía ejerce ese papel *secundario*, tanto más benéfico cuanto de ello no se da cuenta quien la gusta. Si el hombre conservase siempre su pureza infantil más excelsas obras crearía y más intensos goces experimentaría con las obras poéticas, sentencia aplicable no sólo a los individuos sino también a los tiempos. Pasajes hay en Homero vertidos literalmente por Virgilio; y al paso que aquél, en fuerza del candor, hace calificar su obra de excelsa e incita a pensar que no es resultado de la sistemática labor de un hombre sino creación de un Dios (tanto así dista nuestra maliciosa edad de aquella edad feliz que produjo ese poema tan asombroso!); mientras que Homero se impone a nuestra fantasía como un hermoso niño sin trato alguno con los hombres, que ignora estar componiendo una obra de arte, lleno de fe sincera por todas las verdades y por todos los extravíos que su mente le sugiere, Virgilio se nos presenta un hombre maduro ya, que trabaja poco a poco, con atención profunda, sin fe en el éxito de su libro e inficionado del escepticismo romano (1).

- (1) Entre los muchos cargos que impotentemente hacen algunos a la Escolástica, figura el de que es filosofía envejecida, por cuanto data del siglo XIII, y no así del positivismo y de Schopenhauer, verbi gracia, cosas novísimas, que aparecieron ayer no más, reinando el siglo de las luces; sin fijarse en que expresión tal demuestra olvido de la historia de la filosofía. Porque, en efecto, desde sus primeras páginas ya consigna ésta el nombre y las doctrinas del chino Confucio, que vivió seis siglos antes de la Era Cristiana, para quien la moral es cosa independiente de la metafísica; la metafísica inútil ciencia (si es que tal nombre merece); y, en general, importunas las cosas inaccesibles a nuestros sentidos, las cosas relativas a Dios y la vida eterna. Como éste podría citar, y no lo hago para ser breve, muchísimos de entre los filósofos indios, griegos, romanos etc., que eran legítimos positivistas *quamvis carebant nomine*. Tenemos, pues, que la titulada moderna filosofía es 19 siglos más vieja que la añeja Escolástica, lo cual no es hacerle cargo por su larga data; fuera cierta esa filosofía, y su antigua procedencia en nada la haría desmerecer. ¿Qué mejor para el mundo y para los hombres sino que la verdad se descubra cuanto antes.?

Otro tanto pudiera decirse del sistema de Schopenhauer, hijo legítimo del *nirvana* indio, 600 años antes de Cristo, pero hijo degenerado, pues mientras el *nirvana* **hace el amor** y la muerte compañeros entrañables, para Schopenhauer son inseparables amigos la muerte y la nada. Lo mismo de Hegel y de todos sus afines que han deslumbrado con breve claridad.

- (1) Son verdaderamente curiosos los esfuerzos, tanto de lenguaje como de imaginación, que hace Hegel para demostrar, por ejemplo, la identidad de los contrarios, la identidad del **yo** y del **no yo**.
- (1) Con las palabras poesía y poeta o bien, arte y artista suelo designar en el curso de este trabajo todo género de obras literarias y sus autores, respectivamente.
- (1) Hombre soy y por eso no juzgo ajeno de mí nada de lo que al hombre pertenece. Terencio.
- (1) Malheur a l'etre qui ne jone pas et que le souci de sa conservation absorbe tout entier. (Schiller, citado por Vallet en *L'idée du beau*, página 269, nota).
- (1) No porque este sea su fin próximo: lo digo de antemano para evitar erradas interpretaciones, aunque después trataré esto más extensamente.
- (1) Canta ¡oh Dios! la funesta cólera de Aquiles, hijo de Peleo etc. *Ilíada*. —Canta ¡oh Musa! al varón que anduvo errante muchos años etc. *Odisea*.
- (2) Ayudadme ahora, Musas que habitáis las olímpicas moradas, porque vosotras sois Diosas, lo presenciáis todo y todo lo sabeis. A los hombres sólo nos llega el eco de la fama, mas no sabemos nada. ¿Quiénes eran los jefes y los príncipes de los Dánaos? Ni aunque tuviese yo diez lenguas y diez bocas, voz incontestable, pecho de bronce, ni aun así podría numerar o describir la multitud si las Musas del Olimpo, hijas de Júpiter tempestuoso no me recordasen cuantos vinieron bajo los muros de Ilión-*Ilíada*, libro II, 487, 402.
- (1) Sully Prudhomme. Traducción del señor Caro.
- (2) Núñez de Arce. La Duda.
- (3) Hugo Fóscolo, Los Sepulcros, Traducción de Menéndez y Pelayo.
- (4) El doctor Rafael Núñez, Que sais je, poesía escrita en 1861.
- (1) Ideal de la escuela **decadente**, que por lo mismo es muy raro que produzca legítima poesía.
- (1) Miguel Antonio Caro. Respeto a los Poetas.
- (1) "Un no sé qué de espiritual y divino que se presenta al espíritu del hombre y le atrae y arrebat". Y vaya nadie a averiguar en qué consiste ese no sé qué.
- (1) Resplendentia formae super partes materiae proporcionatas, vel super diversas vires, vel actiones. Esplendor comunicado por la forma a las partes proporcionales de la materia o a diversas fuerzas o acciones.
- (1) Ganot, por ejemplo, parece profesar la secta atomista, que ha recibido el nombre de sistema dinámico. Vid. *Tratado elemental de Física*, 10a. edición, París, 1885, páginas 1 y 2, párrafos 3 y 4.
- (1) Materia prima si se trata de los cuerpos químicamente simples, o de los compuestos cuyos elementos han sido abandonados por su propia forma substancial y entran así "a constituer parte de la substancia engendrada o producida de nuevo" según se expresa el Cardenal Zeferino González, como el oxígeno, un árbol etc.; y materia segunda, si se trata de una substancia completa a la cual se toma como base de las transformaciones, como el agua, dulce o salada. Mas para el propósito de la teoría basta considerar la materia prima, toda vez que a ella es reducible en último resultado la materia segunda por medio del análisis.
- (2) Salvo el alma humana que, siendo la forma substancial del hombre, puede, sin embargo, separada del cuerpo (materia prima) ejercer algunas operaciones, por lo que la llaman los filósofos incompleta en el orden de la especie, pero no en el de la substancialidad.
- (1) En los sucesivos emplearé, según la necesidad lo requiera, ya el nombre científico de materia, ya la denominación general de fondo.
- (1) Maguey o pita (*Agave americana* L.) **que da el pulque**.
- (1) Luzbel. Fragmento de un poema inédito.
- (2) Entonces el caído Arcángel dijo: ¿Por ventura es ésta la región, éste el país, el clima, el sitio que debemos trocar por el Cielo? ¿esta lúgubre oscuridad por la luz

celeste? Que así sea, ya que el que ahora es Soberano puede disponer y decidir lo que a bien tenga. Mejor será lo que me aleje más de aquél que, igual en razón, se ha colocado sobre sus iguales por medio de la fuerza. ¡Adiós felices campos en donde mora eternamente la dicha! ¡Salud, horrores! ¡salud mundo infernal! Y tú, Infierno profundísimo, recibe a tu nuevo señor, que trae un espíritu al que no trocarán el tiempo ni el lugar. El espíritu lleva en sí mismo su morada y puede hacer un cielo del Infierno o un infierno del Cielo. ¿Qué importa el lugar donde viva si siempre soy el mismo, si soy siempre el que debo ser, todo, en fin, aunque inferior a aquel a quien el rayo ha hecho más grande? Aquí al menos seremos libres.... (Paraíso Perdido. Libro I 242, 259. Según la edición de Boston, de 1796).

- (1) Por no haber en la imprenta caracteres griegos van esta palabra y las siguientes escritas con letras latinas.
- (1) "Ahí está, para no dejarme mentir.... la llamada escuela del decadentismo (según ella misma se apellidó, en un arranque de raro buen sentido)... Hay según ellos palabras rojas, palabras azules, palabras amarillas, palabras verdes, violáceas, de todos los matices; las hay también onduladas, rectas, circulares, planas;" etc. Núñez de Arce. Discurso sobre la Poesía.

- (1) Miguel Antonio Caro. La Oración del hombre público.

- (1) Ce que l'on congoit bien s' enonce clairement Et les mots pour le dire arrivent aisément. (Boileau)

- (1) Este es el sitio. Párate, corcel mío, Déjame contemplar de nuevo esta escena y evocar del sombrío pasado el recuerdo de la mujer que un tiempo fue... Era tu traje blanco como el lirio; y como el lirio, casto tu corazón; parecía que un ángel de Dios marchaba a mi lado ese día... Mas ahora ¡ay de mí! Todo parece cambiado; ya tú no estás presente: cuando te fuiste se opacó el brillo del sol.

Pero aunque el pensamiento, profundamente arraigado en mi alma, como tético pino, oscurece la luz y exhala sin cesar mudos suspiros, brilla el recuerdo en lo pasado, como cuando el sol, oculto a nuestros ojos por cercanas nubes, reluce, sin embargo, sobre campos remotos — Longfellow. A Glean of sunshine (Un Rayo de sol).

- (1) Porque la nación española, esparcida por todo el orbe, arrebata inmediatamente salen a luz, los ansiados escritos de tan gran maestro, que llevan a las almas, bajo la miel de la belleza, la salud de la verdad.

- (1) Le Ver rongeur. Passim.

- (1) Art poétique. Capítulo III.

- (1) Gracias, gracias, ¡oh inapreciable amigo! por la lección que me has dado. Así en la fragua ardiente de la vida debe ser labrado nuestro bienestar modelando sobre el sonoro yunque todo hecho y toda idea.

- (1) Apuntes de Literatura. página 36.

- (1) A cada paso demuestra Virgilio la verdad de esta última Aserción:

*Heu vatam ignarae mentes! quid vota furentem,
Quid delubra juvant?....*

¡Cuán vana es la ciencia de los agüeros! ¿Qué valen los votos, qué los templos para una mujer que arde en amor? Eneida, libro IV, 65 y 66.

PLAN DE LOS SORTEOS ORDINARIOS DOMINICALES

EL BILLETE ENTERO CONSTA DE 150 FRACCIONES DIVIDIDO
EN CINCO SERIES DE 30 FRACCIONES CADA UNA
DENOMINADAS A, B, C, D y E

PREMIOS MAYORES

	Fracción	Billete Entero	Total de Premios
1 Premio Mayor, Series A, B, C, D y E	B/.1,000.00	B/.150,000.00	B/.150,000.00
1 Segundo Premio, Series A, B, C, D y E	300.00	45,000.00	45,000.00
1 Tercer Premio, Series A, B, C, D y E	150.00	22,500.00	22,500.00

DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D y E	10.00	1,500.00	27,000.00
9 Premios, Series A, B, C, D y E	50.00	7,500.00	67,500.00
90 Premios, Series A, B, C, D y E	3.00	450.00	40,500.00
900 Premios, Series A, B, C, D y E	1.00	150.00	135,000.00

DERIVACIONES DEL SEGUNDO PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D y E	2.50	375.00	6,750.00
9 Premios, Series A, B, C, D y E	5.00	750.00	6,750.00

DERIVACIONES DEL TERCER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D y E	2.00	300.00	5,400.00
9 Premios, Series A, B, C, D y E	3.00	450.00	4,050.00
<u>1,074</u>	<u>TOTAL...</u>		<u>B/.510,450.00</u>

Precio de un Billete Entero	B/.	82.50
Precio de una Fracción		0.55
Valor de la Emisión		825,000.00

**NUMEROS PREMIADOS EN LOS SORTEOS DE LA
LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
LOS DOMINGOS DE JUNIO, 1976**

SORTEOS	No.	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
Junio, 6	2989	2722	8781	8362
Junio, 13	2990	1859	8585	8606
Junio, 20	2991	3947	4339	0062
Junio, 27	2992	2962	7672	7639

**NUMEROS PREMIADOS EN LOS SORTEOS DE LA
LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
LOS MIERCOLES DE JUNIO, 1976**

SORTEOS	No.	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
Junio, 2	500	3394	7899	2885
Junio, 9	501	7112	9443	1515
Junio, 16	502	5935	9002	5755
Junio, 23	503	3296	8890	6171
Junio, 30	504	3648	1396	6639

PLAN DE LOS SORTEOS ORDINARIOS INTERMEDIOS

EL BILLETE ENTERO CONSTA DE 90 FRACCIONES, DIVIDIDO
EN 6 SERIES DE 15 FRACCIONES CADA UNA
DENOMINADAS A, B, C, D, E, y F

PREMIOS MAYORES

	Fracción	Cada Serie	Total de Premios
1 Premio Mayor, Series A, B, C, D, E y F	B/.1,000.00	B/.15,000.00	B/. 90,000.00
1 Segundo Premio, Series A, B, C, D, E y F	300.00	4,500.00	27,000.00
1 Tercer Premio, Series A, B, C, D, E y F	150.00	2,250.00	13,500.00

DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E y F	10.00	150.00	16,200.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E y F	50.00	750.00	40,500.00
90 Premios, Series A, B, C, D, E y F	3.00	45.00	24,300.00
900 Premios, Series A, B, C, D, E y F	1.00	15.00	81,000.00

DERIVACIONES DEL SEGUNDO PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E y F	2.50	37.50	4,050.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E y F	5.00	75.00	4,050.00

DERIVACIONES DEL TERCER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E y F	2.00	30.00	3,240.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E y F	3.00	45.00	2,430.00
<u>1,074 PREMIOS</u>	<u>TOTAL...</u>		<u>B/.306,270.00</u>

Precio de un Billeto Entero	B/.49.50
Precio de Una Fracción	0.55
Valor de la Emisión	495,000.00